

LA ZARAGOZAIDA.

POEMA EPICO EN DOCE CANTOS

POR

FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.



Handwritten initials or mark on a small white paper fragment with a red border.

7
3

28



MÉXICO

IMPRESA EN LA OFICINA TIP. DE LA SECRETARÍA DE FOMENTO
BETLEMITAS NÚMERO 8.

1904

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

40506

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

P Q729
. G735
23

003228

PQ7297

.G7353

23



Chilpancingo, Enero 10 de 1870.

Señor Gral. D. Francisco O. Arce.

Presente.

Señor General:

Consagrado á cantar las glorias de la Patria he escrito el poema "LA ZARAGOZAIDA," refiriendo en él, lo más fielmente posible, los heroicos hechos de nuestros hermanos, en aquellos días de pruebas y de sacrificios.

Humilde como es el trabajo, y sin otro mérito que el objeto que lo motiva, lo dedico á Ud., al patriota incorruptible, al liberal intransigente y honrado, al soldado de la Constitución, la Reforma y la Segunda Independencia y celoso admirador de los grandes hombres.

Acójalo Ud. con la benevolencia que le es característica, y con ello quedará satisfecho su adicto amigo y s. s.

FRANCISCO GRANADOS MALDONADO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

003228



UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Francisco Maldonado

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO PRIMERO.



USA de libertad, tú que mil veces
Vigor has dado á mi sonora lira
Para cantar tus glorias inmortales:
Tú que ofreces tus dones á mi alma
Y la enalteces si cantarte anhela:
Ya que risueña tu beldad me mira,
Ya que en mí viertes tu sagrado fuego,
Dame tu inspiración para que cante
El valor de mi patria sin segundo,
Que irá pasando á la futura gente
En los recuerdos de tu gloria excelsa
Como inmortal modelo de heroísmo,
Digno modelo que aleccione al mundo.
Voy á cantar: mas no cual aura blanda
Que en el ramaje á las palomas mece,
Cuando pasan los céfiros fugaces
Los cristales rizando del remanso:
Ni cuando abren sus cálices las flores
Derramando suavísima ambrosía
Al despertar las aves á la aurora.
Voy á cantar con cántico robusto,
Más robusto que el eco del torrente:
Yo cantaré al fragor de la batalla

Que estremece en sus centros á la tierra,
 Mientras que el arma silba matadora:
 Yo cantaré cuando el clarín resuene
 Al desplegar sus nítidos colores
 De Iguala la magnífica bandera,
 Cuando á sus hijos á la lid convoque;
 Y será mi canción tan entusiasta
 Como en el triunfo el himno de victoria.
 Dáme tu inspiración, musa divina,
 Y mientras cantó, la corona teje
 Con que mi frente ceñirá la gloria.

Llegó la noche límpida y serena,
 La luna melancólica subía
 Saliendo del Oriente majestosa
 En su carro de plata, circundado
 De nubes rociéres nacarinas,
 Tirado por alígeros corceles
 Que al hollar los espacios de la esfera
 Estrellas á millares salpicaban.
 El bello Orión guiaba su camino,
 Mientras en corte espléndida seguían
 El relumbrante Arturo, Cinosura,
 El Centauro de brillo fulguroso,
 Tauro esplendente, Venus apacible,
 Sirio vertiendo nítidas centellas,
 Canopo con sus luces purpurinas,
 Antares derramando luz zafírea,
 Y de esmeralda y nácar sus reflejos
 El magnífico Jupiter: en tanto,
 Como regio estandarte, dilataban
 Sus tibios y dudosos resplandores
 Las titilantes Pleyades esquivas.

Lentas las horas la veloz carrera
 Del tiempo en su transcurso detenían;
 Iban tendiendo encajes azulinos
 Recamados de estrellas, que llenaban
 La cóncava extensión del hemisferio.

Trescientas veces y sesenta, el curso
 Del tiempo en su reloj las horas lentas
 Al recorrer marcaban en su círculo,
 Con dorado compás, pausadamente.
 Entretanto al zenit iba llegando
 El alígero carro de la luna
 Al ir atravesando la Vía Lactea
 Que apenas se divisa, derramando
 Como polvo millares de luceros
 Que perdiéndose van en el espacio,
 Apenas á la vista perceptibles.

Súbito los extensos horizontes
 De Puebla, brillan con la roja lumbre
 Que en la región del Norte se dilata,
 Y en ráfagas se eleva hasta la allura,
 Tendiéndose cual nácares encajes
 Por la inmensa extensión del firmamento,
 Que en bóveda de fuego convertido,
 Mil centellas de púrpura brillante
 Refleja en su extensión iluminada.

El profundo hemisferio se asemeja
 A un sol cóncavo inmenso en que se encuentren
 Las tierras, y los montes y los mares,
 Mientras se pierde en su fulgor rosado
 El azul transparente de los cielos,
 Y sus planetas y sus astros todos.

En tanto blancas nubes, como el ampo
De la nieve volcánica, se elevan
De las cumbres altísimas, gigantes,
Del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl,
Formando un trono de esplendentes telas
Que imitan la blancura del armiño.
Ni una hoja se mueve en los ramajes
De los tristes saúces de los ríos
Que cruzan á los pies de los volcanes
Besando, al murmurar en su corriente,
Las rocas calcinadas y la lava
Que de otro tiempo las ciudades cubren,
Y que humedece la dorada arena
Que hollaron las beldades que otros días
A los reyes de Anáhuac se ofrecieron
Cual tributo de amor en sacrificio.

El viento no susurra, ni la brisa
Mueve la altiva copa de los cedros,
Ni los cipreses que en la falda duermen
De esas montañas que nacer miraron
Y florecer y destruirse un día
Los brillantes imperios de la América.

Duermen las aves tímidas, las flores
Guardan su aroma embalsamado, mientras
Viene la rubia aurora despertando
Al sol esplendoroso, cuya frente
Con su nítida luz baña los orbes.

Callan las selvas, callan las florestas
Do se arrullan los céfiros dormidos,
Y los verdes cipreses de los lagos
No mueven ni una hoja en su follaje;

Sobre la blanca nieve de la cumbre
De los altos volcanes, una sombra
Se dibuja en el fondo de los cielos,
Al colocarse bajo el bello solio
Que han formado las nubes transparentes.
Semeja de un anciano la figura
De altiva frente y venerable rostro;
Y en una de las rocas calcinadas
Toma asiento y adquiere vida y formas.
Y mudo y silencioso permanece
En actitud modesta, al cielo alzando
Llenos de llanto sus dolientes ojos,
Como el que implora auxilio á las alturas
A Dios pidiendo alivio en sus dolores;
Mientras de la Malintzi en la alta cima
Brotan de luz mil nítidas antorchas
Que en vapores brillantes convertidas,
Forman un pabellón que cubre un solio
Que figuran las peñas de ese monte:
De ese mismo vapor brillante y vago
Se desprenden dos ráfagas brillantes
Que en espirales suben y se extienden,
Y parece que llegan al vacío:
Luego se unen al formar un arco
Que, hermoso como el iris de los cielos,
Los tres colores del pendón de Iguala
Refleja iluminando las montañas.

De pronto otra figura encantadora
De ese trono en el centro se presenta:
Cubre su cuerpo candorosa veste
Que brilla cual la espuma de los mares;
Cifre leve su mórbida cintura
Una faja violada y azulina

Recamada de hermosa pedrería
 Y de oro, que nítida refleja
 La clara luz que alumbra el horizonte;
 Sandalias de oro y perlas y esmeraldas
 Cubren los pies de la morena virgen,
 Cuya mano recoge pudorosa
 El regio manto de escarlata y oro,
 Que de sus hombros lánguidos desciende
 Hasta tocar la tierra con sus orlas:
 De plumas de magníficos colores
 Y de rica y vistosa pedrería
 Un penacho sostiene en su cabeza,
 De que baja su undívago cabello
 Jugueteadando en rizos por su espalda:
 Un cetro empuña con la diestra mano,
 Y aunque ostenta en su rostro la belleza,
 Tristes están y lánguidos sus ojos.

Ve con tristeza y con dolor, ajado
 El nopal esplendente en que otro día
 El águila de Anáhuac orgullosa
 Ostentaba triunfal entre sus garras
 De la envidia la víbora abatida:
 Mira de Guautimoc y Xicotencatl:
 Las aceradas flechas olvidadas,
 Los arcos destemplados, roto el goldre,
 Sin pedernal, sin plumas, por el suelo;
 Y muda y silenciosa meditando
 Queda también, sentada, entristecida.
 A la vez, de la cima gigantesca
 Del nebuloso, allivo Citlaltepetl
 Se derrama un fulgor de luz de oro;
 Y entre cándidos velos transparentes
 La figura del gran Netzahualcoyotl

Se destaca imponente: lo acompañan
 El grande Moctezuma y el profeta
 Huéman, el gran pontifice supremo,
 El Moisés de las tribus numerosas
 Del Imperio que fué de los aztecas.
 La roja luz que baña el hemisferio
 Se va apagando poco á poco, en tanto,
 Esa aurora boreal desaparece,
 Quedando sólo la argentada luna
 Con blancas nubes en zenit velada.
 Lentamente la virgen silenciosa
 Que en la Malintzi yace meditando,
 Adquiere proporciones verdaderas,
 Fuego y animación en sus miradas,
 Morbidez en sus formas, movimiento,
 Y así prorrumpen en doloridas quejas:
 “¡Oh, quién me diera, como en otros días
 Aquellas horas por mi mal perdidas!
 ¿Qué se ha hecho mi pueblo belicoso?
 ¿Dó está Netzahualcoyotl, cuya ciencia
 Anunciaba en sus cánticos sublimes
 Las glorias de mi Imperio, y mi grandeza?
 ¡No existe Moctezuma, á cuyas plantas
 Se postraban mil pueblos tributarios!
 Cuando á su voz, de la una á la otra zona
 Se rendían los reyes belicosos.
 ¡No existe Xicotencatl, entusiasta;
 Yace en la tumba el inclito guerrero,
 De Teotilac el mártir indomable!
 De Otumba el héroe Zihuatcatzin duerme
 En el silencio funeral hundido.

¿Dó está aquella nobleza esplendorosa
 De Obteacan brillante y opulenta?

¡ Oyoyótzin dó está, dó los valientes
 De la gran Colhuacán y de Acatlapam!
 Y Acamapitzin dónde, el gran político,
 Aquel dominador de Atzcapotzalco?
 Huitzilihuitl ¿ dó está? Chimalpopoca,
 Ixcoatl, y Moctezuma, aquel guerrero,
 El flechador celeste, y aquel héroe
 Axayacatl glorioso, noble y sabio,
 Inclito fundador de Tlaltelolco,
 Y Tizoc, y Ahuizotl, y tántos, tántos
 Que me dieron gloriosa nombradía?.....
 Desparecieron: mas aquellos lagos
 Que duermen arrullados por la brisa,
 Que al despertar la aurora los alciones
 Saludan al bañarse en sus cristales,
 Testigos fueron de su arrojo un tiempo;
 Pero todo pasó; trescientos años
 He arrastrado la bárbara cadena
 Del cruel conquistador: sesenta lustros
 Lloré de esclavitud el llanto amargo;
 Tres centurias sufrí la horrible infamia
 De entregar de rodillas á mi dueño
 Mis riquezas, mi oro, y el tributo
 De mi ciega obediencia, recibiendo
 En recompensa á tanto beneficio,
 El desprecio, el baldón! ; Qué más, Dios mío!
 Cuando el látigo vil de mis señores
 La frente hería de mis libres hijos,
 Me obligaban los fieros vencedores
 A levantar mis cánticos al cielo
 Como prueba de amor! Con voz tronante
 Me enseñaba una cruz y me decía
 Aquel conquistador orgullecido:

“ Por este don divino que te traje
 “ Y en recompensa de este beneficio,
 “ Honor divino tributarme debes;
 “ Porque yo soy de Dios el fiel intérprete,
 “ El medianero santo, que el mandato
 “ Cumplo en la tierra del Señor del cielo:
 “ De Dios entre la imagen y el humano
 “ Mortal, distancia inmensa nos separa:
 “ Debes vivir esclavo; yo merezco
 “ Que tus hijos perezcan si es posible,
 “ Que agoten sus tesoros y su sangre:
 “ De esa cruz que yo traje de otro mundo
 “ Es infinito el precio, y todo es poco
 “ Comparado á ese bien inestimado;
 “ Por ella eres feliz.”—Y en mis dolores
 Y en medio de mi angustia, yo corría
 A postrarme á las gradas del santuario,
 Y allí invocaba un Dios!..... Y sus ministros,
 Entre sedas, y oro, y pedrería,
 Y llenos del orgullo y la soberbia,
 También miraban con desdén mi llanto,
 Porque en medio á su fausto poderoso
 Y en su grandiosa pompa, me decían
 Que así pagar debiera los delitos
 De mis hijos que bárbaros amaban
 A dioses sanguinarios é impotentes.

; Cómo, Señor, tu amor y tu dulzura
 Se ha de vengar de mi inocencia, sólo
 Porque mis hijos sin saber tu nombre
 Adoraban á dioses mentirosos
 Y holocaustos sangrientos ofrecían
 A esas deidades falsas y nefandas?

Así y en otras quejas prorrumpía
 La América inocente, derramando
 Su llanto sobre el césped y las flores
 Que esmaltan de la cima el pavimento.
 Entretanto, la cumbre levantada
 Del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl
 En que descansa el apacible anciano
 Resplandece, y las nubes que sostienen
 El magnífico trono en que se mira
 Esa figura de mirada tierna,
 De frente candorosa y sin mancilla
 Y que muestra en las rugas de su frente
 El asiento inmortal de la prudencia,
 Se transforman en carro que conduce
 A Hidalgo que ha salido de la tumba,
 Permitiéndolo Dios, al oír el llanto
 De la doliente México, que busca
 El antiguo valor de sus guerreros
 En defensa de su honra y su decoro.

Tirado por cien águilas gigantes
 Viene ese carro vaporoso y aéreo,
 Y conducido como en regio triunfo
 Por cien genios aligeros, tan bellos
 Como la fe nos pinta á los arcángeles.

Acompañan al héroe de Dolores
 La verídica Historia, que sostiene
 En una mano los gloriosos libros
 En que ha grabado con buril eterno
 Del universo las brillantes glorias,
 Y en la otra el estilo con que escribe
 Siempre ante el triunfo la verdad augusta.
 Un genio trae la refulgente antorcha:

La Fama y la Victoria coronando
 Vienen al héroe, cuya alliva frente
 Al brillo resplandece de la gloria;
 El Tiempo, silencioso, precediendo
 Viene esa cohorte en alas de los siglos,
 Que parece detienen su carrera
 Para mirar los hechos portentosos
 Que va en sus libros á esculpir la Historia:
 Del Atoyac, en tanto, en las riberas,
 Grupos de ninfas encantadas salen,
 Que derramando flores y coronas
 Veloces cercan el brillante carro,
 Al descender de la tendida cima
 De la gigante colosal Malintzi:
 En actitud severa y taciturna
 Quedan la Fama, el Tiempo y la Victoria,
 Mientras escribe la veraz Historia.

México, en tanto, triste y sorprendida,
 Alza la vista que inclinaba al suelo,
 Y extática mirando á aquel anciano,
 Como reconociéndole, se postra,
 En su brillante solio, y con ternura,
 Así con eco conmovido dijo:

“No en vano mis dolientes, tristes ojos
 “He levantado en medio de mi llanto
 “Pidiéndole al autor de la natura
 “Que consuelo enviara á mis dolores.....!
 “He invocado á los manes de mis hijos,
 “Guautimoc, Xicotencatl y de todos
 “Aquellos, que otra vez cuando lloraba,
 “Me vieron arrastrando la cadena
 “Con que la heroica España sujetara

"De Anáhuac á las águilas triunfales;
 "Acudieron al eco de mi llanto,
 "Y al clamar ¡libertad é Independencia,
 "Rompieron para siempre la cadena
 "Con que dos mundos enlazados fueron:
 "Pero era inútil mi gemido, en vano
 "Yo recordaba mis pasadas glorias,
 "Sólo el eco doliente á mi venía
 "Que el gemido del alma repetía!
 "Hoy otra vez los hijos de la Europa
 "A mis mares acercan sus bajeles,
 "Y ya el valiente galo hollando se halla
 "La tierra del heroico Moctezuma;
 "Y el intrépido ibero, y el britano
 "Avanzan, se preparan y amenazan
 "Arrojar á las águilas aztecas
 "Y asentar el pendón de sus victorias
 "En medio de los lagos cristalinos,
 "Que los palacios del Anáhuac velan
 "Con sus brumas blanquísima y leves;
 "Y allá en Tenoxitlán, dictando leyes,
 "Romper quieren, innobles, los blazones
 "Que patria, y gloria, y libertad nos dieron."

Al oír estas voces, un esfuerzo
 Hizo el anciano venerable, y dando
 Tregua al silencio, descendió del solio
 Y prorrumpió en acento conmovido:
 ¿Qué pronuncias, mujer? ¡Detén la lengua!
 ¡Cómo te abates cuando de ira llena
 Debieras convocar á la pelea!
 ¿Cómo yaces tan triste y solitaria,
 Tú, la reina magnífica que un día
 De Norte á Sur mandabas tus legiones

Que el extranjero con respeto vía?
 ¿Cómo se halla abatida y desolada
 La señora de pueblos y de reyes,
 Que de Oriente á Occidente dominaba,
 Y cuya voz vibraba entre las olas
 Que las arenas del Atlante estrellan
 Del turbulento mar entre las rocas,
 En tanto que potente resonaba
 Del pacífico mar en los cristales?
 ¿Por qué pierdes la fe? ¿No ves que brillan
 En ese iris los nítidos colores
 Que forman el blasón de nuestras glorias,
 La fe de nuestras creencias inmortales,
 Y la enseña triunfante y poderosa
 De nuestra libertad é Independencia?
 ¿Qué no recuerdas que en hermoso día,
 Esa España gloriosa, enaltecida
 Por nuestro oro, tan heroica un tiempo,
 Tan llena de recuerdos, portentosa,
 Que potente clamaba por doquiera
 "Que el sol nunca en su imperio se ponía,"
 Y que doquier que el vencedor del moro.
 Su purpúreo pendón ondear hacía,
 Los pueblos inclinaban su bandera,
 Al eco de mi voz cedió, y mi patria
 Se hizo libre y señora independiente?
 Yo al sepulcro bajé, mas ¿no recuerdas
 Que en dos lustros de heroicos sacrificios,
 Al cabo de una década en que el mundo
 Ve asombrado á mil mártires al golpe
 Del verdugo caer, y entre las llamas
 De santa Inquisición sacrificarse;
 Pudiste soberana alzar la frente,
 Y al tremolar de Iguala la bandera

Alejarse no viste á otras regiones
 Del león los magníficos blasones?
 ¿No viste destrozarse la cadena
 Que arrastraban tus pies, no viste roto
 El cetro de dos mundos? La corona,
 Y el dogal, y el puñal del asesino
 No los viste rodar despedazados?"

México suspiraba silenciosa;
 Entretanto, las nubes que formaban
 El regio carro que condujo á Hidalgo,
 En caprichosas formas se divagan,
 Y los genios, las águilas grandiosas
 Se remontaban á la altiva esfera.

La historia en su anales, reflexiva,
 Iba grabando, de entusiasmo llena,
 Esos hechos gloriosos; y la Fama
 Sus cien genios mandó con sus clarines
 A que repercutieran por el orbe
 De Hidalgo las palabras animosas,
 Mientras el Tiempo registraba ufano
 En lo pasado ejemplos semejantes;
 Y la Victoria, con laurel y encino
 Tejía con afán verdes coronas.

Esforzándose México, las lágrimas
 Velozmente enjugaba en sus mejillas,
 Y así replica de entusiasmo llena:

"Padre inmortal, perdón, si en un momento

"Dudar pudo mi fe, si abandonada

"Me ves de mis hijos predilectos;

"Ya recobré el valor con tus memorias."

¡Gloria á tu fe, magnífica doncella!
 Mira ese pabellón de tres colores

Y cúbrete con él; mientras su sombra
 De México se tienda en los alcázares,
 Libres serán los hijos de Guerrero;
 Nunca le abandonéis, y siempre fuertes
 Los reyes os verán, y las naciones
 Envidiarán vuestra inmortal grandeza.
 ¿No recuerdas, oh México apacible,
 Que ese estandarte destrozó los grillos
 Con que te ató á su carro la conquista?
 Esa misma bandera esplendorosa
 Es la que allá, del Pánuco en la arena,
 Resistió con heroica valentía
 El ímpetu arrojado é impetuoso
 De la bandera de granate y gualda
 De Castilla la heroica; que allá un día
 Destrozó las banderas que vencieron
 Los cesaraugustanos escuadrones:
 Es la misma bandera que detuvo
 El avance impetuoso de valientes,
 Intrépidos sajones, orgullosos,
 Que mancillar quisieron nuestras glorias;
 Esa misma bandera victoriosa
 De Veracruz en las ardientes playas,
 Se atrevió á desplegarse ante las águilas
 De Jena y Austerlitz, y de Marengo,
 Cuando el valiente galo quiso un día
 Desmentir nuestra heroica bizarría;
 Esa misma bandera, allá en el Norte,
 De Guaymas en las costas ardorosas
 Pudo al corsario resistir potente;
 Ese mismo pendón en Aculzingo,
 Ondeó ante los ejércitos gloriosos
 Del aguerrido y entusiasta zuavo.....
 Mas ¿que podré deciros, si aún humea

La sangre de tus hijos victoriosos
 Allí abajo, en la cima portentosa
 Del imperecedero Guadalupe?
 ¿No recuerdas, hermosa, aquella aurora,
 Cuyo espléndido sol cubrió tu frente,
 Cuando al morir tus hijos por la patria
 La encina y el laurel te coronaron?

Sí, padre amado: doce lunas bellas
 Han visitado ya nuestro hemisferio
 Desde aquel día de brillante gloria
 En que pensaba el galo destruirme,
 Y me dió un héroe grande la victoria;
 El quinto sol de Mayo esplendoroso,
 De Puebla iluminó los horizontes:
 La cuarta parte apenas recorría
 Del hermoso hemisferio, cuando al aire
 Se tendieron los galos estandartes
 Ostentando sus nítidos colores,
 En tanto que en el templo misterioso
 Del Dios de las batallas, se elevaba
 El incienso sagrado, vibró el eco
 De la argentina voz de la campana
 Que ¡alarma! á los valientes les decía;
 Y al estallido del cañón guerrero,
 Al retemblar de Puebla las colinas,
 Al sonoro compás de los clarines,
 De México los hijos valerosos
 Animados de férvido entusiasmo,
 Guiados por la fe de la victoria
 Acudieron veloces, embrazando
 El esplendente pabellón de Iguala,
 Y al desplegarlo al agresor esperan,
 Empuñando las armas vengadoras.

Se anuncia la batalla; y semejante
 A una sierpe de aceros erizada
 Entre la mies que esmalta la campiña
 Dilata su legión el franco altivo;
 Y se acerca, y se extiende, y retrocede
 Brillar haciendo al sol de medio día
 El relumbrante acero de sus armas.
 En tanto en la ciudad dianas marciales
 Anuncian entusiastas el combate:
 Allí en la cima de Loreto brilla
 De Zaragoza la luciente espada,
 Mil guerreros se aprestan, á las voces
 Del jefe que arde en entusiasmo; acuden
 Rápidos como el mismo pensamiento,
 Aquí y allí discurren deteniendo
 A sus briosos, bélicos corceles,
 Que arrojan al tascar sus limpios frenos
 Espuma hirviente como blanca nieve,
 Haciendo reflejar del sol la lumbre
 Sus arneses de plata y sus jaeces;
 Limpidas las espadas centellean,
 Mientras se oyen doquiera resonando
 De la patria los cánticos marciales.

En tanto el jefe, en calma imperturbable,
 Mide con vista de águila los campos,
 El avance cálcula y el arrojo
 Del enemigo; y previniendo el golpe,
 Ordena sus valientes escuadrones,
 Comunica sus planes, y montando
 Su intrépido bridón, la espada empuña,
 Y el pendón tremolando de la patria,
 “A morir ó vencer, dice risueño,
 “¡Hijos de Hidalgo! El Dios de las batallas

" Con nosotros está; que el mexicano
 " Sepa ser digno de su noble origen.
 " Que el enemigo que á ultrajar se atreva
 " El pabellón espléndido de Iguala,
 " El polvo bese que pisamos, ó huya,
 " O con la vida su arrogancia pague;
 " Que vea que el azteca también sabe
 " Los lauros conquistar de la victoria."

Dijo: y á la señal de la batalla,
 El estallido del cañón retumba;
 Padre Hidalgo, ¿ no véis en la colina
 Esos pobres reclutas, cómo al grito
 De Independencia y Libertad empuñan
 Llenos de ardor el reluciente acero?
 Ellos son, sí, mis hijos los aztecas,
 Que el hurra al percibir de los guerreros
 Francos, levantan su tranquila frente,
 Contemplan con valor al enemigo,
 Empuñan el pendón de tres colores,
 Y á pie firme, tranquilos y serenos,
 El fuerte empuje del combate esperan.
 Ved ya cómo en la espléndida llanura
 Se forma la batalla formidable
 Como escamada víbora de acero;
 Que refleja del sol la luz brillante
 Ondeando en el llano se dilata,
 Amenazando ahogar en su círculos
 A quien se atreva á verte; así desplegan
 Las falanjes altivas de la Francia
 Sus brillantes columnas animosas;
 En esos tricolores estandartes
 Traen la historia de un siglo de heroísmo.
 En sus brillantes, nítidos colores,
 Se reflejan las glorias esplendentes

De Castiglione y Wagram y Marengo,
 De Fuedlan, de Austerlitz y de Moscowa,
 De Crimea inmortal y Montebello,
 Y Magenta, y el Alma y Solferino,
 Y otras batallas mil, en que á sus plantas
 Vió el francés prosternarse á los guerreros;
 Pero vacila al ver la faz serena
 De los hijos de Hidalgo y de Morelos.
 Ved en la cumbre que los mil valientes
 Denuedos mexicanos la bandera
 Defienden de la patria de Iturbide,
 Morder haciendo la sangrienta arena
 Al agresor audaz que lucha y muere.

Aquí un valiente su bridón apresta,
 Allá otro empuña su brillante lanza:
 Vedlos, son mil, dos mil, tres mil apenas,
 Y algunos otros más; el enemigo
 Duplica sus columnas aguerridas.....
 Ya suben la colina presurosas.....
 Y así como se mira en las campiñas
 En columnas compactas, rapidísimas
 Las hambrientas langostas arrojándose
 Sobre la mies que consumir anhelan,
 Así veloces suben las columnas
 Del que asalta, erizadas con las puntas
 De sus marrazos..... El cañón retumba
 De nuestros defensores..... Una brecha
 Abierta queda de hombres que sucumben;
 Pero tenaces siguen..... Velozmente
 Acuden á la altura..... Un prolongado
 Trueno se escucha; el humo se dilata
 Y rimbombando, sigue el estallido
 Como de tempestad á los fragores

Y lo repite el eco, y va á perderse
 Y á confundirse á orillas de los mares
 Con el estruendo que las olas forman:
 Así un eco terrible se percibe,
 Desciende de la cima y se dilata
 En toda la llanura..... El humo envuelve
 Al jefe heroico que el combate ordena,
 Pero su voz la multitud domina;
 Se repite el empuje sobrehumano;
 Un jefe, lleno de valor, alienta
 A sus huestes, le siguen sus soldados
 Y se detiene el ímpetu violento
 De los seres valientes de la Europa..... !

Vuelve otra vez, y otra, y la tercera,
 Y tres veces replega sus pendones,
 Y tres veces resiste el mexicano;
 Y cede el franco, que muriendo arroja,
 Como el rabioso can, sangrienta espuma.....
 Y cunde la batalla, en humo denso
 Puebla envuelve sus limpios horizontes;
 Pero en tanto, un atleta formidable,
 De mirada de rayo y talle esbelto,
 Que parece en la espléndida llanura
 Un roble corpulento, se aproxima
 A un indio de las ásperas montañas;
 Se miran fijamente, se contemplan,
 Y así como en el bosque dos leones
 Irritados, con ojos se provocan
 Que despiden centellas iracundas,
 Parece que se miran y calculan
 Mutuamente sus mutuos movimientos,
 Y ya que asegurados uno y otro
 Están de su poder y valentía,

Se arrojan, desgarrándose violentos,
 Y rugiendo estremecen la montaña,
 Y luchan, y se ligan, y se estrechan,
 Y casi se sofocan, y al fin mueren;
 No de otro modo, preparando su arma,
 Se arremeten los dos á un tiempo mismo,
 El proyectil arrojan de su rifle
 Que silbando pasó junto á su sienes,
 Pero no les hirió..... terrible un grito
 Lanzó el atleta, y con sonrisa el indio,
 Arma su bayoneta y su marrazo,
 Afirma el golpe del combate, ansioso,
 Un momento se miran, centellean
 De ambos los ojos; embrazando el arma,
 Se arrojan uno al otro, atravesándose
 Exhalan un gemido, y allí expiran.....
 En tanto en otro, punto un mexicano
 Divisa la bandera triunfadora,
 Y en medio de una lluvia formidable
 De proyectiles, la distancia mide,
 Y rápido se arroja, y dando muerte
 Al portador, le arranca el estandarte.
 ¿No lo véis, padre Hidalgo? Ved que huye,
 Ved, por allí se postra un adversario
 Y perdón pide, por allá otro besa,
 Al rendirse, el pendón de los aztecas.....
 Y huyen por fin..... se van avergonzados
 Los audaces guerreros que orgullosos
 Creyeron desgarrar nuestros pendones:
 Perdonadme, señor, si mis recuerdos
 Han extraviado mi razón, creyendo
 Que aquello que pasó pasando estaba
 Ante nuestra presencia soberana.
 Al fin la gloria coronó mis sienes,

Y aunque ya el héroe vencedor no existe,
 Su venerada sombra desde el cielo
 Cubrirá nuestro bélico estandarte."
 Dijo México: Hidalgo así responde:
 —"Si su espíritu ardiente en nuestro pecho
 Debiera ser de gloria el entusiasmo,
 Muy presto como yo, para animarte,
 De la tumba saldrá de gloria lleno,
 Acompañado de los héroes todos
 Que abatieron las huestes españolas
 En otro tiempo de feliz ventura."

En tanto que así hablaba, de la cima
 De Guadalupe, hermosa transparencia
 Comienza á dilatarse claramente;
 Se distingue en sus formas la colina.
 Súbito en grupos densos y brillantes
 De nubes argentadas de oro y gualda
 Surgen en sin igual magnificencia
 La Libertad, ceñida de laureles,
 Que el gorro frigio trae y una corona;
 La Ilustración le sigue sosteniendo
 Por mil genios que traen los atributos
 De la gloria, la guerra y la abundancia,
 Las ciencias y las artes, y la industria.
 Luego, entre genios de inmortal belleza,
 Viene la Religión; y la Victoria
 Y la Inmortalidad á Zaragoza
 Conducen, de los héroes circundado.

Diáfano el iris transparente brilla
 Y un resplandor intenso cerca al héroe.
 Mientras que del altivo Citlaltepétl,
 Entre vapores de oro y de diamante,

Sobre grupos de nubes de amaranto,
 Sostenidos por genios colosales
 Vienen Netzahualcoyotl, Moctezuma,
 Y el profeta Hueman, de gloria llenos.

Las blanquísimas nubes que cubrían
 La hermosa luna que en zenit se vela,
 Rasgadas dejan que su luz aumente,
 Aquellas luces que doquier cintilan
 Sobre aquel espectáculo sublime.

Hidalgo, en tanto, de la mano toma
 A la apacible México, y la Fama,
 Y el Tiempo y la Victoria, que descienden
 De los siglos veloces en las alas,
 Bajan á Guadalupe, donde en trono
 De luz, con majestad, el premio goza
 De la inmortal victoria Zaragoza.

—Salve, genio sublime, Hidalgo dijo;
 Perdona, si el reposo de tu gloria
 He interrumpido al invocar tus manes;
 Entristecida México, doliente,
 Al peso de su angustia se quejaba,
 Porque al mirar á sus ingratos hijos
 Que rasgaban sus regias vestiduras,
 Llamaba de otro tiempo á sus guerreros
 Buscando alivio en su terrible pena.....
 Silencioso, risueño y placentero,
 Su faz mostraba Zaragoza invicto,
 Y al desplegar la tricolor bandera,
 Así con eco de poder prorrumpe:
 ¿Cómo puede quien libre gozó un día
 La independencia, en hondo abatimiento

Hundir la frente, y el cobarde llanto
 Derramar, al oír que doquier cunde
 El grito que á la guerra nos convoca?
 ¿No véis este lugar, no recordáis,
 Que doce lunas hace que á mi acento
 Detenerse pudieron las falanges
 Que humillaron las huestes africanas,
 Que vencieron á Italia y abatieron
 Al león español en otro tiempo,
 Y á las águilas rusas contuvieron
 Al oír del cosaco las canciones?

México, consolada, le responde:
 Perdonadme, señor; el padre Hidalgo
 Me recordó la gloria del azteca,
 Aquella gloria que en aqueste sitio
 Guardará tu renombre eternamente;
 Ha pasado un estío y un otoño,
 Y un invierno también desde aquel día
 En que arrancaste un lauro á la Victoria:
 Ya se va esta hermosa primavera
 Y otra vez volverán los extranjeros
 A pretender hollar nuestros pendones;
 La traición los protege, y tú no vives
 Sino en el templo de la eterna gloria:
 Pero viven mis hijos, esos bravos
 A quienes enseñé de la grandeza
 La senda hermosa que á la gloria guía;
 ¡La traición! ¿Y qué hará? Cuando la patria
 Otra vez se levante victoriosa
 Su maldición le arrojará á la frente,
 Y el mundo, al recordar su nombre infame,
 Exclamará también: “¡El traicionero
 “*Es de los hombres y de Dios maldito!*”

— Maldito, sí, con poderoso acento
 Morelos dijo: recordad, guerreros,
 Que aquí escucháis la voz de los que viven
 En la inmortalidad, que un hijo tuve
 Cuando tu voz, oh padre venerando,
 La Libertad de Anáhuac proclamaba
 El amor en su nombre; con anhelo
 Yo le enseñé á adorar de patria y gloria
 Los sacrosantos nombres; de los libres,
 La senda le enseñé; me vió la guerra
 Arrostrar en los campos de batalla,
 Los peligros vencer, ser generoso,
 Pero nunca humillar me vió la frente
 Al enemigo de mi patria ilustre.
 Vencedora, triunfante mi bandera,
 Le enseñé á venerar, y en un cadalso
 Me vió morir, primero que á la patria
 Vender por conquistar el oro infame
 Con que siempre se compra á la perfidia;
 Y con mi muerte, México, esa virgen,
 Se cubrió con el manto de Victoria.
 Hoy..... ya lo véis..... á mi pesar descenden,
 Lágrimas abundantes de mis ojos.....
 Ese hijo criminal..... su patria vende! —
 Un momento calló..... luego, enjugándose
 El llanto, lleno de vigor sublime,
 Con voz robusta amenazante dijo:

—“ El justo Dios que al universo rige,
 “ Aquel Señor que las esferas llena
 “ Con su esplendente luz, sobre él derrame
 “ El castigo á su infamia merecido:
 “ Que mientras viva, sin placer ni dicha,
 “ Errante vague sin gozar la calma,

" Que el sueño halagador jamás sus ojos
 " Cierre tranquilamente, que la risa
 " Jamás juegue en sus labios placentera;
 " Que del campo jamás las bellas flores
 " Le muestren su hermosura; que las aves
 " Cuando sientan sus pasos enmudezcan;
 " Que las fieras, al verle, de él se aparten,
 " Que las mieses se agosten si las mira
 " Y las aguas se sequen; que los hombres
 " Le huyan al mirarle y lo desprecien;
 " Que si en el templo se halla, su conciencia
 " Se asuste, y lleno de vergüenza, deje
 " De profanar las gradas del santuario;
 " Que largos años viva recibiendo,
 " Doquier que vaya, todos los sarcasmos,
 " Hasta de los idiotas que le vean:
 " Y que su nombre eternamente dure
 " En todas las edades, y los padres
 " Lo enseñen á sus hijos, maldiciendo
 " Su infamia y execrando su memoria;
 " Y mientras brille el sol en esa esfera
 " Dorando las campiñas y los montes,
 " Mientras de noche brillen esos astros,
 " Y la luna dé al mundo su luz pura,
 " De *Telamon* el nombre se recuerde
 " Con horror de los hombres, con espanto
 " Del siglo que se va y de los futuros,
 " Y al pronunciarlo, siempre se oiga un grito
 " Que diga: ¡*Telamon* es un maldito.....!"

Dijo, y en llanto se anegó el anciano
 La expresión de dolor de su semblante,
 El brío de sus palabras poderosas,
 Conmovió á las deidades y á los héroes

Para pedir perdón, pero terrible
 De Morelos la fúlgida mirada,
 Les hizo comprender con honda pena
 Que su resolución incontrastable
 Se la dictaba el Dios de la conciencia,
 Y con potente voz a í les dijo:

"Ya nada importa la traición, ¡oh Patria!
 Es impotente cuando el Dios del orbe,
 Que es el de la justicia y el derecho,
 Vela sobre los pueblos. ¡Zaragoza!
 Zaragoza inmortal! en este suelo,
 Aún están de tus glorias los testigos;
 Contempla aquellas elevadas torres,
 Contempla esos palacios portentosos,
 Contempla esa ciudad de los valientes:
 Esa Puebla inmortal doquier repite,
 Llena de amor, tu nombre venerando,
 Y otra vez y otra vez en su recinto
 A morir ó vencer á tu memoria
 Se preparan los ínclitos guerreros."
 En tanto así habla, de entusiasmo santo
 Se llena ese concurso esplendoroso;
 La Historia toma su brillante antorcha,
 Detiene el Tiempo á los ligeros siglos
 Registrando los libros de la Historia;
 La Fama á sus cien genios les ordena
 Que pregonen doquier aquella gloria;
 México se corona con los lauros
 Que la Victoria espléndida le ofrece,
 Mientras la Religión con su albo manto
 Cubre de Zaragoza las espaldas.

De Guadalupe en tanto en la colina
 Esplendorosos brillan mil fulgores
 De una luz apacible y vaporosa
 Con ráfagas de gualda y de topacio,
 De rubí y de zafiro transparentes,
 Como vapor de luces de diamantes
 Que iluminan la esfera. El Ixtaccihuatl,
 El Popocatepetl, y el Citlaltepétl,
 De sus gigantes cumbres mil antorchas
 Colosales desprenden, que se elevan
 Como columnas, pórticos formando.
 En tanto el carro de la blanca luna,
 Que preceden las horas taciturnas,
 Seguido del concurso numeroso
 De las limpias y nítidas estrellas,
 En el zenit suspenso, sus fulgores
 Confunden con la luz del horizonte
 Que forman los gigantícos volcanes.
 Refulgente, sublime aparecía
 Zaragoza, cercado de grandeza;
 La Libertad en tanto, majestuosa
 De Ilustración magnífica abrazada
 Y encanto y hermosura rebosando,
 Con voz angelical así se expresa:

“Virgen de Anáhuac, México grandiosa,
 “Cesa ya de llorar, entona cánticos,
 “Porque ya el fin de tus desgracias llega:
 “Tu la gloria de América potente
 “Serás, y la sirena de los mares
 “Que tus bellas riberas fertilizan:
 “Tú que en tu seno todos los tesoros
 “Del universo encierras con orgullo,
 “Muy pronto en tus altísimas montañas

“De esta gloriosa Ilustración fecunda
 “Arbolarás el pabellón triunfante
 “A cuya sombra las naciones todas
 “Del Nuevo Mundo buscarán abrigo,
 “Yo soy la Libertad, aquella diosa
 “Que cuando Dios al universo creara,
 “Nació á su voz potente que me dijo:
 “Vé á recorrer los pueblos de la tierra,
 “Vé á darle al hombre dignidad y gloria:
 “Jamás le abandonéis, cumple obediente
 “El grandioso destino de tu vida.
 “Y desde entonces presurosa corro
 “En alas de los siglos voladores,
 “Acompañando al tiempo en su carrera.
 “Yo soy aquella virgen que á los hombres
 “Primeros que poblaron las naciones,
 “Les inspiré de ciencia el poderío
 “Para elevar grandiosos monumentos:
 “Yo en los primeros siglos, con sonoras,
 “Poéticas armonías encerraba
 “La Religión, las leyes y la ciencia:
 “Y á mi impulso los pueblos levantaron
 “Templos, palacios, obeliscos, tumbas,
 “Que aun los siglos respetan en su curso:
 “Yo de la antigüedad rompí los grillos,
 “É hize triunfar del hombre el pensamiento,
 “Cuando á la esclavitud venció la gloria
 “En los campos espléndidos, magníficos
 “De Leutecia y Mantinea, y las llanuras
 “De Salamina, Maraton, Platea:
 “Yo produje de Grecia los portentos,
 “Yo dí á Roma del mando el poderío,
 “Yo emancipé á la Europa envilecida,
 “Que después, poderosa pero ingrata,

"Tronos ha levantado á los tiranos.....
 "Y en pos de gloria á América he venido
 "Donde mi influjo poderoso cunde:
 "Yo dí poder á Washington sublime
 "En la tierra de Franklin poderosa,
 "Como á Guillermo Tell lo dí en Europa:
 "Yo entusiasmo y ardor le dí á Bolívar,
 "Fuerza á Hidalgo, y á ese ínclito Morelos,
 "Y á Zaragoza el grande que ha abatido
 "De la altanera Galia á los guerreros.
 "Grande serás, ¡oh México! conserva
 "Siempre ese pabellón de tres colores,
 "Y antes el sol se apagará en la esfera,
 "Antes se secarán los anchos mares
 "Que en tu suelo dominen los tiranos
 "Y triunfe el fanatismo en tus altares."

Dijo: y la Fama, de entusiasmo llena,
 Resonar hizo en gratas armonías
 Sus cien clarines anunciando al mundo
 De Libertad el triunfo sin segundo.

Entonces de las cumbres más remotas
 Del Zempoaltepetl y Quincoo mil genios
 Inmortales salieron, conduciendo
 Mil trofeos ornados de laureles,
 Mientras de Soconusco en las alturas,
 Entre esplendores de brillante gloria
 De Las Casas la efigie aparecía,
 Y en alas conducida de preciosos
 Genios aztecas, con veloce vuelo,
 Llegó de Guadalupe á ser testigo
 De la coronación del héroe grande
 Que invencible murió, cuya memoria

En los libros sin mancha de la Historia
 Contentos repitieron en la altura
 Los genios y las ninfas las canciones
 Marciales; de la patria la corona
 De encina y de laurel, que la triunfante
 Libertad en su mano conducía,
 De Zaragoza colocó en las sienes,
 Mientras los héroes en aplausos gratos
 Prorrumpieron alegres y entusiastas,
 Y el héroe, lleno de inmortal ternura,
 Llorando de placer por aquel triunfo,
 Embrazando el pendón de nuestras glorias
 Que la América hermosa sostenía,
 Así le dijo á México gloriosa:

"Virgen hermosa, Patria idolatrada,
 "Este heroico estandarte en estos sitios,
 "Tú lo sabes, me dió sobre los galos
 "El laurel inmortal de la Victoria.
 "Consérvalo sin mancha; allí se miran
 "En la invicta ciudad héroes valientes
 "Que seguirán mis huellas, y de Europa
 "Los guerreros ante ellos sus blasones
 "Inclinarán humildes. El que un día
 "De Calpulalpam conquistó los lauros,
 "Sabrá guardar la gloria de mi nombre;
 "Cúbrele siempre, Libertad hermosa,
 "Que yo á tu lado lucharé invencible;
 "Pero si en los designios escondidos
 "Del Dios de los ejércitos escrito
 "Está que la traición junto á él milite,
 "Jamás le abandonéis, y aunque sucumba
 "De pronto, al fin los libres mexicanos
 "Derribarán del solio á los tiranos,

“ Y otra vez, para asombro de los reyes
 “ Y humillando á los pérfidos traidores
 “ Libertad, en tu altar regarán flores
 “ Al proclamar tus sacrosantas leyes.....”

Dijo el héroe entregando la bandera
 A la apacible México: entretanto
 La Libertad sublime entre sus brazos
 Estrechó á Zaragoza, y en la frente
 El ósculo le dió de su ternura,
 Y al recoger su manto entre fulgores
 De luz brillante en alas de querubenes
 Sobre nubes de oro y escarlata,
 Enmedio de mil cánticos divinos,
 Se remontó á la altura de los cielos
 En grupo de celajes esplendentes
 Que formaron un trono. Zaragoza,
 De Hidalgo acompañado y de Morelos,
 A quienes Libertad tendió los brazos,
 Precedidos por genios y por ninfas
 Y por la Fama alígera y el carro
 De la Victoria, entre vapores límpidos
 De luminosa y clara transparencia,
 Se elevaron perdiéndose en la altura,
 Mientras el Tiempo, en alas de los siglos,
 Y la Historia inmortal, fueron llevados
 Siguiendo aquel conjunto por las Horas,
 Perdiéndose en las nubes blanquesinas
 Que cubrían el carro de la luna.
 La América, seguida de los genios
 Del Atoyac, se dirigió á la cima
 De la Malintzi, en alas de las águilas
 Que trajeron de Hidalgo la carroza;
 Y allí en la cumbre altiva, en la montaña,

Se perdió entre los bosques silenciosos.
 Se quedó el inmortal Netzahualcoyotl,
 Y así le dijo al sacerdote azteca:

Hueman, ¿ cómo será que el pueblo grande
 De mis antepasados, de la tierra
 Desaparezca como pueblo libre ?
 ¿ Qué poder colosal será el que oprima
 Con despotismo infame el universo ?
 ¿ Se borrarán de la memoria mía
 Las grandezas de México mi patria ?
 ¿ Dónde están de Texcoco mis jardines ?
 ¿ Que se hicieron los sabios de mi reino,
 Los artistas, filósofos, poetas,
 Nobles altivos, ínclitos guerreros ?
 Hueman, ¿ á dónde están ? dílo, responde.....

—Todo acaba en la tierra, Hueman dijo:
 Sólo es eterno Dios. Tú que del mundo
 Fuera habitas, ¿ no has visto cómo en polvo
 Las grandezas humanas se convierten ?

—Sí, mi animo inmortal ha recorrido
 Del globo las naciones portentosas,
 Y en todas partes la miseria humana
 He visto descender sobre la gloria.
 Yo he visto de Sidon, Tiro, Berites,
 Gaza, Ascalon, las ruinas estupendas
 Que indican de Fenicia el poderío;
 Cerca de Horeb y Sinaí, yo he visto
 Los puertos idumeos donde un tiempo
 Los fenicios bajeles y las flotas
 De los hebreos ricos y opulentos
 Llevaban sus riquísimos tesoros

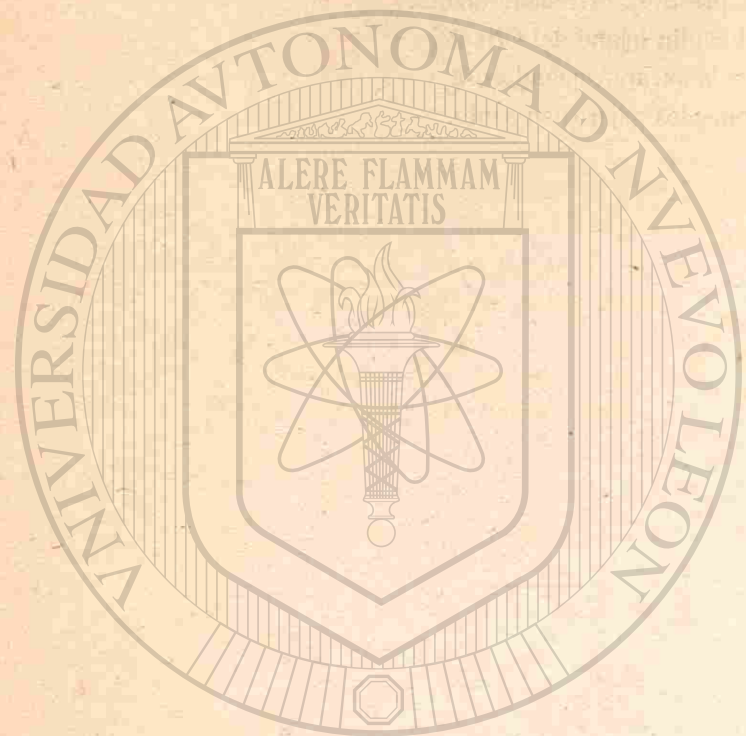
Para buscar las perlas de la Hevila,
 De Ofir el oro y de Sabá: las piedras
 Preciosas de Ceylan, y los aromas;
 De Cachemir las telas; de Golconda
 Los diamantes hermosos, y el ambárico
 Aroma de Maldivos y del Tíbet:
 De Cochín el acíbar; el incienso
 De Haldramaut y las aves de la India,
 La mirra y el marfil, la plata, el oro,
 Del Africa, hoy estúpida y esclava.....
 Y ¿dó están Tebas, y Sidon, y Menfis,
 Jerusalem, las inclitas ciudades
 Que el Tigris y el Eufrates caudaloso
 Fertilizaron con encanto un día?
 Las ciudades asirias perecieron,
 Los caldeos, los medas y los persas,
 Cayeron al mandato poderoso
 Del Dios que abate siempre la soberbia;
 Ecbatana cayó, cayó Persépolis,
 De que ruinas gigantes acreditan
 La riqueza opulenta de otros días.
 ¿Y Babilonia, y Ninive y Famraques,
 Y Anato y Guera, y la inclita Palmira?
 —Todo desapareció, Hueman responde;
 Sólo es eterno Dios: por eso, escucha:
 Ese Dios que sobre ejes eternos
 A los orbes sentó del universo,
 Que rige de los pueblos el destino,
 Que abate la soberbia y el orgullo;
 Que ha cubierto del Nilo entre la arena
 Del Egipto los pueblos portentosos;
 Que destruyó de Grecia la grandeza
 Y de Alejandro destruyó el Imperio;
 Que de Roma los pórticos triunfales

Ha derrumbado y los gigantes arcos;
 Que alzó la esclavitud al despotismo;
 Y los circos, los fosos y los Baños
 De oro que apenas enmohece el Tiber,
 Y el solio de los Césares sangrientos
 Destruyó al formar el Capitolio
 En altar de la cruz, y que algún día
 Abatirá por siempre el despotismo.

Todo en polvo convierte cuando el hombre
 Quiere hacer en la tierra un Dios mentido;
 Por eso has visto tronos esplendentes,
 Cetros, coronas, púrpuras y tiaras,
 A la tierra caer despedazadas;
 Por eso ha visto el mundo ensangrentarse
 Sus mares, y sus lagos y sus ríos,
 Y en los cadalsos perecer sus reyes.....!
 Y el pueblo triunfador..... el pueblo solo
 Con majestad doquiera proclamarse
 Como el único rey del universo!
 Unico, eterno en todas las edades
 Dominador será..... Por eso tiemblen
 Los déspotas del mundo..... vendrá pronto
 El fin de los tiranos!—Dijo, y luego,
 Netzahualcoyotl, de entusiasmo lleno,
 Exclamó con acento de profeta:
 “Tiranos de la tierra esclavizada
 “Que oprimís á los pueblos abatidos;
 “Déspotas de la tierra, abrid los ojos
 “Y ved escrito en el sangriento solio
 “El *Mane thecel phares*, de ese imperio
 “De iniquidad: ya los opresos pueblos,
 “Conmovidos serán, y al eco sólo
 “De civilización, la América gigante,

" Como eterna señora de los mares,
 " Armará sus bajeles, tremolando
 " De libertad el pabellón augusto.
 " Y llevará á las playas más remotas
 " La regeneración á las naciones:
 " Y sólo con un látigo sus manos,
 " Arrojarán del solio á los tiranos."
 —Dijo: y entre las nubes elevándose,
 Se perdió con Hueman por las alturas.
 El iris, las antorchas y los pórticos,
 Todo desapareció: mientras las nubes,
 Que formaron los tronos esplendentes
 Su vapor divagaban al tenderse
 En torno á los inmensos horizontes.
 Entretanto al Ocaso lentamente,
 El carro de la luna descendía;
 Mientras de estrellas el concurso inmenso,
 En los hondos espacios de los cielos
 Iban perdiendo sus brillantes luces,
 Porque de nácar nítido y violeta,
 Comienzan á tenderse en los confines
 De los vastos, inmensos horizontes,
 Cortinajes magníficos que anuncian
 Que se acerca la aurora esplendorosa,
 Coronada de flores, derramando
 En los campos torrentes de rocío,
 Flores en los jardines, y en los mares
 Espumas transparentes, cristalinas:
 Los céfiros comienzan en las selvas
 A susurrar y á despertar las aves
 Que en sus dulces gorjeos á la aurora
 Entusiastas saludan; los arroyos
 A murmurar comienzan, y las cumbres
 De las montañas á cubrirse empiezan
 Del alba con los cándidos celajes.

Por fin la noche se hunde en Occidente,
 Recoge presto su estrellado manto,
 Y en el confin lejano del Oriente
 Aparece la aurora esplendorosa
 Al entonar los pájaros su canto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO SEGUNDO.

DIEZ veces y seis más, el mes de Marte
Mirado habrá el sol de los antípodas
Cruzar el hemisferio de la América,
Dorando las montañas y los prados,
Los mares, los arroyos, las campiñas,
Los pueblos, las ciudades opulentas,
De la rica nación de Moctezuma.

Quinientas lunas el zenit del cielo
Habían alumbrado desde la hora
En que del Golfo mexicano hendieran
Las turbulentas olas, los bajeles
De la reina y señora de los mares,
La opulenta Albion y los navíos
De la orgullosa Iberia que surcaban
Por cuarta vez atlánticas las olas
Que gimieron un día al eco fuerte
Del gigante Colón y al grito fiero
Del gran conquistador, del arrojado,
Intrépido Cortés, que con su acero
Los dioses falsos derribó, invocando
La santa religión de Jesucristo,
Al descargar el golpe de su espada..... !

Quinientas lunas alumbrado habían
Desde esa hora fatal en que mirando
La España de Isabel y de Victoria
La Albion, de la Francia la perfidia,
Dieron al viento sus tendidas velas
Otra vez á las playas de la Europa,
Para no obscurecer sus pabellones.

Quinientas lunas recorrido habían
El hemisferio, desde aquel instante
En que las naves del Señor de Francia
Traspusieron del Golfo el oleaje,
Creyendo en sus delirios ambiciosos
Que la tierra de Hidalgo y de Morelos
Era la patria degradada, abyecta,
Del miserable, imbécil argelino.

Trece meses corrieron desde el día
En que de Solferino los laureles
Bajo los duros pies de los caballos
Del soldado guerrero de mi patria
Quedaron marchitados, cuando el eco
Al oír del invicto Zaragoza,
Brilló más esplendente el sol de Mayo
Al abatir, rugiendo de despecho,
Laurencez á sus águilas triunfales,
Que á cien débiles reyes de la Europa
Mil veces orgullosas humillaron.

Diez veces y seis más el mes de Marte
Iluminaba el sol las altas cumbres
De los volcanes, y las altas torres
De la heroica ciudad de Zaragoza;
Y apenas asomaba en el Oriente

La aurora de ese esplendoroso día,
Cuando llegó un heraldo mexicano
En su bridón violento, jadeante,
Bañado de sudor, de espuma blanca
Lleno el freno, que tasca con bravura:
Penetró en la ciudad de los guerreros,
Y preguntando por el jefe, al punto
Es conducido á su presencia, y luego,
Así, agitado y trémulo, le dice:
— General ciudadano, sus fulgores
Apenas el lucero matutino
Comenzaba á asomar por el Oriente,
Cuando el eco sonó de los clarines
Del ejército galo; y se escucharon
De la guerrera caja los redobles
En las tendidas lomas de Anahuacan:
Al punto por doquiera movimiento
Se observa, acuden todos, se organizan
Los batallones, ármense los carros,
Y rueda la pesada artillería,
Y relinchan briosos los corceles
Que parece que anuncian la batalla,
He visto organizarse las columnas;
He visto destacar fuerzas potentes,
Para cubrir los flancos, y entretanto,
He visto al franco, que se jacta audace
De llamarse valiente y esforzado,
Acciones cometer de cobardía.
— Bien, dijo el general: eres cumplido:
Párte en otro corcel, vuelve animoso,
Y observa al enemigo.—Dijo, y luego
El general se apresta á la batalla.
Rápido como el mismo pensamiento,
Volvió el ginete presto á su destino.

Suena en tanto el clarín en los contornos,
Y aquí y allí se aprestan al combate
Los valientes que entonan entusiastas
De la patria los cánticos heroicos,
Mientras vuela el jinete galopando.

La cuarta parte apenas recorría
Del hemisferio el sol resplandeciente,
Que en nuestro suelo en Marzo caluroso
Flores derrama en todas las campiñas,
Cuando imperioso se oye el estallido
Del cañón de Loreto y Guadalupe,
Que resonando, á la ciudad desciende
Como señal que anuncia á los guerreros
Que el galo audaz con ímpetu se acerca.

No bien el eco del cañón retumba
De Puebla en los palacios, cuando al aire
Se tiende el pabellón de tres colores
Con majestad, como anunciando un día
De triunfo y de victoria inmarcesible.
El eco del clarín conmueve el viento
Con el bélico són de generala,
Que al combate convoca presuroso;
Aquí y allí preséntanse contentos
Los generales, los patricios, todos,
Que acuden y demandan entusiastas
Armas para luchar. De blanca espuma
Llenos están los frenos de los briosos
Y bélicos corceles, que relinchan
Ricamente enjaezados y ostentando
Magníficos y espléndidos arneses;
Parecen los caballos de un torneo
Que á su doncel esperan impacientes,

Más bien que los caballos de batalla;
Mientras por la ciudad repite el eco
De las marciales dianas, se presenta
En un soberbio potro jerezano
De Calpulalpan el soldado invicto,
Cercado de cien jóvenes jinetes,
Que ostentan sus vistosos uniformes
Y una banda terciada en que se miran
Los tres colores del pendón de Iguala:
Uno de ellos conduce el estandarte
Emblema de la patria y de sus glorias:
Veloces como el rayo, del palacio
Sale Ortega, y Negrete, y Berriozábal,
Y Llave, y Lamadrid, y Huerta y Díaz,
Y otros jefes, ansiosos de combate.
Recorren presurosos y animados,
Los fuertes, las murallas y los fosos,
Las ramblas que rodean Zaragoza:
Y en cada fortaleza, en cada muro,
Do se presenta Ortega, vibra el viento
Repitiendo mil cánticos marciales:
Ortega, en cuya frente reflejaba
De Calpulalpan la esplendente gloria,
Así les dice á todos los guerreros:

“ Hijos de la República ! La hora
“ Sonó ya del combate; á nuestro frente
“ Están ya los guerreros indomables,
“ El terror de la Europa esclavizada !
“ Vedlos allí; ¡ valor ! que con nosotros
“ Está de Zaragoza el invencible
“ La augusta sombra, y con nosotros lucha;
“ Mirad á Guadalupe; allí os espera
“ La gloria que cubrió á nuestros valientes

" El quinto día del florido Mayo!
 " El mismo sol alumbra vuestra frente,
 " Y en muchos de vosotros brilla el lauro
 " Que en ese día conquistó la patria.
 " ¡ Gloria á la Independencia Mexicana!
 " ¡ Gloria á la libertad que nos legaron
 " El inmortal Hidalgo y Zaragoza!"

Dijo, y estrepitosos resonaron
 Mil vivas á la patria y á los héroes;
 Después que recorrió los campamentos,
 Llegó Ortega á la plaza do se eleva
 La estatua virginal de la Victoria,
 Y allí tiene lugar un acto tierno,
 Que nos hizo verter glorioso llanto:
 Desplegaron en orden de batalla
 Mil valientes ginetes que con pena
 Detienen la impaciencia á sus corceles;
 Animosos esperan la bandera
 Del regimiento que ondear desean
 En medio del fragor de la batalla:
 Súbito un grito se extendió en el viento:
 ¡ Gloria á la Independencia soberana!
 ¡ Viva el héroe valiente de Silao!
 ¡ Victoria al vencedor de las Peñuelas!
 Es Ortega que llega en su arrogante
 Y brioso corcel, acompañado
 De su estado mayor, cuya apostura
 Les semeja á los ricos mariscales
 De los pueblos guerreros y opulentos;
 Luego que llega abraza la bandera
 En que las armas nacionales brillan
 De laureles de oro coronadas.
 " Mexicanos, exclama, en este día

" De inmortales recuerdos á la patria,
 " Yo os entrego el pendón de vuestras glorias;
 " Allí está el enemigo; en este lábaro,
 " El lábaro llevad de la victoria,
 " Llevadlo siempre al frente, que sus águilas
 " Espantarán al león de Solferino;
 " Jamás le abandonéis; sus tres colores,
 " De la patria las glorias simbolizan:
 " Si á su sombra por siempre estáis unidos,
 " Mexicanos, jamás seréis vencidos!"

Dijo, y al punto la entregó en las manos
 Del jefe, en medio de entusiastas vivas;
 De allí, mientras gozosos los ginetes
 Acuden á sus puestos, se dirigen
 Ortega á Guadalupe, acompañado
 De los heraldos y los jefes todos.
 Al cruzar por las calles opulentas
 De la invicta ciudad de Zaragoza,
 Coronas de laurel, ramos de flores,
 Arrojan por doquier de las alturas,
 Y entre gritos de aplauso y entusiasmo,
 A Ortega en todas partes vitorean:
 Él, con la frente erguida, con la risa
 En los labios, á todos les saluda,
 Y en medio de ese triunfo prolongado
 Llega de Guadalupe á la colina:
 Los generales todos le rodean,
 Mientras observa las columnas galas;
 Se apodera del óptico instrumento
 Y comienza á observar; el enemigo
 En orden de batalla desfilando,
 Del Anáhuac las lomas trasponiendo;
 Pasando por los campos esmaltados

Frente á frente del bello Guadalupe;
 En tanto por el centro, en el camino,
 Se divisan del galo las columnas
 Serpenteando cual víbora gigante,
 Erizada de acero; los marrazos
 De la vistosa, alliva infantería
 Brillan del sol al reflejar la lumbre.

De pronto esa serpiente gigantesca
 Se detiene un momento, y semejante
 Al dragón infernal á quien nos pintan
 Con múltiple cabeza, al ondearse
 Asoma otra cabeza que otro rumbo
 Toma con dirección á la Malintzi;
 Toma otra parte, el centro del camino,
 Y se detiene un poco. Se parece
 A una inmensa serpiente perezosa
 Cuyas muchas cabezas gravitando
 Por su peso terrible, toma aliento
 Para poder seguir en su camino,
 Lento, pesado, soñoliento y grave:
 En tanto el sol en su carrera sigue
 Imperturbable, y al zenit avanza,
 Ardiente como lo es en las regiones
 Que se acercan al trópico de Marzo.

El sol de primavera á plomo lanza
 Sus rayos que refleja la llanura,
 Y hace tomar descanso á las legiones
 Del galo audaz que ordena su batalla
 En medio de la espléndida campiña:
 Medroso, sin embargo, por sus flancos
 Destaca vigilantes avanzadas,
 Y en pabellón sus armas brilladoras

Coloca, en tanto que el calor declina:
 Entretanto que Ortega el movimiento
 Examina del pérfido enemigo,
 Negrete va á la plaza refrenando
 Su potro pinto que la espuma arroja,
 Y el pedernal rompiendo de las calles
 Con los herrados cascos lanza lumbre
 Al golpe atronador de sus pisadas.
 Seguido de otros jefes y ayudantes,
 De la plaza recorre las reservas
 Y después de ordenar sus batallones,
 Sus escuadrones todos y el repuesto
 De sus atronadoras baterías,
 Así entusiasta á los soldados dice:

“Soldados de la patria, el extranjero
 “Por fin sacude la inacción, se mueve,
 “Y tal vez el fragor de sus cañones
 “De Puebla heroica vibrará en las puertas,
 “Y querrá con sus bombas de Crimea
 “Amedrentar vuestro valor heroico!
 “Pero también muy presto abatiremos,
 “Como el cinco de Mayo, á sus legiones!
 “No lo dudéis, de México el soldado
 “Vale más que el terror de Solferino;
 “Recordad á Acultzingo, á Guadalupe,
 “Tampico y Acapulco, donde el bravo
 “Terror de las naciones de la Europa
 “Huyó despavorido y espantado;
 “El que invencible se soñaba un día,
 “El que abatir creyó nuestros pendones,
 “Sólo al dejarse ver, á nuestras plantas
 “Ha mordido la tierra al humillarse;
 “Soldados, tened fe, que un triunfo heroico

"Coronará, os lo juro, vuestra gloria!
 "Que el sol de Mayo que alumbró la frente
 "De vuestras raudas águilas triunfales,
 "Reflejará en los lauros con que adorne
 "Vuestras altivas frentes la victoria!"

Dijo: y en Zaragoza resonaron
 Mil himnos y entusiastas clamores:
 A la vez las columnas invasoras,
 Como pesada sierpe que despierta,
 Lentamente sus círculos tendiendo,
 Desarrolla en el campo al dilatarse
 En toda su gigante corpulencia;
 Se forman en batalla, desplegando
 Sus columnas en alas frente al cerro
 Inmortal de Loreto y Guadalupe,
 Mas fuera del alcance formidable
 De nuestra tempestosa artillería;
 En ángulos entrantes se dilatan
 Estacando sus tiendas que á lo lejos
 Naves parecen que sus velas tienden
 Sobre un inmenso golfo que semeja
 La esmaltada extensión de la campiña
 Por las verdes colinas limitada.

Tres columnas destacan avanzando
 Frente á nosotros, lejos de los tiros
 De nuestras baterías; en tanto cruzan
 A derecha é izquierda sus mitades;
 En esto ya la tarde se avecina,
 Y Ortega, descendiendo de los cerros,
 Se detiene un momento porque mira
 A lo lejos un grupo que se avanza
 Con rapidez al campo mexicano:

Entre el polvo que se alza en la llanura
 Mil luces brillan; trueno estrepitoso
 Del rifle matador; del enemigo
 Se separa un soldado entre los fuegos
 Que lanza sobre el grupo, y se adelanta
 Y se vanza, y le siguen, y le acosan,
 Y en medio del fragor de los fusiles
 Pudo llegar al grupo, que era un trozo
 De fuerzas mexicanas: á las filas
 Llegó del mexicano campamento
 El desertor francés, ya jadeando,
 Bañado de sudor, con descompuesto
 Semblante que la angustia desfigura.

El general le mira y se detiene:
 Era un soldado de Vincens el joven
 Desertor de las filas de los galos,
 Y luego que después de algún reposo,
 Ya pudo hablar, con eco conmovido
 Así le dijo al general: "Gran jefe,
 "Me llamo Eugenio: al mexicano suelo,
 "Como otros mil, yo vine seducido
 "Por buscar bienestar, y en la defensa
 "De la sagrada libertad del hombre;
 "He abandonado el suelo de mi cuna,
 "He dejado mis padres, mis amores,
 "Por conquistar la gloria del guerrero;
 "He peleado en la entusiasta Italia,
 "He luchado en Palestro y Montebello,
 "Y allá en Sebastopol. De la Crimea
 "He visto las batallas formidables.....
 "Que á defender venimos á los libres,
 "Se nos dijo en Europa, y he mirado
 "Que aquí la grata libertad impera,

" No la barbaridad; que la cultura
 " De México se encuentra en las regiones,
 " Y que el tirano imbécil de mi patria,
 " De su ambición llevado, la conquista
 " Quiere lograr del pueblo mexicano;
 " Y yo, que cual soldado en la Crimea
 " Supe cumplir con militar decoro,
 " Recuerdo que soy libre ciudadano,
 " Y quiero, ó ver el triunfo de los libres,
 " O con los libres sucumbir ufano."

Dijo, y Ortega, de entusiasmo lleno,
 Dióle un estrecho abrazo, y en las filas
 Del mexicano le dejó contento;
 Y con gentil decoro y voz guerrera

Así le dijo Ortega: "Hijo de Francia!

" A los hijos de Francia verdaderos,
 " Vuestros libres hermanos, en mi nombre
 " Decidles: hijos ínclitos de Francia,
 " México libre os ama como hermanos
 " Si defendéis la libertad augusta;
 " Mas si sólo seguís al despotismo,
 " Contra vosotros lucharé valiente
 " Hasta vencer al vándalo insolente!"

Dijo: y luego del cerro descendiendo,
 Se dirigió á la plaza entusiasmado,
 Mientras mandó un heraldo al campamento
 Del invasor, que al declinar la tarde,
 De la noche en las sombras, sagazmente
 Arrojóle entusiasta una proclama,
 Que en lenguaje francés así decía:

" Soldados liberales de la Francia,
 " Si á Napoleón el déspota olvidárais

" Un momento tan sólo recordando
 " A la Francia, el cañón cuyo estallido
 " Va á sonar en los montes y en los valles
 " Como alarido horrible de matanza,
 " Tronará entusiasmando á las naciones
 " Como el himno sagrado que anunciara
 " El amor de los pueblos generosos.....!
 " El déspota os ha dicho en sus delirios,
 " Que á derribar venís la tiranía,
 " Y váis á asesinar á un pueblo grande!
 " Y México en un mundo representa
 " La independencia de los pueblos libres:
 " Os mandan á destruir á la reforma;
 " Y esa misma reforma que á la Francia
 " Hace catorce lustros hizo grande,
 " Es la expresión de la conciencia humana.
 " ¿ Cuáles los males son que los aztecas
 " Han causado á la Francia y á la Europa?
 " Dar generoso asilo á sus proscritos,
 " Preconizar sus glorias, ovaciones
 " Tributar á sus ínclitos guerreros;
 " La frente coronar de sus poetas,
 " Estudiar á sus sabios, monumentos
 " A sus artistas erigir grandiosos,
 " Amar á sus filósofos; su oro,
 " Y sus riquezas todas, dar al mundo.
 " Arrojad el fusil que en vuestras manos
 " Ha puesto Napoleón, el hombre grande
 " A quien llaman el hombre de Diciembre:
 " Y probaréis al mundo que vosotros,
 " Que adoráis á los libres en Europa,
 " No podéis despreciarlos en América:
 " Soldados! si olvidáis estas verdades
 " Que habéis preconizado por doquiera,

" Cuando sobre montones de cadáveres
 " Paséis, ríos de sangre atravesando,
 " Veréis que el mexicano es pueblo libre,
 " Y aunque arraséis ciudades y ciudades,
 " Mil y mil pueblos seguirán la lucha
 " Por montes, y por valles, y por mares;
 " Y cuando al fin cedáis al fuerte impulso
 " De la constancia del valor azteca,
 " Aunque quede de México el cadáver,
 " La gloria cubrirá su frente helada,
 " Mientras las maldiciones de los siglos
 " A Francia cubrirán de oprobio eterno."

Llegó entretanto al centro de la plaza
 El intrépido Ortega, fatigado,
 Pero entusiasta y de ardimiento lleno;
 Aclamado doquier por los cantares
 Del frenético pueblo que se agolpa
 En todas direcciones delirante;
 Por lanzarse á la lucha los guerreros
 Arman en tanto en pabellón sus rifles.
 Mientras esto pasaba allí, se acerca
 Una heroína de mirada ardiente,
 De tez morena y lánguida cintura,
 De talle esbelto y frente majestuosa,
 Y en sus mejillas que el carmín cubría
 Radiaban los destellos de la gloria.
 Con majestoso paso se dirige
 A dar encuentro al jefe del Oriente
 Que también animoso y entusiasta,
 Con su mirada sola enardecía.
 Elodia se llamaba la heroína
 Que así prorrumpe con sonoro acento:
 — " Hijos de las montañas, indomables

" Guerreros de alma altiva, independiente
 " Como el águila heroica que se anida
 " En las crestas soberbias de las rocas:
 " Vosotros que nacisteis en los hielos
 " Del Norte de mi patria; y los que ardientes
 " Respiráis el ambiente perfumado
 " Por las mil flores que en el Sur despliegan
 " Su embalsamado aroma en las orillas
 " De aquellos ríos claros y gigantes;
 " Que os arrullaistes al feroz silbido
 " De los fuertes terribles huracanes
 " Y al eco atronador de los torrentes,
 " Otra vez embrazad vuestra bandera,
 " Empuñad otra vez vuestros aceros
 " Que ya tenéis al frente á los terribles,
 " A los conquistadores de cien pueblos,
 " A los bravos franceses cuya espada
 " Estremecer ha hecho á las coronas
 " Y á los cetros de reyes opulentos.
 " ; Y son los mismos que vencer supisteis
 " Allí de Guadalupe en la colina.....!
 " Hijos todos de México, elevemos
 " El hosanna magnífico; se acerca
 " El momento feliz; esos leones
 " Cuyo rugido estremeció el desierto
 " Están frente á nosotros, mas no importa!
 " De libertad el hijo esclarecido,
 " El más firme sostén de la reforma,
 " El fiero vencedor del despotismo,
 " El soldado demócrata del pueblo,
 " Aquí está con nosotros; no temamos,
 " Que él os guiará con gloria á los combates
 " Y él os hará cortar verdes laureles;
 " En vuestras frentes el fulgor asoma

" Del sol de libertad que limpio irradia;
 " Yo soy débil mujer, mas he nacido
 " También entre las rocas de los montes
 " De la heroica y la libre Zacatecas;
 " Yo os acompañaré, que si á mis ojos
 " Como débil mujer se asoma el llanto,
 " Yo iré á la tumba cuyo polvo os cubra,
 " Y de esa planta que en los montes nace,
 " De esa verde esmaltada siempreviva,
 " Colocaré coronas como emblema
 " De la inmortalidad de vuestra gloria."

Así exclamó la conmovida joven,
 Que nos recuerda los heroicos tiempos
 De la guerrera y poderosa España;
 Mientras el jefe, conmovido, apenas
 Pudo una flor ponerle en la cabeza,
 Siguiendo su camino presuroso
 Hacia el palacio donde el pueblo espera
 Con impaciencia las brillantes armas;
 Y mientras por doquiera victorean
 Las masas populares á los héroes,
 En medio de las turbas se presenta
 Un hombre de figura venerable
 A quien el pueblo conmovido sigue,
 Es un ministro del altar divino,
 Digno apóstol del Dios de los cristianos;
 Orestes es su nombre, es sacerdote,
 Pero no sacerdote fariseo
 De los que en opulencia las ciudades
 Sustentan, mientras lloran de miseria
 De hambre y dolor virtuosas humildades
 A quien la idiota sociedad olvida
 Y deja perecer en el desprecio.

Es un ministro del altar, humilde,
 Mas lleno de la fe de los cristianos,
 De esa celeste fe con que en el templo
 De Dios al celebrar la maravilla
 Preconiza del Cristo el Evangelio;
 Y así exclamó con entusiasta acento:

" Guerreros impertérritos de Oriente,
 " Ha llegado el momento del peligro!
 " Frente á vuestras murallas está el galo
 " Planteando sus reales! vuestros ojos
 " Ven colocar sus tiendas y distinguen
 " El brillo de sus límpidos aceros,
 " Esos guerreros toques que aún resuenan
 " De Puebla heroica en los extensos ámbitos,
 " Ese brillo de gloria que se mira
 " Dando á vuestros semblantes el contento
 " Y á vuestro corazón latidos bélicos,
 " Preludios son que la victoria anuncian.
 " La inmaculada fe de nuestra alma
 " Se ve resplandecer en vuestra frente;
 " Libres los hijos sois de la República,
 " No podéis ser vencidos por esclavos.....!
 " Ya sabéis quiénes son esos valientes,
 " Son de Bailén los ínclitos guerreros,
 " Los héroes de Gerona, los terribles,
 " Que huyeron al mirar vuestras banderas
 " Allí al oír de Zaragoza el nombre!
 " Doquier tornad la vista: en Acapulco
 " Alvarez, el soldado veterano
 " Que aprendió á combatir cuando Morelos
 " Rechazaba de España los leones,
 " Ya los venció también, Ved Zaragoza;
 " Allí también las imperiosas águilas

" Han deshojado sus brillantes lauros;
 " Ved á Tabasco: la imperial bandera
 " De Napoleón tercero fué rasgada
 " Allí también, de Anáhuac por el águila:
 " ¡ Soldados del Oriente! no os arredre
 " El número mayor del enemigo,
 " Que el Dios de los ejércitos os guía,
 " El Dios del pueblo, el Cristo del Calvario!
 " ¡ Yo con vosotros estaré, le ha dicho
 " Al que la libertad ame del pueblo!
 " Nada temáis, que si mi voz humilde
 " Eco en vosotros halla, ni un momento
 " Os dejaré al fragor de la batalla;
 " Yo estaré con vosotros; que el histórico
 " Sacerdote también es un soldado.....!"

Así exclamó el ministro, y sus acentos
 Resonaron en todos los confines
 Con mil vivas que en torno se elevaron,
 Y como un triunfo por doquier llevaban
 En lágrimas bañado al sacerdote,
 Con amorosas lágrimas de gloria.

La noche en tanto asoma en el Oriente
 Comenzando á tender su obscuro manto
 Tachonado de estrellas á millares;
 Mientras que el sol, que se hunde en Occidente,
 Va á alumbrar las antípodas regiones,
 El enemigo sigue dilatando
 Su campamento fuera de la ofensa
 De nuestras baterías; en la noche
 Espera acaso preparar su ataque.
 El mexicano listo, por doquiera
 Manda sus vigilantes apostados,

Y el movimiento del francés observa:
 Sale otra vez el jefe del alcázar,
 Recorre las murallas, los fortines,
 Mira los campamentos, les renueva
 Sus afectos de amor á los soldados,.....
 Luego todo se queda en el silencio,
 Que sólo se interrumpe por el eco
 Del alerta que grita el centinela,
 De la ciudad en los lejanos muros.

Así pasan las horas lentamente
 Al limpio cintilar de las estrellas,
 Y al suave susurrar del manso viento:
 Llega la media noche: ya la Osa
 Que gira en torno á la polar estrella
 Al Occidente rápida bajaba;
 La ciudad parecía sumergida
 En el profundo sueño, que velaban
 De Puebla los heroicos defensores;
 Y nada interrumpía aquel silencio
 Imagen de la muerte: ni las brisas,
 Ni esos vagos rumores de la noche
 Se oían en la atmósfera serena;
 Sólo de tiempo en tiempo se escuchaba
 Del monotonó péndulo el ruido
 Allá en las altas torres, como el eco
 Del alerta perpetuo que en las horas
 Tiene la eternidad, diciendo al hombre
 Que el tiempo siempre sin cesar transcurre.

Era la media noche. Allí á lo lejos,
 Cerca de las murallas, al Oriente
 De la ciudad, destácase una hermosa
 Casa de campo, que en la sombra oscura

De la noche, parece gigantesco
 Un castillo feudal, por sus almenas
 Y por los altos cerros que de fondo
 Le sirven al mirarlos en la noche:
 Arboles corpulentos la circundan,
 Y luego un foso que permite el paso
 Cuando caer se deja con cadenas
 Un muy pesado puente levadizo.

Al Norte, entre columnas, una reja
 Limita la extensión que un jardín forma,
 Separado y distante de los otros
 Jardines, pabellones y aposentos:
 Al penetrar á esa mansión se siente
 Una brisa suave, y se percibe
 El aroma del nardo y los jazmines,
 Del jacinto, el geranio, la amapola,
 Las azucenas y los rojos lirios,
 Y las rosas fragantes, los claveles,
 La trinitaria, la ambarina, el blanco,
 Suave y aromoso floripondio,
 El alhelí, la acacia, la violeta,
 La rosada camelia, el oloroso
 Y bello toronjil, los girasoles,
 El azahar, el tulipán, los juncios,
 Y millares de flores que exhalaban
 Un agradable, embriagador ambiente,
 Aunque tienen sus cálices dormidos,
 Allí bajo los fresnos y los chopos,
 Que unen de madreSelva las cadenas,
 Y entre oscuros sauces y naranjos
 Que la hiedra circunda en espirales,
 Y verdes y pomposos limoneros
 Que abrazan los mastuerzos de oro y plata.

Está sobre del césped reclinada,
 A orilla de una fuente cristalina,
 Una joven hermosa y apacible,
 De ojos negros y lánguida mirada,
 De tez morena y nacarados labios,
 De negra cabellera suave y blonda,
 Que en su cuello de cisne juguetea;
 De talle esbelto cual la erguida palma.
 A ratos en la fuente fija incierta
 Sus miradas, queriendo en sus cristales
 Hallar tal vez un eco á su recuerdo;
 A ratos se dilata en la llanura
 Su vista indagadora, y otras veces,
 Mirando las estrellas de los cielos,
 Extática se queda contemplándolas,
 Como si en esas letras leer quisiera
 Algún augurio á su fatal destino;
 Y calculando de ellas en el curso
 La carrera del tiempo de la noche,
 Iba midiendo las tranquilas horas:
 De repente se fija, y hacia un ángulo
 De aquel jardín dirige sus miradas;
 Recoge silenciosa el blanco armiño
 Que le abriga, y se queda taciturna:
 Un ruido suave se percibe
 En el follaje y en las hojas secas
 Que aún han dejado huella del invierno
 Que veloz arrojó la primavera.

—Él es! exclama Elena con voz blanda,
 Es Herlindo.—A ese tiempo dió la hora
 Que interrumpe el silencio de la noche,
 Y á la vez la luz roja de un cohete
 De los que arrojan en la plaza brilla

Como rojo relámpago en la altura,
Y con su ruido estrepitoso y rápido
Hizo temblar á la gentil doncella.

—Él es! volvió á exclamar al reponerse
De aquella conmoción tan repentina:
De improviso aparece hermoso un joven,
De talle esbelto y agraciadas formas,
Ojos brillantes y color rosado,
Según la claridad que las estrellas
Vierten en esa hora de la noche:
Un rizado bigote y poca barba
Dibujan los contornos de sus labios
En que amorosa risa juguetea;
Viste uniforme y trae en su cintura
Una brillante espada, y dos pistolas.
—Elena! —Herlindo! á un tiempo se dijeron
Los dos al saludarse; y luego Elena
Así dijo con tono melancólico:
— Herlindo, ¿por qué tardas? ya las Pléyades
Rápidas van cayendo al Occidente.....
Mira á Saturno lejos, mira el carro
De la Osa que se hunde; cinco luces
De esos cohetes que la plaza arroja
Para indicar tal vez su vigilancia
Han cruzado el espacio estremeciéndome:
Desde que en este sitio solitario
Llena de amor y de pesar te espero,
Del gallo el canto que me asusta he oído,
Y el alerta siniestro del soldado
Ha herido mis oídos veinte veces.
— Perdóname, señora, dijo Herlindo,
Pues que me lo impidió deber sagrado:
Yo anhelaba venir á contemplarte,

Tu belleza admirando seductora
Y respirar tu embriagador aliento,
Y escuchar de tu voz la melodía,
Y gozar á tu lado en esas horas,
Dicha suprema, sin igual ventura.

Quando pienso que pronto sin temores,
Sin escalar el muro, sin el riesgo
Con que el lecho abandonas, esperándome
En el triste jardín que nos encanta
Y mía te llamaré delante el mundo,
Siento latir mi corazón violento. —
Dijo: y de Elena al estrechar la mano,
Le imprimió un beso en la morena frente.
— Sí, muy pronto, muy pronto, dijo Elena,
Dios unirá nuestros amantes pechos,
Y bendición dará á nuestros amores.....!
Pero ¿qué indican esas armas? dijo,
Al mirar esos bélicos arreos
De Herlindo. ¿Eres soldado de la patria?
¿Te presentaste ya, como has venido?
¿Cómo faltas, Herlindo, de tu puesto?
Si un contratiempo tienes, me atormentas,
Me martirizas; vuélvete, bien mío.
— Oyeme, Elena: mi entusiasta padre,
Lleno de los recuerdos de su tiempo,
Conserva con orgullo sus blasones;
Y hoy que viene la Francia generosa
A restituir los fueros ultrajados,
A enaltecer las glorias de la Iglesia,
A elevar del ejército el prestigio,
Ordenóme salir esta mañana
En pos de Telamon, y con él vengo,
Vengo con el ejército de Francia;

Y he burlado al vigía sin que me viera,
Sólo por verte, angélica hermosura,
Sólo por respirar tu dulce aliento."—

Mientras Herlindo hablaba, amargo llanto
Elena derramaba de sus ojos,
Y en el silencio ahogándose gemía.

— Mas tú lloras, Elena, dijo Herlindo.
— Herlindo!..... ¿y me preguntas? yo pensaba
Que eras tú mexicano, que en tus venas
Circulaba la sangre generosa
De los hijos de Anáhuac; que tu pecho
Emociones purísimas sentía... ..
Y que abrigaba tu alma pensamientos
Grandes como mi mente imaginaba.....
Dijo Elena, anegándose en su llanto.

— Elena, dijo Herlindo con bravura,
Voy á empuñar mi acero en la batalla
Por defender los fueros sacrosantos
De nuestra religión, de nuestra gloria;
Caballero de nobles ascendientes,
Con la Francia magnánima me asocio
Para vengar los pérfidos ultrajes
Con que ha manchado su pendón mi patria:
Quiero ceñir de lauro una corona
Y venir á ponerla ante tus plantas.

— ¡Basta!... Herlindo... no sigas!... á tu campo
Vuélvete al punto, olvida para siempre
A esta infeliz mujer que en sus delirios
Llamarte pudo el ángel de sus sueños.....
Lucha, asóciate alegre al extranjero

Que profana la tierra de mi patria,
El suelo en que nacieran mis mayores;
Ve á derramar la sangre mexicana,
Las huellas al seguir de los traidores!.....
Dijo Elena enjugándose los ojos.

— Elena, exclamó Herlindo. ¡qué pronuncias!....
¡Así alejas de mi alma tus encantos!
¡Será posible que de amarme dejes!
Sin tu amor nada quiero, Elena, Elena,
Yo no quiero la vida; tú alentabas
Tan sólo mi existencia que corría
Deslizándose blanda; imaginando
Siempre mi pensamiento tu belleza,
Tus gracias, tus virtudes, y tu encanto,
Mi vida hermosa sin cesar hacía.....!

— Véte, Herlindo; la noche se adelanta,
Y aunque ya para siempre separamos
Nuestras almas, yo temo por tu vida:
Vuélvete al campamento de tu bando:
Te amaba..... tal vez te amo..... acaso, Herlindo,
Muera yo de dolor: tal vez no pueda
Vivir sin ver la lumbre de tus ojos,
Sin oír de tu voz el grato acento.....
Pero en mi pecho late mexicano
Un corazón ardiente, y yo prefiero
Morir siendo por siempre mexicana,
Que poder humillarme á los traidores.....
Yo los maldigo! y antes los escombros
De esta invicta ciudad mis restos cubran.
Adiós, Herlindo, adiós!..... y nunca, nunca
Recuerdes que existí: que aunque el estruendo
Del arma aterradora me estremezca,

Yo rogaré por tí; y al Dios del orbe
 Pediré que conserve tu existencia
 Porque tienes un padre cariñoso,
 Porque una madre por tu vida llora.....!
 Adiós!..... olvida tu dolor. El eco
 De la guerra te anime en el combate.—
 Dijo: y veloz cubriéndose los ojos
 De que corría el abundante llanto,
 Se perdió entre los chopos y las flores.
 Herlindo, como estatua, ni veía,
 Ni pudo articular un solo acento,
 Ni lanzar pudo un lánguido gemido,
 Ni pudo detener á la doncella,
 Porque un horrible peso le oprimía:
 ¡ La traición!..... ¡ la traición!..... apenas pudo
 Exclamar de sí mismo horrorizado
 Después de largo tiempo de silencio:

¿Será verdad? Ahogándose decía,
 Que no me ama.....! Bien..... ya no me ama!
 Yo soy traidor.....! ¡ oh padre! tus mandatos
 Cumplo; soy infeliz en este mundo,
 Ya me pesa la vida: ¿ de qué sirve
 La vida sin honor? La muerte quiero,
 Ya que soy un traidor para esa Elena,
 Esa virgen tan pura, tan hermosa,
 Y que ya no me ama! Allí en la lucha
 Quiero morir, que confundido quede
 Mi nombre y mi cadáver, y se ignore
 Que un hombre más vivió sobre la tierra!.....
 Dijo, y aquel jardín abandonando,
 Con pecho oprimido se alejó llorando.

Ya cuatro veces repetido había

Del soldado el alerta resonante
 Interrumpiendo el funeral silencio;
 Y en esa misma hora reflejaba
 Roja luz del cohete en las alturas,
 Cuando Herlindo, confuso, atravesaba
 De regreso los campos taciturnos
 Que separan las patrias fortalezas
 De la ciudad, del franco campamento
 A donde el invasor puso sus tiendas.

Al volver del jardín para su alcoba,
 La varonil Elena, entre sollozos
 Que detener no pudo, sobre el lecho
 Se reclinó, y á poco, de rodillas
 Se puso ante la imagen angustiada
 Del Salvador, que gime allá en el Huerto,
 Y al cielo dirigió plegaria humilde,
 El auxilio pidiendo por Herlindo,

Entretanto en los campos nacionales
 Todo era movimiento; se esperaba
 Una sorpresa del francés, y todos
 En medio del silencio discurrían,
 Aquí y allí, cumpliendo la consigna.
 Ortega, vigilante, las murallas
 Recorrió, animando á los guerreros,
 Para que al despertar de la mañana,
 Listos los jefes todos estuvieran;
 Y mientras, al cubrirse entre las nieblas,
 En la plaza se aprestan los guerreros;
 También los extranjeros batallones
 Preparan otra vez sus proyectiles.
 Elena en tanto, orando silenciosa,
 Esperaba la luz de la mañana,

Y ya que los susurros de la brisa
 Fresca sintió, sus blancas vestiduras,
 Y los brillantes de su terso cuello,
 Y los bellos y ricos atavíos
 Se quitó, y cubriéndose de negro,
 Otra vez al jardín salió la hermosa:
 Al ver aquellos sitios que mil veces
 Oyeron de su amor el juramento,
 Al oír el murmurio de esa fuente
 Que mil veces oyera los delirios
 De su imaginación acalorada,
 Al sentir el aroma de esas flores
 Que perfumaron el amante pecho
 De Herlindo, cuando un ramo le ponía,
 Dió corriente á su llanto sin medida,
 Y sentada en el césped, anegada
 Quedó en su llanto, que mojó la tierra,
 Esperando la luz de la mañana.

CANTO TERCERO.



SILENCIO sepulcral envuelve al mundo:
 Tranquilo duerme el corazón que sabe
 Cumplir con los deberes que le impone
 El mandato inmortal de la conciencia,
 En medio de la noche que ya cede
 Otra vez su lugar al nuevo día.
 También alguna vez la virtud vela
 Porque medite grandes pensamientos
 En honra y prez de la brillante gloria,
 En honra y prez del genio ó de la patria.
 El sitiador francés su fuerza apresta,
 Y sus trenes, sus carros, sus cañones,
 Alista antes que llegue la mañana;
 Mientras el esforzado mexicano
 Del enemigo observa el movimiento;
 Y en tanto esto acontece, y transcurriendo
 Las horas, van dos jóvenes amantes,
 Por la patria también el sueño dejan:
 En una casa al lado de Occidente,
 En un vasto salón iluminado,
 Y en el que los aromas se perciben
 De mil fragantes flores que, dormidas,
 En un jarrón etrusco se conservan

Y ya que los susurros de la brisa
 Fresca sintió, sus blancas vestiduras,
 Y los brillantes de su terso cuello,
 Y los bellos y ricos atavíos
 Se quitó, y cubriéndose de negro,
 Otra vez al jardín salió la hermosa:
 Al ver aquellos sitios que mil veces
 Oyeron de su amor el juramento,
 Al oír el murmurio de esa fuente
 Que mil veces oyera los delirios
 De su imaginación acalorada,
 Al sentir el aroma de esas flores
 Que perfumaron el amante pecho
 De Herlindo, cuando un ramo le ponía,
 Dió corriente á su llanto sin medida,
 Y sentada en el césped, anegada
 Quedó en su llanto, que mojó la tierra,
 Esperando la luz de la mañana.

CANTO TERCERO.



SILENCIO sepulcral envuelve al mundo:
 Tranquilo duerme el corazón que sabe
 Cumplir con los deberes que le impone
 El mandato inmortal de la conciencia,
 En medio de la noche que ya cede
 Otra vez su lugar al nuevo día.
 También alguna vez la virtud vela
 Porque medite grandes pensamientos
 En honra y prez de la brillante gloria,
 En honra y prez del genio ó de la patria.
 El sitiador francés su fuerza apresta,
 Y sus trenes, sus carros, sus cañones,
 Alista antes que llegue la mañana;
 Mientras el esforzado mexicano
 Del enemigo observa el movimiento;
 Y en tanto esto acontece, y transcurriendo
 Las horas, van dos jóvenes amantes,
 Por la patria también el sueño dejan:
 En una casa al lado de Occidente,
 En un vasto salón iluminado,
 Y en el que los aromas se perciben
 De mil fragantes flores que, dormidas,
 En un jarrón etrusco se conservan

De una mesa en el bruído mármol;
 En rico y elegante confidente,
 Una joven hermosa como un lirio,
 De blanca tez y undívago cabello,
 Grabando está con oro en una banda
 Las letras iniciales de su nombre.

Junto á ella se encuentra pensativo
 Un joven de sonrisa encantadora,
 De talle esbelto y penetrantes ojos,
 De moreno color, cabello ebáneo,
 Frente espaciosa y delicados labios:
 Cinco lustros apenas contaría.
 Silenciosos estaban: de improviso
 Así le dijo el joven á la virgen:

—Veinte veces el eco del alerta,
 Del soldado que cuida la muralla
 Ha sonado, Lucila; la mañana
 Se precipita ya, cuando las nieblas
 De la alborada á disiparse empiecen,
 Tal vez el invasor dará su asalto.....
 No quisiera un momento, amada mía,
 Dejar de contemplar en tus miradas
 La señal de tu amor; de ver tus ojos,
 De escuchar esa voz pura, argentina,
 Que me hace estremecer con sus acentos.
 Pero la madre patria me lo ordena,
 Y tú así lo has querido, hermosa mía;
 Tuya es mi voluntad, cumplir yo debo,
 No sólo mi deber cual mexicano,
 Sino también tu voluntad, Lucila.

— Sí, Dalmiro, el instante venturoso
 Se acerca ya: contigo á la batalla

Quisiera concurrir, hijo del pueblo,
 Pero no lo permites; yo querría
 Arrostrar á tu lado los peligros,
 Y si la muerte fiera te arrancara
 Esa vida tan bella, yo contigo
 A la tumba bajara con orgullo,
 Porque la gloria su fulgor divino
 Nos daría, y sus lauros la victoria.
 Dalmiro, vuela á conquistar la fama:
 Yo siento aquí en el alma hondos dolores
 Porque te vas de mí, pero yo espero,
 Como mi amante corazón presente,
 Que volverás de lauros coronado,
 A estrecharme en tus brazos amorosos;
 Yo te amo, mi bien; por mí no temas,
 Que si el vil invasor entrar lograra
 Triunfante á la ciudad, antes muriera
 Que ver hollado el suelo de mis padres;
 Mejor quiero llorar en tu cadáver
 Que verte envilecido..... En esta banda
 Que para tí mis manos han tejido,
 Está mi nombre con el tuyo unido:
 Es del amor la prueba más valiosa;
 Quiero verte con ella en la batalla
 Luchando vencedor, ó verla tinta
 En tu sangre querida, mi Dalmiro,
 Cuando la bala horrisona te hiera.

Conmovido de amor al enjugarse
 Una lágrima, así dijo Dalmiro:
 — Así te quiero, encanto de mi vida;
 Ven, que mis brazos te unan á mi seno;
 Ven y moja mi seno con tu llanto.
 Si muero en la batalla, amada mía,

Tranquilo moriré, porque tú nunca
 Dejarás de llorar en mi sepulcro,
 Y nunca olvidarás nuestros amores:
 Sé que, en eterna prueba de cariño,
 Regarás en mi tumba frescas flores.—
 En tanto la doncella le ceñía.
 Terciada al pecho, la esplendente banda
 En que las armas nacionales brillan
 De laurel y de encina coronadas.
 — ¡Adiós, Dalmiro! dijo la doncella.
 — ¡Adiós, Lucila! dijóle el amante.....
 Un abrazo no más apenas pudo
 Darle, anegado en lágrimas ardientes,
 Y rápido partió; mientras Lucila
 De rodillas cayó frente á una imagen
 De la madre de Dios, vertiendo llanto,
 Y pidiéndole al Dios de las batallas
 Cuide de aquel patriota la existencia
 O dé á los dos la muerte de la gloria.
 Dalmiro en tanto á presentarse llega
 De voluntario al general en jefe,
 Que premia su ardimiento belicoso
 Nombrándole servicio en el instante.

El vigilante gallo comenzaba
 A repetir sus cantos anunciando
 Que ya las nieblas de la rubia aurora
 Se tienden en los lagos adormidos,
 Mientras las limpias gotas del rocío
 Humedecen el cáliz de las flores.

Apenas el crepúsculo asomaba
 Por el lado de Oriente, se veía
 Venir una mujer de negro traje

Dirigiéndose al centro de la plaza
 En pos del hospital: por Occidente,
 También entre las nieblas se acercaba
 Otra hermosa mujer que parecía
 El alba por las ropas candorosas
 Y el blanco velo que su sien cubría,
 Y ambas al mismo sitio se dirigen:
 Quieren de Paul con las humildes hijas
 Ir el consuelo á dar á los heridos:
 Al llegar, otra joven las recibe,
 Que también ha llegado conmovida
 Por el amor de caridad ardiente,
 A dar al moribundo los auxilios
 De la sublime religión. Elodia
 Se llama esta mujer, la trajo Orestes
 Que se pasa las horas auxiliando
 A los valientes hijos de la patria
 Y á todo aquel que su socorro invoca.
 La de las negras telas es Elena,
 La de las blancas ropas es Lucila:
 Ambas entran por fin á aquel santuario
 Donde la triste humanidad se queja,
 Mientras allá por el lejano Oriente,
 Esplendorosa y límpida aparece
 La mañana, tendiendo en las colinas,
 En los valles, los lagos y los ríos
 Blancas cortinas de ligeras nubes
 Que parece que duermen y se arrullan
 En las altas montañas de Occidente:
 Las tórtolas quejosas de los ríos
 Soñolientas sacuden de sus alas,
 Al despertar, las diamantinas gotas
 Del rocío que cae sobre las flores
 Que rompen, al albor de la mañana,

Sus aromosos cálices que exhalan
 Dulce fragancia en toda la campiña:
 Se tienden los azules horizontes
 Transparentes y limpios, descubriendo
 Entre fajas violadas á la aurora
 Que alumbra la extensión del firmamento
 Que un pabellón semeja recamado
 Con ráfagas de azul, de nácar y oro.
 Sesenta horas pasaron desde aquella
 En que del invasor las avanzadas
 Amenazaron á los fuertes muros
 De la invicta ciudad de Zaragoza;
 Han pasado dos días y una noche,
 Y el francés aguerrido no se atreve
 A asaltar las murallas; se prepara
 A cercar la ciudad con sus valientes
 Y arrojados zuavos, aguerridos,
 Que sólo con su nombre estremecían
 Los pueblos y las ínclitas ciudades.
 Luego que ya la luz de la mañana
 Inundó las campiñas, sus columnas
 Comenzó á organizar el enemigo,
 Destacando de Oriente en las llanuras
 Una fuerte columna de guerreros
 Diestros y cautelosos, que dirigen
 Sus trenes y sus carros abundantes
 Al Sur de la ciudad, mientras al Norte
 Numerosas legiones se adelantan
 Conduciendo su gruesa artillería.
 Se ordena la batalla formidable;
 La vanguardia, que rápida se avanza,
 La forman ordenados tiradores
 Que cruzan las barrancas y los llanos,
 Siguiendo en dirección al Occidente

Gruesas columnas, carros y cañones:
 Y luego los caballos agarenos
 En que su orgullo ostentan los soldados
 Al dejarlos correr en la llanura,
 Dando al viento sus crines vagarosas.
 Al cruzar las columnas de Occidente
 Rápidas como el rayo impetuoso,
 Estalla nuestra fuerte artillería
 Cuyo fragor temblar hace la tierra
 Y estremece las cumbres de los montes.
 Globos de humo se elevan, y vibrando
 Como el veloz relámpago, la bala
 Rápida como el rayo llega y abre
 Una brecha de hombres que sucumben.
 Listo Ortega en la cumbre de Loreto.
 Observa los iguales movimientos
 Del enemigo que veloz camina
 Por sus flancos, y sigue rodeando
 La ciudad que cerrar quiere en su círculo.
 De Totimehuacán en la llanura
 A la vez se levanta un torbellino
 De polvo que á lo lejos se divisa,
 Denso, tendido y caminando rápido:
 Son los traidores pérfidos que guían
 Al enemigo, y con veloz carrera
 En briosos caballos se adelantan:
 Al punto O'Horán intrépido al combate
 Acude al eco de la voz del jefe,
 Mientras marchando siguen las columnas
 Formando al Occidente su batalla.
 De Totimehuacán en las campiñas
 Se encuentran nuestras armas con el galo
 Que se repliega á sus lejanas tiendas:
 Ya el sol al Occidente declinaba

Y la luz vespertina las llanuras
 Dejaba ver tan límpidas y claras,
 Que sólo con la vista se veían
 Del enemigo múltiples los trenes:
 De improviso en el llano se presenta
 Un grupo de traidores que se avanza:
 Se ve nuestra gentil caballería,
 Y hace alto en la llanura, desprendiendo
 Tiradores al frente, y por los flancos
 Ordena su columna de batalla:
 El arrojado O'Horán alista presto
 Sus movimientos, y de lejos mirase
 Prepararse impetuoso al golpe rudo;
 Y así como en las fiestas y torneos
 Se disponen los bravos adalides,
 Y un momento fijando sus miradas
 Contemplan sus bridones, sus aceros,
 El temple de sus limpias armaduras,
 Para asestar el golpe más seguro;
 Y ya que en los estribos se fijaban
 Rápidos como el rayo arremetían;
 Así las alas de las dos legiones
 Se paran un momento, se contemplan,
 Observan sus corceles, y á la seña
 De sus jefes, se arrojan esforzados.
 Se oye un silbido prolongado, horrible,
 El silbido del rifle que resuena
 En el campo y los cerros; se duplica,
 Se multiplica el fuego; sólo se oye
 Un lejano rumor de mil acentos,
 De mil voces opuestas: ambas alas
 Se acercan, se repliegan, retroceden,
 Se arrojan otra vez enfurecidas;
 El polvo las confunde..... los traidores

Vacilan, debilitan los esfuerzos
 Del fuego, y luego empuñan obstinados
 Las lanzas, entre el humo que los cubre
 Y se extiende por toda la llanura.
 Observa O'Horán el movimiento y manda
 Que se arrojen violentos lanza en ristre,
 Validos de las densas humaredas:
 El giro de las rojas banderolas
 Desconcierta la vista del contrario,
 Que no prepara el golpe que le arroja
 Del caballo á la tierra en sangre tinto,
 Mientras el animal huye espantado
 O cae también al golpe furibundo
 Que el mexicano cazador le asesta.

Un momento cansados se detienen,
 Medir queriendo el miedo los traidores,
 El brío comparando de los bravos
 Hijos de libertad: son numerosos
 Los traidores, briosos sus caballos
 Espuma arrojan al tascar el freno,
 Pero ceden por fin al fuerte empuje
 De los zaragozanos escuadrones:
 Quieren de nuevo arremeter osados,
 Y al distinguir á O'Horán, el traidor jefe
 Vuelve la espalda y los soldados huyen:
 Los persiguen los nuestros, mas al punto
 Una columna gala se desprende,
 Y el puñado de héroes mexicanos,
 Al paso de sus bélicos bridones,
 Se repliega otra vez al campamento
 En medio de cadáveres contrarios,
 Y trayendo traidores prisioneros
 Que de rodillas el perdón imploran
 Y que el valiente vencedor concede.

A ese tiempo también, por el Ocaso
 Y hacia el Norte se empeña otro combate
 Al ir llegando los pesados trenes
 Cerca del cerro de San Juan: un grupo
 De nuestros guerrilleros escuadrones
 "Alto" dicen al pérfido enemigo
 Al lanzarse sobre ellos con bravura,
 Y con tal rapidez, con tanta fuerza,
 Que no le dieron tiempo al enemigo
 Ni para calcular aquel empuje.
 Al verlos ellos con veloz carrera
 Retroceden, mas luego avergonzados
 Vuelven á organizarse, abren un ala
 De tiradores á caballo: en tanto
 Los nuestros en dos alas se dividen
 Como en un semicírculo, buscando,
 Para envolverle, al enemigo audace.
 Aureliano es el jefe que su á frente,
 Y empuñando su lanza matadora,
 Anima la batalla. Allí los turcos
 Descargando sus rifles, arremeten
 Desenvainando sus alfanjes curvos;
 El rifle mexicano les contesta
 Y con lanza después les amenaza:
 Se extiende su columna; nuestras fuerzas
 Obran un movimiento repentino
 Y envuelto queda el invasor; y luego
 Se traba una batalla aterradora,
 Se confunden doquier los luchadores
 Entre el humo del rifle y entre el polvo
 Que levantan los árabes caballos;
 Y nada se distingue, se perciben
 Apenas por las rojas banderolas,
 De Aureliano los fieros luchadores.

¡ Viva México ! gritan nuestros héroes;
 ¡ Viva el Emperador ! gritan los galos;
 Las lanzas, y los rifles, las pistolas,
 El curvo alfanje y la brillante espada,
 Todas las armas juegan; se confunden
 Los ecos del silbido de las balas
 Con el chasquido de la férrea lanza,
 Con el zumbido de la reata fuerte,
 Con el sonido del templado acero !
 Todo en dudosos gritos se confunde.....
 Ya quieren las columnas que á lo lejos
 Ven esa lucha, organizar combate;
 Ya de la plaza la reserva quiere
 Hacer un movimiento; mas la noche
 Pone término al fin á la batalla.
 Los zuavos, unos corren presurosos;
 Otros tendidos en el campo quedan;
 Y algunos á la voz de ¡ viva México !
 Se pasan á las filas mexicanas.

Queda Aureliano vencedor: y luego
 Levantando del campo á los heridos
 Y á los muertos de ambos contendientes,
 Se retiró dejando amedrentados
 A esos valientes genios de la guerra.

La noche se acercó sombras tendiendo
 En toda la extensión del horizonte,
 Y Ortega, que ha mirado la batalla
 Desde la cima de Loreto, ansioso
 Espera al vencedor, á quien saluda
 A nombre de la patria entusiasmado,
 Mientras el joven con modesto acento
 Solo le dijo al general en jefe:

— “Mi deber he cumplido; os felicito
 “Porque al primer empuje de los francos
 “Hemos escarmentado su osadía.”
 — Bien, general, cumplisteis como bueno;
 La patria agradecida os reconoce
 Y vuestro nombre guardará contenta.—

En la noche doquiera se redobla
 La vigilancia; la reserva lista
 A la voz esforzada de Negrete
 Renueva sus promesas entusiastas,
 Y en todos los semblantes se descubre
 El contento inmortal de la victoria.

Cuatro veces apenas el alerta
 Del centinela resonado había,
 Cuando un grupo del pueblo fatigado
 Conducía un soldado de la Francia
 Que á favor de las sombras de la noche
 Dejó sus filas y salvó las puertas
 De la ciudad, en medio del peligro.
 Llega ante el general que le recibe
 Con benigno semblante y placentero,
 Y así el francés prorrumpe: “Jefe ilustre,
 “He pasado la tarde en el combate,
 “Y entre la confusión de la batalla
 “Fingí herido caer, y calculando
 “Que ya la noche rápida venía,
 “Admirando el valor del mexicano,
 “Yo quise abandonar á los cobardes
 “Que han traído á este pueblo generoso
 “La asolación, la muerte y el espanto:
 “Yo soy francés, mas odio á esos franceses
 “Que luchando con pérfida ventaja

“Doble número llevan á la guerra
 “Del que dicen que lucha: sus banderas
 “Cobardes las ocultan cuando la hora
 “Suena de la batalla formidable;
 “; Tienen razón! al fin nunca defienden
 “La gloriosa bandera de la Francia.”
 Quedó un rato en silencio, conmovido,
 Y oyendo las preguntas impaciente,
 Así responde con acento firme:
 — “Mil soldados quisieran las banderas
 “Abandonar del invasor, dejando
 “Para siempre los galos batallones,
 “Siguiendo las ofertas generosas
 “Que nos dirige el pueblo mexicano.
 “Una vez encontramos en las tiendas
 “Una proclama que amistad brindaba,
 “Y así decía, el jefe del Oriente:
 — “Soldados de la Galia! á hacer la guerra
 “Venís á un pueblo generoso, amigo:
 “Que siempre os ha llamado sus hermanos,
 “Venís á combatir á un pueblo heroico
 “Que há más de ocho lustros que defiende
 “Su independencia y libertad gloriosas.
 “Cuando la noble México en un día
 “El yugo sacudió de sus señores,
 “Abrió sus brazos á los hombres todos
 “De todas las naciones de la tierra,
 “Les ofreció sus fértiles campiñas,
 “Les ofreció sus encumbrados montes
 “Donde el oro y la plata se fecundan;
 “Les brindó del trabajo con las fuentes
 “Y les dió de sus leyes el amparo:
 “Hermanos, arrojad sobre la frente
 “Del despotismo vuestras limpias armas;

" Venid, que nuestra patria hijos os dice;
 " Aquí el tesoro está del universo.
 " ¿ Qué hemos hecho á la patria napoleónica
 " Para que tienda el luto en nuestro suelo ?
 " Esas maldades y supuestos crímenes
 " Que dice que en América cometen
 " Estos pueblos que llaman pueblos bárbaros,
 " ¿ No se ven en Europa que há cien siglos
 " Goza de ilustración la luz divina ?
 " ¿ Qué no hay bandidos en la culta Europa ?
 " ¿ Qué en Europa no existen asesinos ?
 " ¿ No se conspira en Francia, no reclaman
 " Los pueblos de la Europa sus derechos ?
 " ¿ Qué quiere Napoleón, á qué os envía ?
 " ¿ Por qué lejos del suelo en que nacisteis
 " Vais á dejar tal vez vuestras cenizas,
 " Que á ver no volverán los tiernos ojos
 " De una madre querida, de una esposa,
 " De un padre cariñoso, de un tierno hijo,
 " De una amante infeliz, abandonada ?
 " ¡ Ah, franceses ! venís como instrumentos
 " Ciegos de la ambición, del despotismo,
 " Del agio y la perfidia ! Las ideas
 " Que México sostiene son las mismas
 " Que Francia proclamó cuando gloriosa
 " El yugo sacudió del fanatismo
 " Hace media centuria y cinco lustros.
 " ¿ Venís á destruir vuestra obra misma ?
 " La misión del ejército de Francia
 " Debe ser libertar á los esclavos:
 " Ya esta misión magnífica cumplisteis
 " En las hermosas tierras del Oriente,
 " Cuando vencer supisteis en Crimea !
 " Y asesinar en México queréis

" La libertad sagrada de los pueblos !
 " Oid el grito que conmueve al mundo;
 " Dejad las armas, y un abrazo estrecho
 " Contentos os darán los mexicanos !
 " Si insistís, verteremos nuestra sangre
 " Antes que soportar la tiranía ! "

Estas palabras, dijo el fugitivo,
 Han conmovido á los franceses todos,
 Pero los jefes vigilantes forzan
 Más y más su cuidado en el ejército. —
 El general atento contemplaba
 A aquel soldado de figura allética,
 De semblante tostado por el humo
 De los combates, y al mirar sus ojos,
 Y al mirar una lágrima expresiva
 Que asomó en sus párpados quemados,
 Con franca aceptación así le dijo:
 " Ingresad en las filas mexicanas
 " Si queréis; libre estáis. Los mexicanos
 " Saben recompensar á los valientes."

Dijo, y partió veloz al campamento
 A renovar las órdenes nocturnas.

La noche iba avanzando lentamente
 En profundas tinieblas sumergida,
 Pues que era de la luna el postrer día:
 Esa noche los francos sitiadores
 En actitud se ponen vigorosa,
 Y el mexicano alerta, la hora ansiaba
 En que medir su bélico entusiasmo:
 Los contendientes de una y otra parte,
 Las horas calculaban por el eco
 De su fogoso corazón que late.

Tenebrosa la noche caminaba
 Y el brillo de los astros parecía
 Más rutilante por las densas sombras
 Que envolvían el cóncavo hemisferio:
 Nada el silencio interrumpía; sólo
 Al mirar de las luces de Bengala
 El color rojo, se sentía el ruido:
 Del alerta sonoro del soldado
 Ya no sonaba el eco. El solo anuncio
 Del pensamiento de los jefes era
 La luz de los cohetes que subían;
 También allá á lo lejos, en contorno,
 En los multiplicados campamentos
 Del sitiador ejército, se miran
 Mil fogatas de vívidos fulgores;
 Como allá en el desierto en noche obscura
 Tiende el árabe nómada sus tiendas
 Junto á las palmas que el simoun azota,
 Y en rededor con profusión agita
 Haces de hojas y troncos, que con fuegos
 Alimenta: entretanto huye la noche
 Y así del beduino se liberta;
 Y así como en los bosques tenebrosos
 Y sabanas de América, el salvaje,
 Para ponerse á salvo de las fieras
 Que habitan en sus selvas dilatadas,
 En torno á sus aduares amontona
 El aloe que incendia mientras duerme;
 Así en los campamentos que circundan
 A Puebla invicta, el extranjero pone
 Mil fogatas que alumbran sus reales.
 Más allá del zenit, al Occidente,
 Las Pléyades bajaban caminando
 A su ocaso: entretanto todo calla
 Como en el triste asilo de la muerte.

Cerca de media noche, cuando el brillo
 De la luz de la torre aparecía
 Como señal de vida, allá en la casa
 De Elena aún hay quien vele meditando.
 Por la primera vez en esa noche
 Cantaba el gallo vigilante apenas,
 Cuando enmedio al jardín, entre el follaje,
 Un ligero rumor se percibía,
 Que repitió la fuente. Era que Herlindo,
 Su campamento triste abandonando,
 Recordaba de Elena el anatema,
 Y aun dudaba su ardiente pensamiento.
 Atravesó la espléndida llanura,
 Y dejando sus armas en un árbol,
 Pasó un arroyo, una barranca, un prado,
 Y saltó el foso y escaló la reja,
 Y penetró al jardín donde cien veces
 Horas de amor gozó junto á la hermosa
 Que era el único encanto de su vida.
 Silencioso, cuitado, lentamente
 Se dirigió á la fuente arrulladora
 Que tantas veces le miró contento,
 Que tantas veces escuchó sus voces
 De amor y de entusiasmo y de ventura:
 Ya pensaba mirar sobre del césped,
 Envuelta en blancas telas, reclinada,
 A Elena ansiosa, que esperaba á Herlindo,
 Amorosos reclamos dirigiéndole:
 Llega cerca la fuente, y no percibe
 Aquel fantasma halagador: se para,
 Recorre con su vista indagadora
 El florido pensil por todas partes,
 Y nada ve; sus ojos, se fascinan;
 En vez de arbustos y árboles, parece

Que ve espectros de formas gigantescas
 Y de aspecto terrible; en vez de alfombra
 De flores y verdura, ven sus ojos
 Cadáveres sangrientos, arrojados
 Aquí y allí, y aun el rumor del agua
 Le parece una voz entristecida,
 Que dice á su conciencia: "La ventura
 "Del traidor en el alma no se abriga."

— Y allí sobre ese césped, se decía,
 Allí la miré yo..... junto á ese arbusto
 Estaba yo cuando su voz me dijo:
 "Aléjate de mí; soy mexicana,
 "Herlindo, yo desprecio á los traidores!"
 ; Y no puedo creerlo..... Elena..... Elena!
 ; Y no puedo llorar! ; Y en mi garganta
 Siento un dogal pesado que me ahoga!..... —
 Dijo, y cayó en el césped oprimiendo
 Con sus manos su frente que se abrasa:
 Quedó en silencio, extático, apoyado
 En aquel sitio mismo donde Elena
 Le esperaba gozosa en otros días.....
 Y cual de un rayo herido permanece.

Le hubiera sorprendido la mañana
 Tal vez en ese éxtasis terrible,
 Si el canto funeral de la lechuza
 Y del siniestro buho, á sus oídos
 No hubiera penetrado con espanto.
 — Es verdad, es verdad, dijo gimiendo,
 La razón recobrando: sí, no hay duda.....
 Ese canto fatídico y monótono,
 Es el fúnebre canto que me anuncia
 Que he muerto para Elena y para el mundo!

Yo soy traidor! Cadáver para la honra
 De la cruel sociedad que me maldice;
 Ya no hay remedio: no, morir yo debo
 En medio del combate: más ¿qué importa
 Que luche como héroe en la batalla,
 Si no ha de reflejar en mi sepulcro
 Ni un rayo de la gloria esplendorosa?
 Ignorado, en la escoria confundido!.....
 Ojalá á Dios plugiese que así fuera!.....
 Al menos ignorárase mi nombre.....!
 Pero execrado..... maldecido..... Elena.....
 Tú me has asesinado! ; Adiós, encanto
 Que fuiste de mi vida, adiós hermosa
 Que de delicia el corazón llenabas!
 Por quien tan sólo amaba la existencia,
 Por quien un tiempo ambicioné la gloria,
 Por quien tal vez..... la patria me maldice;
 No te volveré á ver, ni á oír tus voces,
 Ni á contemplar tu célico semblante,
 Ni á estrechar otra vez tu ardiente pecho.
 Adiós, bello jardín, testigo mudo
 De mi infortunio y pasajera gloria!
 Adiós, hermosa fuente cristalina,
 Adiós, flores hermosas que adornasteis
 Mi pecho cuando Elena con sus manos
 Un amoroso ramo me formaba!
 Adiós, oh triste arbusto que mil veces,
 Cuando brillaba límpida la luna,
 Sombra á los dos nos disteis placentero!
 Adiós, céfiros blandos que los rizos
 Besasteis de mi amada; adiós por siempre. —

Dijo; y bañando en lágrimas la tierra,
 Se alejó de aquel sitio doloroso

Que ya no volverán á hollar sus plantas;
 Salvó otra vez la reja, salvó el foso,
 Y atravesando el prado y el barranco,
 Y pasando el arroyo, llegó al árbol
 Donde encontró sus escondidas armas.
 Cuando llegó, ya todos se agitaban
 A la próxima marcha preparándose.

Se aleja en tanto la medrosa noche
 Entre el silencio que en la plaza reina,
 Y ya las brisas frescas juguetean
 Por toda la campiña: el aleteo
 A lo lejos se escucha de los gallos,
 Que renuevan sus cantos y que anuncian
 Que presto volverán las blancas nieblas
 A cubrir las montañas y los lagos.
 Allá, de tiempo en tiempo, se divisan
 En las alturas, rápidas cruzando,
 Como cometas fatuos que un momento
 Iluminan, se incendian y se apagan,
 Exhalaciones súbitas que apenas
 Una línea de luz fosforescente
 Trazan, y desaparecen; las fogatas
 Están ya titilando, y aun algunas
 Comienzan á extinguirse por el Norte;
 Es que ya la mañana se adelanta,
 Y el enemigo á conmoverse empieza.
 Apenas vagamente el horizonte
 Se aclara, y el lucero matutino
 Se levanta saliendo del Oriente,
 Cuando los sitiadores campamentos
 Organizan sus fuertes batallones.
 Del alba los crepúsculos que rompen
 Los celajes hermosos de los cielos

Juguetean apena en los cipreses
 Seculares del alto Tepotzoehil,
 Y el brillo de la aurora da en las torres
 De la heroica ciudad de Xicotencatl:
 En sus cúpulas mil aleteando
 Se paran las palomas y los tiernos
 Hermosos gorriones, cuyos trinos
 Al nuevo sol saludan, cuando el eco
 De mil clarines la ciudad despierta.
 Son las dianas que dicen al soldado
 Que viene nuevo un día, en que se ostenta
 Como siempre, valiente y vigilante.

Apenas esos bélicos acentos
 Vibran y se dilatan, y á las tiendas
 Llegan del enemigo resonando,
 Cuando aumenta doquier el movimiento.
 Va á comenzar la lucha: al Sur y al Norte
 Dos inversas columnas se destacan,
 Y caminando en curva gigantesca,
 Ambas al Occidente se encaminan.
 Por la falda del bello Tepotzoehil;
 Unas huestes desfilan invasoras,
 Unidas y compactas reflejando
 El brillo de sus armas, que serpean,
 Mientras el sol se eleva del Oriente;
 Y tan limpias se ven y tan brillantes,
 Que de lejos la vista fascinada
 Al verlas entre medio de las mieses
 Cuya verdura ostenta la campiña,
 Cree contemplar corriendo impetuoso
 Un caudaloso cristalino río,
 Cuyas ondas en rieles serpeando,
 Del sol reflejan la brillante lumbré.

En tanto las columnas ordenadas
 Que allá de la Malintzi en la ancha falda
 Van descendiendo al trasponer las hondas
 Barrancas y hondonadas del terreno,
 Se ven de una manera sorprendente.
 Una tendida, inmensa catarata
 Semejan al bajar, al ocultarse,
 Al volver á subir, dando las armas
 Mil variados reflejos, y vistosos
 Matices en el campo sus ropajes.
 Siete horas transcurren mientras dura
 El tránsito al llegar á la colina
 Del San Juan que se eleva en Occidente.
 Mientras, esplendoroso, en las almenas
 De los palacios y en los fuertes, se iza
 El pabellón del águila de Anáhuac;
 Se aprestan los aztecas batallones
 Dispuestos á la lucha con anhelo,
 Y á la vez en San Juan las blancas tiendas
 Se despliegan al viento vagaroso,
 Dejando ver el pabellón del galo
 Que los reales de su jefe indica.

A poco los guerreros mexicanos
 De Zacatecas á la plaza llevan
 Tres zuavos que vienen suplicantes
 Implorando solcitos amparo,
 Pues que del galo las banderas dejan.
 Los tres atletas de mirada altiva
 Y gigantesca corpulencia anuncian
 Que son de la frontera de la Francia:
 Jóvenes son los tres, de azules ojos,
 De cabello dorado y blanca frente.
 El General benigno los acoge

Y en los jardines del palacio indica
 Que un pabellón para habitar les diesen,
 Do olviden la fatiga de la fuga.

Llegando va la tarde calurosa,
 Y allí bajo los mágicos arbustos,
 Entre jazmines y purpúreas rosas
 Que derraman balsámica ambrosía,
 Y á orillas de la fuente arrulladora,
 A ratos pensativos se pasean,
 A ratos se reclinan suspirando.
 Mientras dos de ellos descansando duermen
 Sobre un rugoso tronco, el otro joven
 Así sobre el papel sus pensamientos
 Graba, para enviar gratos recuerdos
 Y tal vez su postrera despedida,
 A sus amados padres, al objeto
 Tierno de sus amores inocentes
 Y á los dulces amigos de la infancia:
 " Más de quinientas veces los torreones
 " Góticos de la espléndida basílica
 " De Paris la festiva, ha iluminado
 " El nebuloso sol que el Sena enturbia;
 " Más de quinientas veces los reflejos
 " Del sol opaco de mi patria han dado
 " Color y luz á los Eliseos campos;
 " Más de quinientas veces de Versailles
 " Las ricas fuentes en sus limpias aguas
 " Han mirado á la luna taciturna,
 " Que cual tímida virgen silenciosa
 " En densas brumas á Paris alumbra
 " Cubriendo con sus lánguidos destellos
 " Los portentos del arte y de la ciencia,
 " Y también las maldades espantosas

" Y los horribles crímenes que inventan
 " Allá de la ambición los poderosos,
 " Esclavos del bandido coronado,
 " De Tullerías en las ricas salas,
 " Desde que hemos dejado los hogares
 " En que vimos nacer la luz del día;
 " En que por los caprichos del tirano
 " Que á nuestra patria con cadenas ata,
 " Hemos venido á México la heroica,
 " Como instrumentos de ambición insana.
 " Más de quinientas veces ha brillado
 " Ese espléndido sol desde aquel día
 " En que al partir sentimos aquel beso
 " Que imprimieron, vertiendo amargo llanto,
 " En nuestra frente calcinada y triste
 " De nuestros padres los ardientes labios;
 " En que de nuestros hijos inocentes
 " Sentimos el abrazo en las rodillas;
 " En que el beso postrer nuestras esposas
 " Pudieron, estampar de dolor llenas,
 " En nuestras tristes, pálidas mejillas.
 " Y cuántos, cuántos de esos bellos hijos
 " De Francia libre volverán? ; Oh, cuántos
 " Han exhalado ya su último aliento!
 " ; Cuántos al golpe del valiente azteca
 " Que defiende su patria generosa,
 " Duermen bajo los céspedes floridos
 " Que de México esmaltan las praderas!
 " Cada paso que damos, un abismo
 " Nos presenta, y nos hunde, y nos sepulta!
 " Frente estamos del pueblo mexicano,
 " Y frente de aquel cerro en cuya cima
 " Una figura gigantesca siempre
 " Se nos presenta heroica y nos espanta.

" Los manes son del grande Zaragoza,
 " Cuyo recuerdo solo nos aterra!
 " ; Y qué hacen nuestras huestes aguerridas
 " Frente á esta Puebla, pesadilla horrible
 " Para el tirano y el terror del galo?
 " Allí están nuestras armas; ya los aires
 " Cruzan nuestros terribles proyectiles;
 " Ya la muerte se cierne en las alturas
 " Amenazando á la ciudad invicta
 " Con el estrago de la bomba horrible;
 " Ya los guerreros mexicanos, llenos
 " De la fe de su causa sacrosanta
 " Que es de los pueblos todos de la tierra
 " La causa soberana, sus aceros
 " También preparan y su golpe asestan
 " Contra los atrevidos agresores
 " Que cual bandidos destrozar intentan
 " El pendón de sus glorias esplendentes!
 " ; Quién verá de la Francia la victoria?
 " ; Quién otra vez sobre su frente alliva
 " Sentirá el beso paternal, y el seno
 " Sentirá palpitante de una madre,
 " De una esposa ó de un hijo idolatrado?
 " Ah! sólo tú, tirano de mi patria,
 " Que haz manchado el fulgor de sus blasones,
 " Haz traído á este pueblo generoso
 " Una guerra maldita á quien tan sólo
 " Ha brindado á los hijos de la Europa
 " Dulce hospitalidad, gloria, riquezas,
 " Y hasta su amor y su cariño eterno.
 " ; Qué te ha hecho esta tierra predilecta?
 " ; Qué ofensa te ha causado el mexicano?
 " Forey..... Forey..... el que empapó su espada
 " En la sangre preciosa de los hijos

" De la bella República francesa,
 " Para amasar con sangre de inocentes
 " La substancia del trono, cuyas gradas
 " Escaló cual bandido aquel bastardo
 " Que hoy se llama el Señor de los franceses;
 " ¿Qué te dará ese triunfo tan efímero
 " Que piensas conseguir? Sólo una insignia,
 " Un nombre más, mientras la Francia pierde
 " Sus hijos á millares!..... ¿Quién un día
 " Podrá enseñar nuestra olvidada tumba?
 " ¿Quién podrá señalar nuestras cenizas?
 " Las hollarán los dignos mexicanos,
 " Y el casco de sus bélicos corceles
 " Será tan sólo la señal siniestra
 " Que indique al porvenir que allí quedaron
 " Los despojos del franco, como emblema
 " De oprobio y maldición para los pueblos,
 " Y como ejemplo á la futura gente
 " De execración eterna á los perversos
 " Que hollar quieren las glorias y blasones
 " De otro pueblo inocente que defiende
 " Su libertad é independencia santa!"

Así el joven francés se producía,
 Y guardando sus tristes manuscritos,
 A refrescar su frente acalorada
 Se levantó, paseando silencioso
 Del jardín por los vastos corredores.

Mil pensamientos fúnebres pasaban
 Por su imaginación viva y poética,
 Mientras sus compañeros quietamente,
 Sin aparente pena se dormían.

En tanto los crepúsculos fugaces

De la mañana, blandos arrullaban
 Los elevados chopos y los fresnos
 Que los nidos del pájaro mecían,
 Y anunciaban un día esplendoroso.
 Las nítidas estrellas titilaban
 Al irse hundiendo rápidas á Ocaso.
 Gorjeaban en tanto los gorriones
 Y aleteaban las tímidas palomas,
 Mientras fragancia dulce se percibe
 Al abrirse las flores que dormían.
 El joven á la alcoba se dirige,
 Tal vez á descansar, mientras derrama
 Su fulgor esplendente el nuevo día,
 O acaso á lamentar de sus hermanos
 La suerte funeral que les aguarda
 Y á quienes ya tal vez nunca sus ojos
 Volverán á mirar entristecidos;
 Y derramando lágrimas dolientes
 Se arrojó sobre el lecho silencioso
 Esperando que el céfiro suave
 Que ya arrulla á las flores aromosas,
 Al pasar por su frente, le de alivio
 Y mitigue tal vez sus aflicciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIENESTAR SOCIAL

CANTO CUARTO.

UA amaneció otra aurora: el sol brillante
Alumbra un nuevo día, y los franceses
Sólo á lo lejos las almenas miran
Que de Puebla coronan los palacios.
Sobre el San Juan sus fuerzas concentrando
En número mayor, las aglomeran
Al Occidente; acaso vacilantes,
No se deciden á atacar la plaza
De los invictos héroes que vencieron
De Crimea á los ínclitos soldados,
Invencibles guerreros del Oriente.

En la cima inmortal del Guadalupe,
Al toque de las dianas sonoras
Con que la nueva aurora se despierta,
Nuestro glorioso pabellón se arbola,
Porque el grato recuerdo de este día
Dulces memorias á la patria inspira,
Espléndidas victorias nos augura,
Y preconiza un porvenir de gloria.
Del hombre de la fe de la República
Hoy todo un pueblo el nacimiento canta,
Y la ciudad invicta entona cánticos

Mezclados con el himno de la gloria,
Como anuncio feliz de la victoria.

Las fortalezas, al venir el día,
Al izar sus banderas esplendentes,
Con cien salvas saludan victorioso
El blasón inmortal de la República;
Recorren la ciudad engalanada
Los vítores del pueblo que contento
Sus armónicas músicas modula.
A este recuerdo, el bélico entusiasmo
Cunde doquiera, y por doquier se apresta,
Lleno de animación, el pueblo entero.
En tanto el extranjero sus cantones
Dilata en torno á la ciudad, y activa
Sus movimientos ya. Mientras las horas
De la mañana avanzan, las columnas
Enemigas se agitan; por el Norte
Y por el Sur, veloces se destacan
Fuerzas impetuosas, desfilando
Sus carros y su fuerte artillería;
Se ordenan las columnas de batalla,
Se repliegan las tiendas, se enjaezan
Los briosos caballos del desierto,
Y todo el día mueven sus legiones.

Al comenzar la tarde, las llanuras,
Que sus alfombras al Ocaso tienden
Esmaltando de verde las campiñas,
Y las que al Norte la Malintzin besan,
Están límpidas, puras; ni la bruma
Se reclina en sus céspedes hermosos,
Ni el vapor vespertino, de los ríos
Intercepta la luz del sol poniente.

Súbito entre estos campos se divisan
Unas lejanas cintas de colores
Que brillan con la luz del sol fugaces,
Así como de lejos en los llanos
Se ven las mieses, al sentir del viento
Las ráfagas suaves, que se inclinan
Y brillan las espigas que se doblan
Formando un movimiento compasado,
Así de pronto entre las verdes mieses
Del campo, las columnas se divisan
Entre Aquilón y Ocaso; se detienen
Un poco las guerrillas ofensoras,
Se tiende al suelo, temeroso, el zuavo,
Mientras que sus caballos que relinchan
A la izquierda flanquean, dirigiéndose
A la tendida falda de Malintzin
Huyendo del terrible mexicano
Que le arroja la muerte por doquiera.
Truena el cañón que las columnas diezma
Del agresor; resistese un momento,
Pero se cansa al fin y huye espantado
El atrevido galo. Allí los hijos
De las montañas enriscadas de oro
De Guanajuato, al pérfido escarmientan!
Entre el humo que denso se dilata
Como pesada bruma por el campo,
Se levanta veloz la infantería
Entre la mies cubriéndose, y á Oriente
Del Loreto á la falda se dirige
Al huirse, entre el polvo y entre el humo,
Por las sinuosidades del terreno.
Mas listos los guerreros mexicanos,
El movimiento observan, y de pronto
Cinco globos de humo de la cumbre

Se desprenden violentos: se ve un brillo,
 Y el trueno horrible en la campiña estalla.
 Se levanta de polvo una ancha zona
 Haciendo retirar al enemigo
 Que se aparta y se aleja, y va á perderse
 Tras las tendidas lomas. Entretanto
 Sobre los llanos de esmaltada grama
 Que extienden del Oriente al Mediodía
 Sus pingües abundantes sementeras
 El cañón mexicano estrepitoso
 Arrasa los trabajos enemigos;
 Y en tanto el sol declina al Occidente
 Ocultando su luz tras las montañas,
 Tímido el enemigo se repliega
 Llevando escarmentado, sus cadáveres,
 Como premio á su audacia y ardimiento.
 Viene entretanto envuelta entre celajes
 La tenebrosa noche, confundiendo
 Los campos y los montes, y la altura,
 Que entre la densa obscuridad se hunde:
 De improviso mil negros nubarrones
 Y cúmulus y cirrus en mil grupos
 Se elevan por el Norte amenazando
 Con la lluvia envolver al universo.

De repente, á intervalos, á lo lejos,
 Sobre los extendidos horizontes
 De tiempo en tiempo brillan los relámpagos,
 Mientras que en la ciudad listos y alerta
 Están los mexicanos defensores.

Ortega, por doquier, entusiasmado
 Al ejército libre se presenta:
 De Guanajuato á los valientes hijos

Felicitó, y á todos los guerreros
 Que en esa tarde al invasor probaron
 Que dignos hijos son de un pueblo libre.
 En el silencio de la noche obscura
 Cuyas tinieblas interrumpen sólo
 Las luces de Bengala que se arrojan
 Para explorar los campos enemigos;
 Éstos, llenos de afán, rompen la tierra
 Para ocultar su gente y su cañones.
 Del San Juan por la falda del Oriente
 El eco se oye de la fuerte zapa
 Que los caminos abre paralelos
 Para avanzar, cubiertos, al abrigo
 De las terribles, fuertes baterías.
 Así la noche tenebrosa pasa,
 Y creyendo al abrigo de sus sombras
 Que los zaragozanos batallones
 Duermen y distraídos se descuidan,
 El enemigo abalanzarse piensa.
 Media noche pasó, y cuando el peso
 Del sueño se apodera de los ojos
 De los mortales, forma una columna,
 Y al fuerte del Demócrata se arroja.
 Mas vigilante, alerta, la percibe,
 Y el sordo trueno que estallando avisa
 Que allí valor, y vigilancia, y fuerza
 Existe; al enemigo el trueno espanta
 Y se aleja veloz, despavorido.
 Pasan carros, y trenes, y soldados,
 A favor de la noche soñolienta,
 Y fueron de los tiros acertados
 De nuestras fuerzas que oyen el ruido
 De esas columnas que á Occidente cruzan.
 Fresca y brillante anúnciase la aurora

Del nuevo día; la lluviosa noche
 Ha dejado los campos esplendentes,
 Y al sentir esas brisas aromosas
 Que sacuden las hojas de los árboles
 Y hacen temblar las gotas de rocío
 Sobre el pétalo blando de las flores.
 Saltan los pajarillos gorjeando,
 Mientras en la ciudad las golondrinas
 Despiertan al que duerme soñoliento.
 Ya los celajes cándidos y nácares
 Por el Oriente anuncian á la aurora,
 Y un reflejo rosado las alturas
 Cubre y de los volcanes la alta cima,
 Cuando un grupo se mira allá á lo lejos
 Que al cerro de San Juan se va acercando:
 Ayudados del óptico instrumento,
 Se miran del desierto los caballos
 Que al trote van, las crines vagarosas
 Dando al aire rizadas y soberbias.
 Tras ese grupo flota una bandera,
 Que un ginete conduce, precediendo
 Al general en jefe de los galos.
 Cien gallardos ginetes ataviados
 Con decorosos, bellos uniformes,
 Cercan al general. Al acercarse
 Y pasar por aquellos campamentos
 Suenan estrepitosos los clarines
 Y marcha baten, y el pendón de Francia
 Tremolan, mientras se iza la bandera
 En la tienda del jefe. Desde luego
 Con rapidez trabajan por doquiera:
 Ya en la falda del cerro, hacia el Oriente,
 Están las baterías; los morteros
 Sus bocas tenebrosas dirigiendo

A la ciudad, anúncianle la muerte,
 Desolación y fuego formidables.
 Ya se prepara el horroroso asalto,
 Ya se disponen los esfuerzos todos
 Del soldado que en cien y cien batallas
 Del Africa quemada, vencedora
 Ostentó su magnífica bandera;
 De Argel el asesino está ya listo.....
 Y en tanto Ortega la ciudad recorre;
 Orestes otra vez, á los soldados
 Palabras de entusiasmo les dirige,
 Y así les habla con ardiente acento:

“ ¡ Hijos de Zaragoza esclarecidos !
 “ El esclavo imperial, Forey, el héroe
 “ De veinticinco triunfos, nos contempla
 “ Y aun el freno detiene á su caballo,
 “ Y vacila, y no acierta, y no se atreve
 “ Sus glorias á exhumar de Guadalupe !
 “ Recuerda á Laurencez, ve cómo ondea
 “ El pabellón del pueblo mexicano,
 “ Y al ver que cubre con su augusta sombra
 “ De Zaragoza la ciudad triunfante,
 “ Se espanta, y despechado, mil ideas
 “ Siente por su obstinado pensamiento.
 “ Acumula elementos formidables,
 “ Pretende, aunque se espanten las naciones
 “ Más bárbaras del orbe, dar ejemplo
 “ De estúpida maldad, de horrendo crimen,
 “ Y ha decretado en su brutal encono
 “ Que corra sangre, aunque con ella ahoguen
 “ Las glorias de la Francia de otros días !
 “ Mas no importa, guerreros del Oriente;
 “ Del imperio los pérfidos esclavos

"No hollarán á la invicta Zaragoza,
 "Antes que con su sangre hayan marcado
 "El camino fatal de su deshonra.
 "Muramos ó vengamos! Rusia un día
 "Con sangre señaló la senda estrecha
 "A Napoleón el Grande, y al pasarla
 "Desde lejos miró que Santa Elena
 "En medio de los mares africanos
 "Se arrullaba al estruendo de las olas
 "Para esperarle en medio de sus rocas,
 "Con su honda sepultura. Zaragoza
 "También espera en sus altivos muros
 "Mirar correr la sangre de los francos
 "Para decirle á Napoleón Tercero
 "Que para el despotismo de su raza,
 "Hay un astro fatal que brilla en Mayo!"
 Dijo, y siguió llevando por doquiera
 Palabras de esperanza y de consuelo.

Ortega, en tanto, sin cesar recorre
 Todos los campamentos, y visita
 Todos los hospitales, donde alivia
 A los valientes héroes que se agobian
 Al peso de sus bárbaros dolores:
 A unos dándoles ánimo constante,
 A otros dándoles oro, socorriéndolos;
 Y á los más distinguidos les coloca
 En el pecho que hirió la fiera bala
 Las cruces del honor y de la gloria,
 A todos estrechando cariñoso.
 La mañana apacible transcurría,
 Cuando de un hospital iba saliendo
 Ortega con el alma traspasada
 De pena y de dolor, porque sufrían

Los queridos soldados de su patria;
 Pero también de gloria conmovido
 Porque ni una palabra, ni un acento
 Oyó de aquellos labios que exhalaban,
 Ni queja débil, ni fatal reproche;
 Y más bien escuchó de aquellos héroes
 Palabras de entusiasmo y de esperanza.

Meditabundo y con afán, doquiera
 En grandes pensamientos se perdía
 Su alma mirando al porvenir grandioso,
 Cuando una mujer bella le detiene
 El paso con amables ademanes.
 Era una mujer de ardientes ojos,
 De mirada de fuego y voz sonora,
 Talle elevado y formas delicadas,
 Que en medio de dos jóvenes venia,
 Y al saludarle con modestia, dijo:

"Invicto general, cuando mi patria
 "Del invasor sajón se vió ofendida,
 "Luchando con heroica bizarría
 "Allá de Churubusco en las murallas,
 "Mi esposo sucumbió, de gloria lleno!
 "Estos dos hijos que miráis, apenas
 "En la cuna tranquila se arrullaban,
 "Mientras que yo vertí glorioso llanto
 "Sobre la frente del que fué su padre,
 "Y al sepulcro tranquila le conduje;
 "Porque murió por defender su patria,
 "Cumpliendo del patriota los deberes.
 "Los hombres que después la sangre hollaron
 "De esos ilustres mártires, y el oro
 "Recibieron que el precio les pagara

"El invasor por una paz inicua,
 "Y el poder asaltaron, ni un recuerdo,
 "Ni una sola memoria, ni siquiera
 "El nombre de aquel hombre conservaron,
 "Ni un consuelo le dieron á su viuda,
 "Ni un pedazo de pan para sus hijos.
 "Pero yo con mis lágrimas amargas
 "Mojaba el pobre pan del infortunio,
 "Que el sudor de mi frente conseguía
 "Para que estos dos hijos no murieran
 "Y conservar pudieran aquel nombre,
 "Y ser un día mexicanos dignos
 "Del padre tierno que les dió la vida.
 "Ya los veis; de la patria los deberes
 "Sagrados á cumplir les he enseñado,
 "Porque soy mexicana, y les recuerdo
 "Que por su patria sucumbió su padre.
 "Hoy que he escuchado el eco tremebundo
 "Del cañón extranjero, el pecho mío
 "Ha palpitado de dolor y angustia,
 "Y sin otros recursos que mis hijos,
 "El único tesoro que poseo
 "En medio de las penas de este mundo,
 "Les he dicho el peligro de su patria,
 "Y al recordar la gloria de su padre,
 "Ellos contentos á morir se ofrecen
 "Por defender de México la honra,
 "Su libertad é independencia santas.
 "Ellos me aman como yo les amo,
 "Pero ante Dios la patria es lo primero:
 "Aquí están, general, fieles soldados,
 "Luchar anhelan, defendiendo el suelo
 "Que los miró nacer, para que un día
 "La patria agradecida los recuerde.

"Agripina es mi nombre, y yo he nacido
 "De Anáhuac en las fértiles riberas."

El llanto que sus ojos derramaban,
 La expresión de su voz y su semblante,
 Un aspecto le daban de heroína;
 Y el mismo Ortega detener no pudo
 En sus ojos dos lágrimas ardientes.
 Los jóvenes, ardiendo de entusiasmo,
 Pero también de gloria conmovidos,
 Ahogaban su voz en la garganta
 Y enjugaban su llanto de ventura.
 Ortega, al fin haciendo un gran esfuerzo,
 Así le dijo á la sublime viuda:

"Heroína inmortal, desde este instante,
 "Ellos serán mis hijos cariñosos,
 "No me abandonarán en el combate;
 "Dios los protegerá porque defienden
 "La justicia de Dios y de su pueblo,
 "Los sagrados derechos de los hombres,
 "Y la soberanía de las naciones.
 "Y vos, tranquila estad, los hombres que hora
 "Defienden á su patria, y sus destinos
 "Rigen en pro del pueblo, no se olvidan
 "De los que saben derramar su sangre,
 "Ni de aquellos sublimes sacrificios
 "Como el que estáis haciendo, mujer fuerte:
 "Agripina, de México en la historia
 "Jamás se borrará vuestra memoria."

Dijo, y volvió á enjugarse las mejillas,
 En tanto que los jóvenes heroicos
 Ante la madre de rodillas caen

Y, deteniendo el llanto de sus ojos,
Así exclamaron con acento fuerte:

“Madre adorada, tu sublime ejemplo
“Nos guiará en los campos de batalla:
“Tu bendición nos cubrirá: en tu nombre
“Invocamos de Dios las bendiciones.”

Agripina llorando los bendice,
Un beso imprime en sus altivas frentes,
Y gloriosa, de Ortega despidiéndose,
Dejó aquel sitio y se alejó llorando.

El general en jefe, conmovido
Y con la fe de la inmortal victoria,
Doquier que acude, á los gemelos lleva.
Ya en torno á la ciudad los movimientos
Se perciben del pérfido enemigo:
Doquiera silba la tronante bala,
Y el estallido de la bomba horrible
El terror difundiendo, se percibe.
Así quieren los fieros sitiadores
Amedrentar el corazón azteca.

Los dos hermanos, de entusiasmo llenos,
Mientras momentos de descanso tienen,
Así animosos con amor se expresan:
Rompe el silencio Arnaldo y á Reynaldo
Le dice lleno de cariño santo:

“Cuando sucumba de la bala al golpe,
“Hermano, no te olvides de arrancarme
“Esta medalla que en mi cuello pende.
“Es de Amelia el retrato. Y aunque lejos
“Está, con mis recuerdos se la envías.”

Le responde Reynaldo: “Hermano mío,
“¿Por qué presentimientos tan extraños
“Llenan tu corazón? ¿Ya no conservas
“La pura fe inmortal de la victoria?
“¿Qué el sublime y heroico sacrificio
“De nuestra madre idolatrada, hermano,
“No tendrá recompensa allá en el cielo?”

Exclama Arnaldo: “Ignoro los arcanos
“De ese Dios que se llama providente:
“Los hechos sólo de la tierra veo!
“Desde la cuna, hermano, nos persigue
“El infortunio, y creo que la tumba
“Es el único asilo del descanso.
“Yo he visto á la virtud cruzando el mundo,
“Desde que nace, con dolientes ojos,
“Con la frente inclinada por el duelo,
“Hundida en la miseria, aunque doquiera
“Haga esfuerzos sublimes de heroísmo.
“¿Dó está esa Providencia que á esos seres
“No les manda ni un rayo de esperanza?
“Nacimos, y al nacer, apenas vimos
“La pura luz del refulgente día,
“Cuando guiados por la fe del alma,
“Por cumplir un deber irresistible,
“Nuestro querido padre dejó el mundo;
“Y este hombre que en el tiempo de su vida
“Sólo la voz de la virtud siguió,
“Sólo encontró descanso en el sepulcro.....!
“¿Y quién sabe su nombre? ¿Ni un recuerdo
“Conserva el mundo de su heroica muerte!
“Sólo del corazón en los secretos
“Nosotros conservamos su memoria.”

Reynaldo replicó: "Yo en él confío,
 "Y en las lágrimas bellas de mi madre.
 "Hora sólo nos resta, hermano amado,
 "De la patria cumplir con los deberes
 "Que al nacer nos impuso, y la memoria
 "Cubrir de nuestro padre con la gloria,
 "Y con ella cubrir nuestro sepulcro,
 "Sí, con ella cubrir la tumba helada
 "Que guarde nuestras gélidas cenizas:
 "Presto, muy presto, hermano, con tu llanto
 "La tierra mojarás de mi sepulcro."

Salió Ortega, y dejaron los hermanos
 Sus tristes y sombríos pensamientos,
 Porque siguieron al valiente jefe
 Que ya el asalto formidable espera.
 La tarde va acercándose, y se miran
 En todas partes fuera de los muros
 Aumentar del francés los movimientos.
 En todas direcciones, carros, trenes,
 Se ven pasar con rapidez activa,
 Al Sur y al Norte. Del Oriente vienen
 Columnas de vistosa infantería,
 Y más artillería, y más briosos
 Y ordenados y fuertes escuadrones.

Los redobles se escuchan de las cajas,
 Oyénse resonando los clarines,
 Y del San Juan en el tendido cerro
 Se miran colocar sobre la falda
 De blanca lona las ligeras tiendas.
 En su brioso corcel, acompañado
 De todos sus guerreros ayudantes
 Que caballos magníficos sujetan,

Recorre Ortega la campiña hermosa
 Que por el Sur sus céspedes extiende;
 Allí Ghilardi y Alatorre anuncian
 Al general, que anima en los soldados
 El fuego de una gloria tan brillante,
 Que muchas veces detener no puede
 Su impulso luchador y felicoso.

Ortega los aplaude, y entre vivas
 Y gritos de entusiasmo se despide,
 Y sigue recorriendo los baluartes
 De la línea que pronto al enemigo
 Le mostrarán de México el arroyo.
 De Teotimehuacán en los jardines
 Un grito solo, unánime se escucha,
 Del general el entusiasta acento.
 Patoni allí á sus dignos compañeros
 Elogia con justicia verdadera,
 Mientras los vivas de entusiasta júbilo
 Hacen flotar con gala y gallardía
 El majestuoso pabellón de Iguala,
 Que parece en los aires la bandera
 Que el valor de los galos desafía,
 Al recordar de Zaragoza el nombre.

Mas allá, por Oriente, los tostados
 Hijos de las montañas de Guerrero,
 Y Alvarez, vieron el fulgor del día;
 De Pinzón á la voz también ofrecen
 No desmentir del Sur la nombradía,
 Y á la vista de Ortega, vitorean
 De Calpulalpam las brillantes glorias.

Ortega observa que la plaza lista,

Dispuesta se halla siempre á los combates,
 Retrocede otra vez, y atravesando
 De uno á otro punto la ciudad triunfante,
 Se acerca á San Javier, entre los cantos
 Marciales del soldado impetuoso.
 Llega á Santa Ana, do Antillón vigila,
 También, á los soldados animando.
 Luego al galope del fogoso potro
 Que rápido atraviesa las campiñas,
 Se dirige á la cumbre de Loreto,
 De donde observa el campo de Occidente
 Que se agita veloz por todas partes,
 Para asaltar de Puebla las murallas.
 Sigue de Guadalupe á la colina
 Cuando el redoble del tambor anuncia
 Que ya la tarde rápida se avanza.
 En todas partes el valor, la gloria,
 Y el entusiasmo en el soldado brillan,
 En todas partes á luchar se aprestan,
 Y al estallido del cañón terrible
 El eco de mil vivas le responde.
 Y mientras que su frente luminosa
 Escondiendo va el sol tras las montañas,
 Desciende el general de las colinas
 Y sereno las calles atraviesa,
 Mientras la bala destructora silba
 Que el enemigo en intervalos lanza;
 Pero impasible, impávido, al palacio
 Se dirige tranquilo, imperturbable.
 Entretanto las sombras de la noche
 Comienzan á extenderse lentamente
 Por la extensión inmensa de los cielos,
 Y las nubes que cubren las alturas

Parecen presagiar lluviosa noche.
 El general en jefe del Oriente,
 Luego que ya la noche se avecina,
 Infatigable vuelve á la campaña
 Al escuchar por el lejano Ocaso
 El eco de tenaz fusilería.

Es que del campamento de Occidente
 Se destacan, al ver venir la noche,
 Invasoras guerrillas que protegen
 Al zapador francés, cuyos trabajos
 Organizando vienen el asedio.

Mas nuestras avanzadas, que los miran,
 Les interrumpen por doquier las obras,
 Trabando cien combates pasajeros
 Que al invasor rechazan á Occidente.

Arnaldo con Reynaldo, al afanoso
 General acompañan por doquiera;
 Arnaldo, meditando en los secretos
 Presentimientos que en su mente viven,
 No teme ni el fragor de las batallas,
 Ni el incendio terrible, ni la muerte,
 Sólo dejar su madre abandonada
 Sin abrigo y sin pan. Reynaldo, sólo
 Observa de su hermano la tristeza,
 Pero ambos, llenos de valor, su arrojo
 Ostentan por doquier en la batalla.
 Valientes, en los campos los primeros
 Se adelantan ansiando que una hora
 Llegue en que demostrar su bizarría
 Muriendo de la patria en la defensa.

La madre, llena de entusiasmo santo,
 Hilas y vendas, y alimentos busca,
 Recorriendo las plazas, los palacios,
 Las casas opulentas, y doquiera
 La caridad para el valiente excita,
 Recogiendo afanosa los auxilios
 Que el poderoso para el pobre presta.

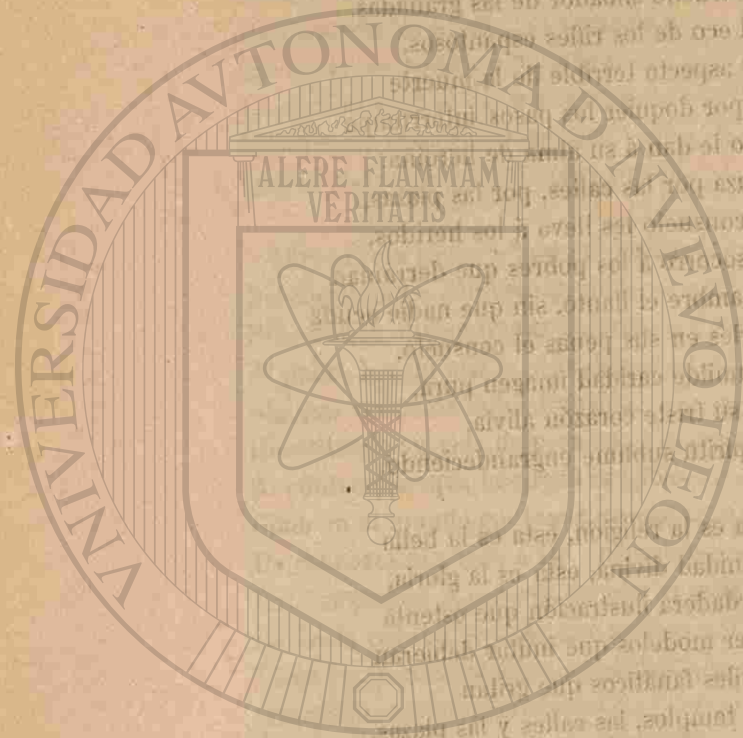
Otras veces se mira junto al lecho
 Del moribundo, con afán prolijo,
 Procurando aliviar en sus dolores
 Al pobre herido que la vida deja.
 Algunas veces, de dolor transida,
 Recordando su vida de pesares,
 Al contemplar que la virtud tan sólo
 Gime en el mundo sin tener un día
 De consuelo ni alivio, á Dios demanda
 Por compasión la muerte, en que se goza
 La única paz del corazón que sufre.
 Otras veces recuerda que su abrigo
 Necesitan sus hijos amorosos,
 Y á Dios pide prolongue su existencia
 Y que consuele sus amargos días,
 Y que la paz le dé sólo un momento
 Ya que desdeque nació le dió la pena:
 Pero jamás inculpa en sus tormentos
 Esa de Dios misericordia santa,
 Que proclaman los hombres en la tierra,
 Mientras más sufren el pesado yugo
 De ese destino ciego que nos liga
 A vivir una vida de dolores.

Santa, noble mujer, que el mundo imbécil
 No conoció, y tal vez, jamás un día
 Siquiera le dará la recompensa!

Así pasa la vida, y ni las bombas,
 Ni el trueno silbador de las granadas,
 Ni el eco de los rifles espantosos,
 Ni el aspecto terrible de la muerte
 Que por doquier los pasos interrumpe
 Miedo le dan á su alma de heroína.
 Y cruza por las calles, por las plazas,
 Y el consuelo les lleva á los heridos,
 Y el socorro á los pobres que derraman
 Del hambre el llanto, sin que nadie acuda
 A darles en sus penas el consuelo,
 De humilde caridad imagen pura,
 Así á su triste corazón alivia,
 Su espíritu sublime engrandeciendo.

Esta es la religión, esta es la bella
 Humanidad divina, esta es la gloria,
 La verdadera ilustración que ostenta
 Doquier modelos que imitar debieran
 Esos viles fanáticos que gritan
 En los templos, las calles y las plazas,
 Que son de Dios intérpretes, y sólo
 En la molición y esplendor se arrullan
 Recibiendo las viles ovaciones
 Con que la adulación ciega el orgullo.

Así Agripina la existencia pasa
 Mientras el arma matadora truena,
 Mientras sus hijos á su patria ofrecen
 Los lauros de la gloria inmarcesibles.




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con rapidez por el profundo espacio
En el rumor del agua en el silencio
Del céfiro suave, allí le atañes
A leer algo que tan sólo él sabe

En tu ambiente soledad el mundo
Talla de religión y de poesía
Y en tu augusto silencio halla el guerrero
También revelaciones profundas

CANTO QUINTO.

 **ALVE**, noche apacible y silenciosa!
En tu quietud que á descansar convida,
Halla el mortal que á meditar se entrega
Dulce tranquilidad, si anhela sólo
La gloria conseguir! Entre tus sombras
También el criminal abrigo busca!
Pero aunque tú le ocultes su conciencia
Al sentir las tinieblas silenciosas,
Tormentos sufre y el consuelo le huye,
Y viene á acompañarle horrible insomnio.

Tú al poeta le enseñas en los vagos
Rumores que se cruzan en el valle,
En las nubes que vuelan taciturnas,
En las augustas sombras de los bosques,
En el aroma de la flor que exhala
En tu sombra el azahar de sus perfumes,
A encontrar un hermoso sentimiento
Que él tan sólo comprende. En las estrellas,
En los planetas y los astros todos
Que tachonan la bóveda celeste,
En los celajes que la luna velan,
En el iris hermoso, en el silencio,
En las exhalaciones que atraviesan

Con rapidez por el profundo espacio,
En el rumor del agua, en el susurro
Del céfiro suave, allí le enseñas
A leer algo que tan sólo él sabe.

En tu sublime soledad el alma
Halla de religión dulces encantos,
Y en tu augusto silencio halla el guerrero
También revelaciones portentosas.
Por eso en tu silencio tenebroso,
Mientras el eco del cañón retumba
Esparciendo la muerte y el espanto
En torno de la invicta Zaragoza,
Hay quien alivio á sus pesares busque,
Hay quien anhele conseguir la gloria
Y quien proyectos de ambición formule.

Han pasado ocho noches, y las fuerzas
Del invasor, ni avanzan, ni arremeten
Con su tan decantada bizarría
A la heroica ciudad de Zaragoza.

Cerca de media noche, allá en las torres
Reflejaban dos luces de Bengala
Que anuncian como un faro que allí alerta
Están los mexicanos defensores.
Bajo la altiva bóveda cumpliendo
Están con su consigna dos amigos
Que como hermanos se aman; silencioso
El uno, está escribiendo á los dudosos
Resplandores fugaces de una lámpara
Y reflexivo el otro desde lejos,
Contempla entre las sombras la campaña.

Obscura está la noche, y de continuo
Se perciben los rápidos disparos
Del rifle matador, y muchas veces
Cruzan junto á las torres colosales
Las mugidoras bombas, espantosas,
Haciendo retemblar el edificio.

El que escribe es Dalmiro, que obedece
Una orden superior, y el que medita
Es Filópatro: mira el campamento
Viendo del enemigo la impotencia;
Mas de doscientas horas han pasado
Desde que el galo sus reales puso
Y próximo el ataque se presiente.

Súbitamente estrépitoso estruendo
Que hizo las torres retemblar, se escucha,
Un brillo serpentea, cual relámpago;
Pasó un momento, y súbito se mira
Siniestra claridad, que iluminando
De Puebla las alturas, una imagen
Presentó de dolor y de pavor.
Era un incendio, la abrasante bomba
Estalló en una casa; los amigos
Se miran un momento, palidecen:
Dalmiro está cumpliendo una consigna,
Filópatro está libre; ambos quisieran
Acudir, mas no puede su deseo.

Filópatro, más rápido que el viento
Baja las espirales escaleras
De la torre más alta, y sin descanso
Corre, llegando al sitio que se abrasa.
Un momento se para jadeante;

De agua las bombas aún no llegan; mira
 Que la casa que el fuego devoraba
 Es la que ocupa de su vida el ángel,
 La encantadora Amira..... y menos rápido
 Fué en conocer la casa que en lanzarse
 Casi sobre las llamas: aún el fuego
 Libre dejaba parte de las piezas,
 Mas ya en el patio el fuego se miraba.

No vacila Filópatro, atraviesa,
 Sube las escaleras que ya humean
 Y recorre los largos corredores
 Que rechinan..... Un grito se percibe
 En la calle al mirarlo que atraviesa.

Han visto desprenderse de la altura
 El artesón, y piensan que le arrastra.....
 A poco se distingue, á los reflejos
 De la violenta llama..... de repente
 Pasa otra vez el corredor, conduce
 En sus brazos un bulto, y se oye un grito:
 "¡ Gloria á la Providencia, se han salvado!"

Depositó en la calle á la doncella
 Que llevaran sus brazos amorosos,
 Y se vuelve á arrojar. La misma escena
 Se repite, mas vuelve conduciendo
 De la mano á un anciano y á una anciana.

Apenas de las llamas se hallan libres,
 Y apenas ya los zapadores suben
 A derribar el artesón; se escucha
 Un estrépito sordo..... es que se hunde
 De aquella casa el áureo artesonado!
 ; Y se levanta amenazando al cielo

En espiral la llama abrasadora!
 Por el humo y el polvo ennegrecido
 Apenas respirar puede Filópatro.

En tanto que el incendio se cortaba
 Por los bomberos, llegan dos hermanas
 De caridad, dos ángeles, dos hijas
 De Paul, que luego que la luz miraron,
 A prestar acudieron sus auxilios
 A una casa cercana; cariñosas
 A Amira condujeron sin sentido,
 Que delirando en su pesado sueño
 Tal vez se figuraba entre las llamas.

Al mismo tiempo sus consuelos llevan
 A los ancianos que en su pena horrible,
 No pueden ni llorar en su tormento,
 Ni lanzar de su pecho los suspiros.

Estas dos cariñosas criaturas
 Son la apacible é inocente Elena
 Y la cándida y púdica Lucila.

Ya derrumbaban los terrados fuertes
 Los zapadores, y aún allí Filópatro,
 En medio á los escombros, recorría
 Buscando algunas víctimas: ninguna
 Más se encontró, del fuego en las ruinas.

El bárbaro enemigo en sus designios
 Tal vez creía que el terror cundiendo,
 Con el temor terrible del incendio
 Del azteca el valor desmayaría,
 Al ver que sus terribles proyectiles

En su insolente rabia producían
 Muerte y desolación. El mexicano
 Todo tiene previsto: á las dos horas
 El fuego se extinguió, mientras la plaza
 Refuerza por doquier sus fortalezas,
 Para evitar un traicionero asalto.

En tanto, ya la noche nebulosa
 A despejarse comenzó, y la brisa
 Fresca anunciaba que veloz venía
 El transparente albor de la mañana.
 Volvió en tanto Filópatro al asilo
 Do alojamiento cariñoso hallaron
 Del fuego aquellas víctimas humildes
 De la francesa ilustración. Amira
 Estaba reposada; los ancianos
 Sus padres, á su lado derramaban
 Llanto de gratitud al verse libres,
 Pero también de pena al verse un día
 Sin hogar, sin fortuna, por el crimen
 De ser hijos de México, y tan sólo
 Porque en su orgullo insano así le agrada

Al déspota señor de los franceses,
 El Brahama de Paris, de Francia culta!

No pudo ver Filópatro esa escena
 De aquel cuadro de llanto y de dolores,
 Y enjugando una lágrima doliente,
 Salió de aquella estancia conmovido:
 A la torre volvió donde cumplía
 Dalmiro su consigna, y agitado
 Anhelaba saber tantas desgracias,
 Y así afanoso dijole á su amigo:

“Filópatro, refiéreme, te ruego,
 “Qué ha pasado en la casa de tu Amira
 “En la que aún se alzan densas humaredas.”

“Ya todo terminó, las tristes víctimas
 “Del incendio están libres; he cumplido.
 “Con mi deber, Dalmiro; tu Lucila,
 “La bella Elena y los amantes padres
 “De Amira, la consuelan, y le prestan
 “En este instante auxilios de ternura:
 “Su fortuna en una hora, amigo mío,
 “Ha desaparecido entre las llamas.
 “Nada importa: que vivan y se salven,
 “Que Dios ayudará nuestros esfuerzos.”

Y ambos, llenos de ira, maldecían
 La ilustración del fuego y de la sangre
 Una y mil veces más, y prometiendo
 Luchar sin tregua, á muerte, para siempre,
 Contra los invasores de la Europa.

“Dalmiro, yo te juro, hermano mío,
 Filópatro le dijo, “que si el cielo
 “Mi existencia conserva, mientras viva
 “He de ser enemigo de esa Francia
 “Bárbara, que se llama nación grande.
 “Yo muy bien sé, Dalmiro, que se acerca
 “El asalto terrible; me lo indican
 “Esos diarios ataques que miramos
 “En torno á la ciudad Zaragozaana.
 “Tal vez mañana el poderoso empuje
 “Resistiremos del francés osado;
 “Plegue á Dios que se acerque ese momento!
 “Que venga el vencedor de las naciones;

" El mexicano le abrirá la tumba.
 " Yo bien sé que ese espléndido estandarte
 " Es la bandera que venció en el Cairo
 " Cuando el corzo atrevido los desiertos
 " Paso de los Faraones espantados:
 " Esa misma bandera victoriosa
 " Reflejó sus magníficos colores
 " En las siete espumosas cataratas
 " Del misterioso Nilo caudaloso,
 " Cuando cual sierpe de cristal y plata
 " Riegan sus siete bocas el desierto,
 " Antes de humedecer las Chípreas costas.
 " Yo bien sé que esa nítida bandera
 " Es aquella bandera poderosa
 " Que traspuso los Alpes gigantescos,
 " Y al descender á las floridas vegas
 " De la preciosa Italia, temblar hizo
 " Los pendones guerreros de Cartago
 " En que el caballo púnico ondeaba;
 " Que en Sagunto la heroica, ennegreciera
 " El humo del incendio, y vino luego
 " A ser trofeo del inclito romano
 " Adornando el soberbio Capitolio,
 " Yo sé que de la Italia encantadora
 " Al hollar los franceses las campiñas,
 " En la Ciudad Eterna resonaron
 " De pavor las inmensas catacumbas;
 " Temblaron las estatuas de los dioses,
 " Y aun la sombra de Rómulo espantada
 " Salió de su sepulcro, y del Tesiano
 " Y del lago inmortal de Trasimeno
 " Se oyeron mil gemidos que decían:
 " ¡Sombra de Aníbal, á tu Italia acude!"
 " De César y Pompeyo retemblaron

" Las tumbas inmortales, y aun la sombra
 " De Nerón se cernió sobre del Circo.
 " Esa bandera tricolor un día
 " Al cruzar el Egipto, temblar hizo
 " Las tumbas de mil reyes; y las momias
 " Que hace cincuenta siglos allí duermen
 " De eternidad el sueño, contemplaron
 " Espantadas al hombre que turbaba
 " El reposo de Apio y de Sesostris,
 " Rey de Reyes, Señor de los Señores.
 " Al ondear la tricolor bandera,
 " Yo sé que victorioso los desiertos
 " Pasó, al ennegrecerse con la arena
 " Que el simoun abrasado alza en montañas.
 " Yo sé que allá en el Dahara esa bandera
 " De civilización al nombre santo
 " Se empapó con la sangre de mil víctimas;
 " Y que de Argel en los infieles templos
 " Triunfante tremoló, mientras gemían
 " Millares de familias desoladas.
 " Pero también recuerdo, mi Dalmiro,
 " Que allí en esa colina veneranda
 " Al escuchar de Zaragoza el nombre
 " Los grandes vencedores de la tierra
 " Temblaron á los pies del mexicano;
 " Y que el pendón de Napoleón Tercero
 " Rasgamos con denuedo y bizarría:
 " Y que en señal en él, de abatimiento,
 " De nuestros belicosos escuadrones
 " Sus cascos estamparon los caballos.
 " Que asalten, pues, Dalmiro, las murallas,
 " Que vengan á ilustrarnos con el fuego,
 " Con la matanza y vil carnicería,
 " Y la traición y el dolo: que nosotros

“Humillarlos sabremos. Ya han besado
 “El polvo que pisaban nuestras plantas.”

Sí, Filópatro, hermano, que difundan
 El espanto doquier sus baterías.

Ya la gloria inmortal de Zaragoza
 Es como el mundo, eterna; sin mancha

Ha de pasar á la futura gente;
 Jamás puede borrarse de la historia.

Y aunque pasen sus fuertes batallones
 Sobre nuestros cadáveres sangrientos,

Y aunque á escombros reduzcan las ciudades,
 Y aunque México toda se destruya,

Siempre el mundo dirá al tiempo futuro
 Que al francés humilló México libre,

Porque arrancarle cauteloso quiso
 Su libertad y santa independencia:

Y aunque muera, pondrá sobre su tumba
 Este lema inmortal el tiempo eterno:

“Murió, pero invencible, y en la historia
 Ni hombre ni Dios empañarán su gloria.”

Entretanto, el crepúsculo empezaba
 A despejar el límpido horizonte

Que anunciaba en su clara transparencia
 La luz rosada de la limpia aurora.

Antes que brille el sol en las nevadas
 Cumbres de los altísimos volcanes,

Se estrechan los amigos, se despiden,
 Derramando una lágrima gloriosa;

Y recordando que juraron guerra,
 Guerra sin tregua al franco y á su stirpe,

¡Adiós! dijo Dalmiro conmovido,

Y ¡adiós! dijo Filópatro llorando:

Y se fueron los dos. Por las montañas

Comienzan los celajes azulinos

A distinguirse en el lejano Oriente,

Y al Sur y al Occidente; á Oriente y Norte,

En toda la extensión del campamento

Se ve del enemigo el movimiento.

Se ven mover los trenes, las columnas,

Dirigirse al San Juan, y allá en la cima

La bandera francesa se enarbola;

Señal de que Forey sienta sus reales.

Brilla el sol en Oriente, y el estruendo

Horrible de las bombas que descienden

A la ciudad, anuncia que el despecho

Guía á esos hombres que llegar no pueden

A ser dueños del campo de Occidente.

Arrojan con vigor á sus columnas,

Y con vigor las nuestras las resisten

Contestando á sus fuegos nuestros fuegos.

No bien resuenan las guerreras dianas

En la plaza, retiemblan las campiñas

Y en su base retiemblan las montañas,

Y aun los templos grandiosos, los palacios

Al eco prolongado se estremecen.

Truena el mortero sitiador, y truenan

Treinta y seis bocas de bruñido bronce

Que estallan formidables en un tiempo,

Y treinta y seis columnas se levantan

De humo negro, que opacan las alturas,

Y obscurecen el límpido horizonte.

Treinta y seis rayos son que se desploman
Sobre del fuerte San Javier cien veces,
Y cien más, y mil veces se repiten
Los estallidos de la horrenda bala.

Nuestra activa, violenta artillería
Contesta con vigor al enemigo,

El Atoyac sus aguas estremece
Y aun los cedros, los robles corpulentos
De la Malintzi su ramaje inclinan
Al fragor de las fuertes baterías.
Entre el humo que arroja la metralla
Y el rifle, y las granadas, y las bombas,
Se oye el grito guerrero del soldado
Que entusiasta á la patria vitorea,
Y no cesan los rayos de la lucha,
Que sus fuegos envía con estrépito:
Y no cesan los gritos del guerrero,
Mientras cien bocas de rayado bronce
Lanzan por ambas partes el espanto.

El fuerte del Demócrata certero
Diezma los batallones; el de Hidalgo
Y el de Morelos San Javier apoyan,
Y á cada paso el aguerrido zuavo
Huye despavorido y se retira.....

Corren las horas, la mañana avanza,
Y no cesa el estrépito terrible
De la tenaz, potente artillería,
Mientras que entre las nubes de humo negro
Nuestro orgulloso pabellón tremola.

Así como de Estío á los rigores
Al influjo del trópico, las fieras

Terribles tempestades aglomeran
Las densas nubes que la luz opacan,
Y sólo los relámpagos siniestros
Cruzan al rimbombar de la tormenta,
Cuando estalla el fragor del rayo horrendo
Y cruzando los montes y los valles,
Parece que temblar hace á la tierra;
Así se oyen los ecos espantosos
De la violenta artillería; oscuros
Se ven los horizontes con las nubes
Del fuego matador, que como el rayo
Derriba árboles, torres, cuanto encuentra
A su paso la bala silbadora.

En tanto allá entre el humo y entre el polvo,
Se ven de San Javier sobre los muros
Del Norte los heroicos legionarios,
Que espantan con sus tiros tan certeros
De Africa á los valientes cazadores.
Y los hijos también de Guanajuato
Serenos hacen estallar sus rifles.

Súbito con arrojo impetuoso
Se avanzan las columnas enemigas;
Auza las ve, y al grito de la guerra,
Salta la rambla, el muro, salta el foso,
Y sus soldados con soberbio empuje
Desalojan al franco despechado:
Cambia su movimiento al sud-oeste,
Llega veloz queriendo sorprendernos,
Mientras también por Occidente carga;
Pero veloz el hijo de Morelia,
Y el soldado también guanajuatense,
Cual muralla de acero se interponen,

Y el vencedor de Argel atrás se vuelve
 En medio del estruendo formidable
 De cien cañones que la muerte envían.

Sobre la miés tendidos, centenares
 Se ven de suavos, el clamor se escucha
 De mil que lanzan el postrer suspiro.

Más de seis horas de combate pasan,
 Y la tarde camina presurosa,
 Y las terribles bombas una á una,
 Como cadena colosal, se miran
 Sin cortarse en la altura, descendiendo
 Aquí y allí, por la ciudad invicta.

No cesa en tanto el horroroso estrago
 En toda la extensión del Occidente,
 Ni cesan los valientes defensores
 De escarmentar al invasor artero.

Súbitamente el fuego se percibe
 Al Sur de la ciudad, mas de Durango
 Los hijos allí acuden y, valientes,
 De Agua Azul en el franco campamento
 Hacen morder la tierra al enemigo,
 Y huir á los zuavos espantados,
 Que en su fuga violenta, hasta abandonan
 Armas y parque, heridos y cadáveres.

Llegan las sombras de la triste noche
 Y el humo del combate se confunde
 Con las nieblas nocturnas, que descienden
 Llenando la extensión del hemisferio.

En medio de esas sombras tenebrosas,
 Sólo como relámpagos destellan
 Del cañón fragoroso los reflejos.

No cesa el entusiasmo del azteca,
 No cesa el exterminio y la barbarie
 Culta del ilustrado, que afanoso
 Se llama humano y por doquier difunde
 Desolación y espanto, estrago y muerte.

Parece que esa noche tenebrosa
 Las estrellas se ocultan entre nubes
 Por no mirar la muerte que se cierne
 Tendiendo por doquier sus negras alas,
 Sin que por eso la ciudad heroica
 Desmaye en su vigor inacabable.

La obscuridad se extiende; allí en las torres
 No brillan esas luces de Bengala
 Que anuncian que el soldado mexicano
 Está velando al pérfido enemigo.

Todo es consternación, todo es pavor,
 Espanto y sangre, y muerte. Y mientras pasan
 Las sombras de la noche, junto al ara,
 Al pie de los altares prosternadas
 Dos mujeres se ven, dos querubines
 Que dirigen al Dios de los ejércitos
 Sus férvidas y lánguidas plegarias,
 Porque cesen los bélicos estragos.
 Es uno de esos ángeles, Lucila,
 Es Elena el otro ángel apacible.

Un momento inquietante de silencio

Sucede á la terrible artillería:
 Entretanto, Filópatro angustiado
 Vuelve á la casa de su amante dueño;
 Pero ¡ ah! que allí le espera en su desgracia
 El golpe más cruel del infortunio,
 La terrible noticia que le anuncia
 Que su padre querido en ese instante
 Tal vez exhala su postrer suspiro.
 Presuroso, agitado, junto á Amira
 Quiere ocultar su pena y sus dolores;
 Pero ese ángel de amor, amargo llanto
 Al mirar á Filópatro derrama,
 Al estrechar en sus ebúrneas manos
 Un papel que mojaba con sus lágrimas.
 Filópatro impasible, ni un gemido
 Pudo lanzar, ni lágrimas dolientes
 Pudo verter en su terrible pena
 Que ahogaba su voz en la garganta.....!

De improviso pasó sobre su frente
 Su mano, cual quitándose una nube
 Que velaba sus sienes y sus ojos,
 Y con trémula voz le dijo á Amira:

“Vuelve otra vez á leer esos conceptos
 Que el corazón me rasgan, dolorido,
 Aunque me infunden soberano aliento.”
 Y así Amira, enjugándose las lágrimas
 Que mojaran sus pálidas mejillas,
 Dijo con voz que trémula sonaba,
 Leyendo aquel papel de llanto lleno:

“Voy á morir, Filópatro; tú lejos
 “De mí, tal vez no cerrarás mis ojos,
 “Pero de Dios con los designios santos,

“Hijo del alma, cumple; el extranjero
 “Que hollando está la tierra en que nacimos,
 “Porque el traidor perverso le condujo,
 “Quiere romper nuestra inmortal bandera;
 “Quiere en sus sueños de oro, en sus delirios
 “Ser dueño del riquísimo hemisferio
 “Que consesvar no pudo en su torpeza
 “El indomable vencedor del moro!
 “Quiere romper de Hidalgo el estandarte,
 “Quiere romper la espada de Guerrero,
 “Destrozar de Tampico los blasones,
 “De Calpulalpan desgarrar la enseña,
 “Y al hacernos esclavos, con orgullo
 “A tu patria borrar de las naciones!
 “Voy á morir..... pero mi ardiente pecho
 “Aún late por tu amor, hijo querido:
 “La patria está en peligro, no abandones
 “Su victoriosa enseña, si me amas,
 “Y si conservar quieres mi memoria.....
 “No mancilles la espada del patricio,
 “Y tú que has conquistado del poeta
 “De lauro inmarcesible la corona,
 “Conquista del guerrero los laureles,
 “Tu sangre derramando si es posible.....
 “Que quiero el llanto de mis tristes ojos
 “Derramar al saber que en la batalla
 “Has muerto defendiendo tu bandera,
 “Antes que verte el látigo sufriendo
 “Del invasor que conquistarnos quiere!
 “Mas ya no te veré, pocos instantes
 “Me quedan de existencia, hijo querido.....
 “Ya no veré tu frente victoriosa.....
 “Ya no veré á la gloria coronarte.....
 “Al entonar tus cánticos guerreros!

"De tu patria querida, hijo del alma,
 "Conquistarás inmarcesibles lauros,
 "Y tu fama inmortal que el orbe llena
 "Hará eterna en tu nombre, mi memoria!
 "Hijo, yo te bendigo.....!" Y fatigada
 Amira el llanto del dolor vertía.
 Se repuso un momento y así dijo:
 "Hijo, yo te bendigo..... de este mundo
 "Al salir, con mi pecho consolado,
 "Al mirar ya las puertas celestiales.
 "Cumple con tu deber..... Dios sea testigo
 "De que al mojar tu espada con tu llanto
 "Firme estarás al pie de la muralla,
 "Y si no vienes á cerrar mis ojos,
 "Porque enmedio al fragor de la contienda
 "Defiendes de tu patria los blasones.
 "Y acaso ni mi tumba solitaria
 "Podrás venir á coronar de flores,
 "Porque mueras glorioso en Zaragoza
 "Con el francés luchando y los traidores.
 "Pero en la eternidad, hijo del alma,
 "Al estrecharnos con amante abrazo,
 "Dios te dará de la virtud la palma.....!"

Dijo Amira, y en lágrimas bañada
 Besó la frente de su tierno amante.

Silencioso Filópatro, un momento
 Quedóse mudo, y prorrumpiendo luego
 Con voz clara, mas pálido el semblante,
 Así dijo oprimiéndose su pecho:
 Cumpláse así de Dios el hondo arcano;
 Ahogo en mi pecho mi dolor inmenso,
 Porque si adoro, padre, tu memoria,

Es porque, como tú, soy mexicano,
 Y quiero, porque te amo, darle gloria,
 "Si ya murió mi padre, bella Amira,
 "Tú eres sólo el tesoro de mi alma;
 "Voy á luchar; anúnciase terrible,
 "Al romperse la aurora, la batalla.
 "¿Qué espero en este mundo? ; Adiós, hermosa!
 "Conserva de mi padre ese retrato
 "Junto con el papel de mi infortunio!
 "Guarda con él la imagen de tu amante,
 "Que si muero en la lid, tus oraciones
 "Abriránme las puertas de los cielos.....!
 Y sin lanzar un eco ni un gemido,
 Sin verter una lágrima siquiera,
 Dió un abrazo á su amada, y partió luego.

Quedóse Amira exánime, en su llanto
 Ahogándose y orando silenciosa,
 Delante de la imagen de María.
 Filópatro llegaba al campamento
 De San Javier, en busca de su jefe,
 Y el canto de las aves melodiosas
 Comenzaba á escucharse en los ramajes.
 Ya el crepúsculo hermoso, la mañana
 Anunciaba en Oriente. De improviso,
 Se oye un rumor confuso allá á lo lejos,
 Y horrible se percibe el estallido
 De la gigante bomba entre mil truenos
 Que de la tempestad ecos parecen.
 Aún retiemblan las bóvedas del templo:
 El artesón retumba del palacio,
 Y toda la ciudad en su recinto
 Se estremece al fragor de las granadas.....!

Pasan dos horas de terrible angustia,
Y poco á poco cesa el estallido
De esos terribles ecos de la guerra.
En medio del murmullo de mil voces
Que producen cien grupos, apiñados
Mil heridos se miran, mil cadáveres,
Que hacia el asilo del consuelo llevan.

Lucila, Elena, Elodia, Orestes, otros
Personajes acuden auxiliando
A los heridos; por doquier Elena,
Recorre ansiosa con dolientes ojos,
Esos cuerpos helados que un momento
Animados mostraban entusiasmo,
En medio del fragor de la batalla:
Y Lucila también buscaba entre ellos
De Dalmiro la imagen tan querida.

Respiran consoladas un momento,
Pues aunque miran con dolor y pena
A todos los heridos, esos hombres
No son del corazón prendas queridas,
Nada encuentran: y en tanto los cadáveres
Son conducidos al sepulcro, llevan
A los heridos con anhelo santo
Donde la caridad sublime quiere
Alivio darles con su pena heroica.

Súbitamente Elena lanza un grito
Y casi en su sorpresa se desmaya;
Pero acude Lucila y en sus brazos
La apoya y la conduce al blando lecho:
Es que en sangre teñido, moribundo,
A Herlindo conoció, que del combate

Es conducido herido y prisionero,
Como traidor: ¡infortunado joven!
“¿No le viste, Lucila? Elena exclama,
Repuesta ya de su fatal sorpresa:
“¡Es Herlindo! Yo siento en mis mejillas
“La vergüenza, el baldón, porque hubo un día
“Que yo á ese joven le llamé el bien mío!
“Porque tiene una madre infortunada
“Y un padre que le ama con ternura.”
Luego, reflexionando y resignada,
Dijo: “Pero olvidemos las pasiones;
“Aquí en este lugar de la esperanza
“No existen las personas ni los nombres;
“La humanidad, la humanidad que sufre
“Es el único ser que contemplamos.”

Lucila, llena de fervor amante,
Consuelo daba á la afligida Elena,
Y ésta, llena de esfuerzo soberano,
Enjugando sus lágrimas, humilde
Fué á prestar sus auxilios al herido,
Al lado de Lucila que buscaba
Motivo hallar para prestar consuelo.
Ya la entusiasta Elodia preparaba
Las vendas, y las camas, y las hilas,
Y todos los auxilios afanosa;
A la vez por un ángulo, en la sala
Se mira á Orestes que su llanto riega
Cerca de un moribundo que ya expira,
Y aun todavía exclama con fe pura:
“¡Gloria á mi patria! Dios del universo,
“Yo muero por su amor y por su gloria.”
“En tus manos, Señor, pongo mi espíritu,
“Y á tí á los hijos de mi amor entrego...”

“Él los acogerá, clamaba Orestes;
 “Mira no más á Dios en las alturas;
 “Mira de Sión la cohorte celestial;
 “Vuela, hijo del Señor, á su morada...
 “Señor, acoge el alma de este joven!”

Dijo, y quedóse un rato silenciosa;
 Después Orestes se salió llorando.
 A ese tiempo Filópatro llegaba
 De San Javier cumpliendo una consigna,
 Y al pasar espaciosos los jardines
 Encuentra á Orestes que con tristes ojos
 Sale del hospital de los heridos:
 Y esa alma fuerte que escuchó el relato
 Que Amira hundida en llanto le leyera,
 Y que ni un solo acento, ni un gemido
 Lanzó al saber la muerte de su padre,
 Porque el dolor ahogaba su garganta,
 Apenas vió de Cristo al sacerdote
 Cuando á su cuello se arrojó llorando!

¿Qué te afecta, Filópatro querido?
 Le dijo Orestes, de sorpresa lleno:
 Tú que siempre, sereno en la batalla,
 Haz mirado correr sangre doquiera,
 Y lleno de valor alzas la frente;
 Tú cuya alma de poeta excelso,
 Comprende la grandeza de la gloria,
 Y piensa tan grandiosos pensamientos,
 ¿Por qué débil así llanto derramas?

“Ah! padre mío, díjole Filópatro,
 ¿Por qué miro también en vuestros ojos
 Señales de dolor y tristes lágrimas?”

Porque siempre cercado de la muerte
 Os eleváis en medio á sus horrores
 Y animáis con valor al moribundo,
 ¿Por qué también vertís llanto cobarde?

“Filópatro, la gloria me entenece:
 Y cuando oigo la voz de la grandeza,
 Cuando del corazón en los latidos
 Percibo algún sublime pensamiento,
 Cuando escucho del genio de la ciencia,
 Del arte ó del valor, los ecos gratos
 Que conmueven el alma, el pecho mío
 No puede contener sus emociones.

Acabo de escuchar un moribundo,
 Acabo de guiarlo hasta el empíreo,
 Y al escuchar su varonil acento,
 Al verle resignado dar la vida
 Que le arrancara la enemiga bala,
 Al oír vitorear casi expirante
 De México las glorias sin mancilla,
 Mi pecho conmovió sus fibras todas
 Y he buscado en el llanto el dulce alivio
 Que hace que el triste corazón descanse”

Por eso lloro yo, dijo Filópatro:
 Y ahogando la congoja en su garganta,
 Le refirió la funeral noticia
 Que le anunció la muerte de su padre.

Allí los dos amigos, á la sombra
 De los hermosos árboles que cubren
 Los vistosos jardines del palacio,
 Se sentaron, en tanto que aclaraba

La luz del alba que veloz venía
Disipando las nieblas de la noche;
Y en tiernos y dulcísimos coloquios
Sus corazones ambos dilataban.

Allí, dando Filópatro á su llanto
Corriente sin medida, al sacerdote
Consejos religiosos le pedía;
Y éste, lleno de fe, dulces consuelos
Darle pudo á su pecho desgarrado.
Hijo, amigo querido, le decía:
Tú haz perdido la prenda más valiosa
Que tener puede el hombre en esta vida,
Cuando en la paz doméstica vivimos;
Pero cuando la patria dolorida
A sus hijos invoca, ésta es primero.
Sólo Dios es primero que la patria:
Tú no haz podido el último suspiro
Recoger de tu padre idolatrado,
Pero ese Dios que tu gemido escucha,
Le ha recibido en su fecundo seno;
Él aprueba tu llanto, como aprueba
Tu conducta patriótica: es testigo
De qué cumples sublimes sus preceptos;
Él desde el alto cielo te bendice;
Yo en su nombre, Filópatro, lo afirmo.
Llora, llora sin tregua, hasta que calme
Ese dolor que tu garganta oprime;
Pero sabe que Dios tu llanto acoge,
Y que te envía angélica sonrisa.

Mas ya amanece, y el deber me llama,
Dijo Orestes: y dando abrazo estrecho
A Filópatro, fuése de aquel sitio.

¡Sublime es ese bálsamo que vierten
Los ojos del mortal cuando abatido
Siente su pensamiento, y cuando su alma
Anhela hallar consuelo á su pesares!
Descansa el corazón y se extasía,
Y se refresca la abrasada frente,
Y el pensamiento que se alivia puede
Elevarse hasta el solio fulguroso
Adonde el Dios del universo habita!

Con el llanto abundante de sus ojos
Filópatro sintió dulce consuelo,
Y pudo contemplar el horizonte,
Que ya entre nubes nácares se mira
Anunciando del sol los resplandores.

Tranquilo en tanto fuése á las alturas
Del palacio, á anunciar con faz serena
Al general en jefe que se apresta
En San Javier estrepitoso asalto,
Y que él con su permiso toma parte
En aquella defensa vigorosa.

Ortega, que le estima y que comprende
De Filópatro el alma delirante,
Con sonrisa halagüeña le despide:
Y en tanto que Filópatro violento
En su brioso trote al fuerte acude,
Ortega con sus jefes y ayudantes
De su Estado Mayor monta á caballo,
Y acude á la batalla que se indica:
A los valientes en su paso atiende,
Que listos en sus líneas, el estruendo
Comienzan á escuchar de los cañones.

Sublime es ver al indomable jefe
Radiante de gloria en la batalla,
Sereno, imperturbable, á los soldados
Dirigiendo palabras de entusiasmo,
Y anunciando doquiera la victoria,
Mientras se oye el fragor de los combates;
Risa en los labios y amoroso acento,
Tranquilidad en la serena frente
Y animación y vida son las señas
Que distinguen al héroe de Silao.

Allí, luego que llega, á los soldados
Tremolando el pendón de tres colores,
“; Hijos! les dice, levantad la frente
“ Y ved en este lábaro glorioso
“ El inmortal pendón de nuestra gloria!
“ Recordad al mirar sus tres colores
“ De tres siglos la historia tenebrosa
“ Que supieron vencer de fanatismo,
“ De tiranía y pérfida ignorancia!
“ No lo olvideis, los galos orgullosos
“ De México abatir piensan las águilas;
“ Pero mirad con fe la cumbre altiva
“ De Guadalupe y de Loreto, y llenos
“ De la fe de la patria, la victoria
“ Nos ha de dar sobre el francés la gloria!”

Dijo, y al punto estrepitosos gritos
En torno del guerrero resonaron,
Y allí de San Javier en las almenas
Los ecos repitieron de la patria.

De México los grandes defensores
Se aprestan al combate; el estallido

Doquier retumba de la ardiente bomba
Que hace gemir el viento con espanto.
Filópatro y Dalmiro entusiasmados
Siguen doquier el genio de la guerra,
Y Reynaldo imitándoles, doquiera
Sigue también el belicoso ejemplo,
Porque ama de su patria los blasones,
Porque su amada madre así lo quiere,
Y porque siente, de la gloria ansioso,
Latir dentro del pecho entusiasmado
Un corazón de fuego que se quema,
Que anhela conquistar una corona,
Para ponerla á las heroicas plantas
De su adorada madre que á Dios pide
Porque la patria la victoria alcance,
O antes, todos los hijos del Anáhuac
De sus bellas ciudades y sus templos,
En los escombros con valor sucumban.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Del Oriente a Occidente, por el Noroeste,
Cruzan las batallas y los carros,
Y continúan a dorar las altivas
Cumbres de las montañas y las torres
De la ciudad valiente, y los guerreros
No terminan aún en el combate.
Con la brillante luz del nuevo día
Reaniman su empuje poderoso;
Mayor vigor indican los franceses,
Y más valor despliegan los sitiados:
Violentos, entusiastas, animosos,
Renuevan el combate. Los bastiones
De San Javier, apenas se sostienen,
Y á cuerpo libre y descubierto luchan
Allí los defensores esforzados.
Filópatro entusiasta, por doquiera
Lucha con heroísmo en la batalla.
El estrago terrible de las bombas
Que há más de treinta horas que han silbado
Sobre la altiva frente del guerrero,
Aumenta su furor en todas partes.

CANTO SEXTO.



Del Oriente a Occidente, por el Noroeste,
Cruzan las batallas y los carros,
Y continúan a dorar las altivas
Cumbres de las montañas y las torres
De la ciudad valiente, y los guerreros
No terminan aún en el combate.
Con la brillante luz del nuevo día
Reaniman su empuje poderoso;
Mayor vigor indican los franceses,
Y más valor despliegan los sitiados:
Violentos, entusiastas, animosos,
Renuevan el combate. Los bastiones
De San Javier, apenas se sostienen,
Y á cuerpo libre y descubierto luchan
Allí los defensores esforzados.



Ortega acude en tanto presuroso,
 Ordenando doquier los batallones,
 Las fuertes baterías, las reservas,
 Porque se anuncia ya tremendo ataque.
 El sitiador en todas direcciones
 Mueve sus numerosos campamentos:
 Aquí y allí se mira que recorren
 Toda la línea rápidos ginetes
 Que atraviesan la espléndida llanura,
 Comunicando las guerreras órdenes.

Del Oriente á Occidente, por el Norte,
 Cruzan las baterías y los carros,
 Y columnas de gruesa infantería;
 Y por el Sur, de Oriente al Occidente,
 Cruzan fuertes columnas de caballos.
 De la tendida falda de la loma
 Del San Juan, caminando paralelas
 Las columnas francesas se destacan
 Por las sendas que ocultas construyeron
 Como cobarde salteador. Avanzan
 Bajo el nutrido fuego de sus bombas
 Que una curva continua y prolongada
 Forman sobre la invicta Zaragoza.
 Dentro del muro esperan impacientes
 Los soldados del rico Guanajuato;
 A su derecha fuera de los muros,
 Apoyan los rifles, y á la izquierda
 De Zacatecas libre los soldados,
 De Auza la voz anima á los valientes
 Que sus órdenes siguen valerosos;
 Antillón á los suyos entusiasma,
 Lamadrid á los suyos, y Alatorre.

Smit con voz robusta á los soldados
 El triunfo les prelude si valientes
 Resisten el empuje de los francos.

Se cubren los reductos, las reservas
 Apoyan á la línea que resiste,
 Y Ghilardi, á la voz de la batalla,
 La libertad proclama y les anuncia
 También á los soldados la victoria.

A cada bomba que terrible estalla,
 Un grito de entusiasmo se repite.
 De Veracruz los ínclitos soldados
 Aprestan sus terribles baterías,
 De México los hijos, los de Puebla
 Se preparan también á la batalla.
 Y Negrete y García y Santelices,
 Observando los listos movimientos,
 Esperan animosos el asalto.

En tanto avanza el día, y el estruendo
 No ha cesado. Las nubes prolongadas
 De los cañones, que se elevan, se unen
 Con las nubes que cubren las montañas.

Todo en un velo funeral se envuelve,
 Y el fragor de la bomba y la metralla,
 Y el rápido correr de los ginetes
 Que las órdenes llevan, y el confuso
 Rumor de los soldados que á los gritos
 De libertad, silbar hacen sus rifles,
 Y el ir y revolver de los cañones
 Que cubre la reserva, y los gemidos
 Del soldado que cae y luego muere

Al lado del que herido aún no sucumbe;
Toda esa mezcla de terror grandioso,
De entusiasmo sublime y de matanza,
Terrible anuncio de combate un día.

Entretanto la tarde presurosa
Declina, y las tinieblas con el humo
De la batalla rápidas se acercan.
Así como en las noches calurosas
De Estío, cuando el sol hunde su frente
En el ocaso, tiéndese una zona
Roja como el acero encandecido
En toda la extensión del horizonte;
Así al llegar la noche, horrible el brillo
De la tremenda artillería alumbra
Toda la línea que el francés ataca.
Y siguen las columnas avanzando,
Entre sus dilatadas paralelas,
Y en medio de las sombras de la noche
Serpeando se miran luminosas
Por la luz de los rifles, semejando
En forma colosal esos insectos
Luminosos, que en noche tempestuosa
En los campos se arrastran. Cien estruendos
Se escuchan á la vez, y se repiten
Y vuelven á estallar, y silba horrenda
La bomba y la granada, y se confunde
Todo en un eco de terror sublime.

Tal como en medio al mar enfurecido
Cuando estalla con furia la tormenta
El trueno de los rayos se prolonga
Y luego al rebramar los huracanes,
Y al estrellarse las hirvientes olas

Contra las rocas, un rumor confuso,
Imponente y extraño se percibe
Sin poder distinguir si horrible el trueno
Es del rayo el terrífico estallido
O es el silbido de agitado viento,
O es el rugir de las gigantes olas,
Así todo de pronto se confunde.

Retumba la potente artillería:
Mil gritos se levantan, y de truenos
Millares se perciben confundidos
En un sordo rumor. Súbito cesa
El estallido del cañón: suspenden
Los sitiadores sus horrendas bombas,
Y sólo de los rifles á millares
Se desprenden las luces matadoras.

Avanzan impetuosas las columnas
Del invasor y emprenden el asalto.....
Tan compactos, tan rápidos, tan fieros,
Que una masa tan sólo se presenta.
Como en sereno río caudaloso,
Después que en las altísimas montañas
Brilló la tempestad, y de las nubes
A torrentes bajó la lluvia, y baja
Y acrecienta las aguas mugidoras,
Que enorme masa forman y levantan;
Una ola gigante viene, y rápida
Arrebata los robles y las rocas,
Y no detiene su violento curso
Hasta encontrar tal vez una montaña.

Así del enemigo las columnas
Sin detener se arrojan: como el rayo

Corren precipitadas: arremeten,
Y asaltan las murallas impetuosos.
Pero también de Puebla los soldados,
Sin inquietarse, impávidos formando
Como de acero colosal muralla
Erizada de escollos, esperaban
El poderoso y sin igual empuje
De ese oleaje de hombres esforzados.

Saltan de los caminos encubiertos;
Quieren salvar la brecha que las bombas
En la muralla abrieron, y se lanzan;
Pero de Guanajuato los guerreros
La cierran con sus cuerpos, abrazadas
Sus armas listas que el asalto impiden,
Y hacen retroceder al enemigo.....!

En tanto, rasgos de valor heroico
Se repiten doquier. Aquí sereno
Se mira un jefe que al soldado alienta;
Por otra parte, intrépido un soldado,
Valiente é impertérrito contempla
Cómo estalla á sus pies la fuerte bomba,
Y al estruendo terrible le responde
Con el alerta bravo del soldado!
Ocho mil rifles con fragor estallan,
Y ocho mil rifles con fragor contestan,
Y la muralla que resiste fuerte
De lumbre una muralla parecía,
Y con la luz siniestra del combate
Aun los templos se ven y los palacios
Como unos colosales centinelas.

¡Horrible confusión! ¡Viva la Francia!

¡Viva el emperador! claman los galos.
¡Viva la libertad! grita el azteca.

Las almenas, los fosos, las murallas
Del fuerte se iluminan con el fuego
De la batalla: trueno un estallido
Horrendo, asolador. El suelo brota
Un cráter que destruye al enemigo,
Y espantado por fin, cede al impulso
De aquellos invencibles defensores,
Y se retira huyendo, en su carrera
Hollando mil cadáveres sangrientos
De los mismos guerreros de la Francia.

El soldado impertérrito del pueblo,
Al grito entusiasmado de la patria,
Ve correr al francés, mientras risueño
Se cubre con la enseña de la gloria,
Que en Zaragoza triunfadora ondea.

Dos veces formidables las columnas
Del invasor llegaron hasta el muro,
Y dos veces huyeron espantadas
Al dejar cien cadáveres sembrados
Aquí y allí, cubiertos con su sangre;
Y más el heroísmo y la grandeza
De mi patria en sus hechos inmortales
Brillan con esplendor resplandeciente.

Pero huyó el enemigo entre las sombras
De la noche veloz que se adelanta
Obscura, pavorosa, interrumpida
Por la siniestra lumbre de las bombas
Que sin cesar arroja el enemigo

Despechado en su encono, y derramando
En la invicta ciudad muerte y pavora.

En todas partes entre el fuego se oyen
Los lamentos de muerte y de tormento,
En todas partes el dolor se mira.....
Cual siniestros relámpagos se cruzan
Doquiera los fugaces proyectiles,
Mientras corre la noche tenebrosa,
Como una virgen tímida que oculta
En sus negros crespones su tristeza.
Y viene otra mañana y otra aurora,
Y no cesa del arma el estallido,
Y no cesa el incendio y la matanza,
Y no cesa el valor del mexicano
Que alecciona á los hijos de la Europa
Con ejemplos de gloria y valentía.
La luz hermosa de la nueva aurora
Viene á alumbrar los campos de la guerra
En que la muerte sin cesar se ostenta.

Los cadáveres francos en las mieses
De los campos se ven, la sangre humea,
Y aun mil ayes se escuchan doloridos,
Mientras sobre la frente de los bravos
Hijos de Zaragoza, resplandecen
Los invictos laureles de la gloria.

A la hora terrible del combate,
Cuando el fuego y el humo y las tinieblas
De otra noche que llega se confunden,
Es fama que entretanto que el estruendo
De las armas temblar hace los montes,
Un fragor esplendente en la alta cumbre

De los volcanes se extendió y en medio
Del Popocatepetl y el Ixtaccihuatl,
En un trono de ráfagas brillantes
Apareció la imagen imponente
Del gran Huitzilopochtli, acompañada
De los dioses antiguos del Anáhuac,
Y los guerreros del antiguo imperio
Que dominó de Anáhuac las naciones.
Y ostentando su aljaba y su macana
En ademan amenazante, muestras
Daban de animación á los guerreros,
Mientras de la Malintzi en nubes de oro
La América ondeaba victoriosa
La tricolor bandera, y aun se oyeron
Resonar por los aires vibradores
Unos acentos gratos que decían:

“Mirad aquí el pendón de nuestra gloria;
“Jamás le abandonéis. Mientras la empuñen
“Los hijos de la patria, los tiranos
“Temblarán al mirarlo estremecidos;
“Y á su sombra jamás seréis vencidos.”

Y en tanto que estos cantos resonaban,
Entre nubes de límpida blancura,
Motecuhzoma apareció glorioso,
Acompañado de la bella Xochitl,
Y Cuauhtemoc el grande, y Xicotencatl,
Y el gran Netzahualcoyotl, coronados
Del laurel inmortal, himnos triunfales
Entonando de bélico entusiasmo
Que millares de genios repetían.
Mientras en Citlaltepétl, y el hermoso
Nahuacampatepetl, de fulgor divino

Surcados, y ceñidos con laureles
 Aparecieron entonando cánticos
 Los héroes todos que á la patria dieron
 Triunfos sin fin, y á Anáhuac libertaron
 De la española vencedora gente.

Al ver aquella escena portentosa,
 Los defensores de la heroica plaza
 Aumentaron su bélico ardimiento,
 Y la tierra morder al franco hicieron.

Huyó por fin despavorido el galo,
 Al mexicano dando la victoria,
 Mientras aquellas sombras venerandas
 Se elevaron perdiéndose en los cielos.

La noche corre presurosa, el galo
 No cesa de lanzar sus fieras bombas
 Ni el mexicano olvida la pelea;
 Y ya que asoma la apacible aurora
 Allá por el Oriente, más columnas
 A Guadalupe impávidas se acercan,
 Pero esta fortaleza vigorosa

El terror y la muerte les envía.
 Por el Norte y el Sur nos amenazan;
 Se traba en todas partes la pelea;
 A su fuego contesta nuestro fuego,
 Y muerte quieren, y les damos muerte.

Todo el día es de lucha estrepitosa,
 Y sigue con la noche la batalla.
 En tanto, por las sombras protegido,
 Burlando del frances la vigilancia,
 Un heraldo de México penetra

Arrostrando el peligro, á Zaragoza.
 Es portador de los gloriosos plácemes
 Con que á los héroes México saluda,
 Por su valor heroico é indomable.
 Pone en manos del héroe de Silao
 La felicitación de un pueblo entero,
 Con los radiantes brillos de la gloria,
 Ortega, al recorrer los campamentos,
 Felicita á los ínclitos soldados
 Y el saludo les muestra de la patria.

“Hijos de Zaragoza, la República
 “Os envía el saludo de la gloria,
 “Les dice: vuestra patria agradecida,
 “Ya os prepara las fúlgidas coronas
 “Con que la gloria á los valientes premia.
 “El mundo nos contempla sorprendido,
 “Porque vuestro valor en los combates
 “Ha escarmentado al genio de la guerra.
 “Seguid como hasta aquí, para que el mundo,
 “Al grabar vuestros nombres en la historia
 “Diga lleno de amor: los mexicanos
 “Que han humillado al déspota de Europa
 “Los vencedores son del universo.”

Dijo, y al eco del cañón mortífero,
 Resonaron los himnos de la patria
 Y los triunfales cantos de la guerra.
 Casi en delirio el entusiasmo estalla;
 Los vivos se prolongan, y se aprestan
 De nuevo á combatir nuestros guerreros,
 Pues ya el francés duplica sus columnas.
 De pronto, por la línea de Occidente
 Se prolongan los fuegos enemigos

Mientras el día avanza nuevamente.
 Silban las bombas, las granadas silban;
 Aquí las llamas el incendio anuncian;
 Allí los edificios se desploman.
 Por allí una madre se sepulta
 De su amor con las prendas más queridas
 Bajo de los escombros que derrumba
 La bomba con su estrépito. Acá el grito
 Se oye del hijo que á su padre pierde:
 Doquier se oyen mil ayes doloridos
 De las mujeres que huyen del estrago,
 Y abrigo no hallan: la ciudad entera
 Retiembla al estallido de las bombas.
 En ese hondo pesar, con sus banderas
 El amigo extranjero lograr quiere
 Gracia del invasor para el pacífico.

A pesar de las balas enemigas,
 Cruzan del invasor al campamento
 Las águilas prusianas, y de América
 El estrellado pabellón cubriendo
 A sus ministros, que officiosos piden
 Al sitiador que de la plaza salgan
 Los niños, los ancianos, las mujeres,
 La inerme multitud..... pero el *guerrero*,
 El *héroe* que en Argel dejó su nombre
 Como recuerdo de ominosa plaga,
 No escucha las querellas, nada valen
 Del amigo extranjero los officios.....
 Y sigue la feroz carnicería,
 Y los incendios y la muerte siguen.

Súbitamente se suspende el fuego,
 Y ya el sol á Occidente declinaba.

Brillante estaba la impasible tarde,
 Y el pabellón en las altivas torres
 De nuestros templos límpido ondeaba,
 Cuando un sordo rumor se precipita:
 El enemigo audaz, dobles columnas
 Lanza sobre nosotros impetuoso.
 No hay ya murallas, la invasora bomba
 Arrasó los bastiones: ya los fosos
 Los cegaron millares de cadáveres
 De enemigos que, hundiéndose en su sangre,
 Pasan sobre sus mismos compatriotas
 Y como el rayo rápidos se lanzan.
 Ya no hay murallas de tallada piedra,
 Pero hay murallas de hombres esforzados.

A pecho libre el mexicano espera,
 Y se traba otra vez fiero combate.
 Allí Prieto y Negrete, el esforzado,
 Ordenan sus legiones, y hasta el foso
 De fuera, los valientes batallones
 Llegan hundiendo al pérfido enemigo
 En sus mismos caminos encubiertos.
 Alatorre á los hijos de las rocas
 De oro de Zacatecas entusiasmo,
 Y llegan hasta el muro de los galos.
 Ghilardi, lleno de valor heroico,
 A los suyos conduce tremolando
 El majestuoso pabellón de Iguala,
 Que espanta á los franceses atrevidos.
 Salazar con sus bélicos rifleros
 Por la derecha al enemigo hostiga,
 Mientras que de Antillón los esforzados
 Guerreros, con denuedo combatían:
 Rioseco en tanto al queretano lleva

A conseguir la gloria, y á los suyos
 Auza conduce á la sangrienta lucha.
 Con rifle al brazo y pecho descubierto
 Luchan con denodada bizarría.
 En las brechas se paran los soldados
 Esperando al francés: silban doquiera
 A millares las balas; un murmullo
 Tan sólo se percibe entre el estruendo.
 Se arroja el enemigo formidable;
 Cesa de pronto el fuego; los marrazos
 Se cruzan en las fuertes bayonetas
 De nuestros defensores..... cuatro horas
 De corporal combate se prolongan;
 Y en medio de mil hechos de heroísmo,
 Es vencedor el libre mexicano.

Dejó el terreno el defensor cubierto
 De zuavos aguerridos y valientes
 Que besaron la tierra que pisaban
 Los César-Augustanos defensores.
 Tal vez el invasor en su despecho
 Meditaba proyectos espantosos,
 Al ver del mexicano el heroísmo.
 Desmantelado el fuerte, el mexicano
 Retiró sus pesadas baterías,
 Sus trenes, sus repuestos; y dejando
 En solar convertido el punto heroico,
 Vencedor, retiró sus batallones.

Aún el polvo y el humo del combate
 Cubría á los soldados invencibles,
 Cuando Ortega, radiante de contento,
 Los felicita de la patria en nombre,
 Y recorriendo el campo, preparados

Dejó los movimientos de la noche.
 Entretanto la luna taciturna
 Caminaba, velando á los valientes
 Que al pie de sus murallas la hora esperan
 De combatir, sin tregua, al enemigo.
 En tanto con amor y con ternura,
 Preparando las vendas, fatigosas
 Pero incansables, y de humildad llenas,
 Lucila, Elodia, Elena, á los heridos
 Con maternal cariño dan consuelo,
 A esos valientes que el dolor aqueja;
 Y en medio de sus férvidos dolores
 Mezclan entre sus gritos de amargura,
 Unos, recuerdos de cariño amante,
 Otros, memorias de su bien perdido.

“Madre..... exclamaba un joven delirante
 “Por la terrible fiebre, madre mía.....!”
 Dirigiéndose á Elodia con ternura:
 “Yo no puedo volver á aquella tierra
 “Tan grata para mí: siento la muerte.....!”
 “El bravo mexicano vencer sabe.....
 “Culpa sea del déspota de Francia!
 “La miseria, Dios mío, la miseria
 “De mi país nos llama siempre á guerra:
 “Yo estuve allá en Argel..... yo ví de Italia
 “Las floridas campiñas..... yo en Crimea
 “Ví vencer á las huestes napoleónicas.....
 “Pero en México..... en México..... ni un día
 “Hemos tenido de obtener la gloria!”

En estas y otras quejas moribundo
 El guerrero francés se producía,
 Mientras Elodia con cariño tierno

Procuraba aliviarle sus dolores.
 Por otra parte Elena, silenciosa,
 A Herlindo cuidadosa consolaba;
 Pero austera, ni un eco, ni un indicio
 Daba que hiciera revelar al joven
 De amor una señal. Triste, abatido
 Cada vez que las vendas le ponía
 Elena, con amor la contemplaba,
 Y la miraba extático y absorto.....
 Ni sentía tal vez esos dolores
 Que le acercaban á la tumba, y sólo
 De tiempo en tiempo de sus bellos ojos
 Derramaba sus lágrimas amantes
 Que las manos de Elena humedecían.
 Pero ella, tan humilde y tan hermosa,
 Ni temblaba al fragor de los cañones,
 Ni al horror de la sangre vacilaba.
 Mientras la bomba horrisona retumba,
 Cuando allá en San Javier de pura gloria
 Arrancamos laureles inmortales,
 Mientras la sangre de los bravos corre,
 Y aún los cristales del salón reflejan
 Del fuerte heroico las azules luces,
 La curación Herlindo recibía
 De Sor Elena, que esforzando su alma
 Procuraba cubrir las emociones
 De su angustiado corazón. "¡ Oh madre!
 Exclama Herlindo: " Mis dolientes miembros
 " Tiemblan al escuchar ese silbido
 " Que estremece el marmóreo pavimento:
 " Oh cuánto sufro.....! Por piedad, decidme
 " ¿ Podré ver de otra aurora los celajes
 " Cruzar frente á esa reja, y de otra noche
 " Me cubrirán las sombras? Madre mía,

" Siento desfallecer..... siento morirme.....!"
 Quedó en silencio un rato. En tanto Elena,
 Convulsa reprimiendo los sollozos
 De su inocente corazón, le dijo:

" Hay una Providencia, hermano mío,
 Que nos vela en el cielo. ¿ No miráis
 En estas noches reflejar la lumbre
 De esos miles de bombas formidables
 Sobre nuestras cabezas, sin que una
 Haya caído en este sitio? Aliento,
 Esperanza en el Dios de los cristianos!
 Mas si sentís el alma conmovida,
 Y de la religión busca el consuelo,
 Os llamaré al cristiano sacerdote..... "

" Sí, Sor Elena, mi razón se alumbró;
 " Yo siento que del mundo me separo:
 " Ya vislumbro la luz fascinadora
 " De la honda eternidad..... Mas ya que debo
 " Ante de Dios hablar, llamadme á Orestes:
 " Quiero salir del mundo vindicado,
 " Para llegar de Dios á la presencia..... "

En lágrimas bañada salió Elena,
 Y al punto vino el sacerdote. " ¡ Padre!"
 Pudo apenas decir: y desmayado
 Quedó por tanta sangre que vertía.

Un licor vigoroso trajo Elena,
 Dióselo al sacerdote y salió luego;
 Y así comenzó Herlindo conmovido:

" Por la ambición cegado, padre mío,

“Y por cumplir de un padre los preceptos,
 “Me olvidé de mi patria..... dejé todo.....
 “Abandoné á mi amante, y en las filas
 “Vine del extranjero que asesina
 “A mis hermanos.....! Telamon maldito,
 “Me sedujo, traidor.....! vil..... asesino!
 “Oh Dios! Oh padre mío, perdonadme!”
 —“Perdónale, hijo, tu perdón otórgale,
 “Que Dios dará el castigo á su perfidia.”
 —“Yo ví correr la sangre mexicana
 “Y con la sangre gala confundirse.....
 “Sentí correr la mía..... Antes que cierre
 “Para siempre mis ojos, me arrepiento
 “De crimen tan atroz: perdón os pido:
 “Suplicadle á ese Dios de los ejércitos
 “Que me acoja en su seno..... Y á esa Elena
 “Que como á vil traidor me ha maldecido,
 “Padre..... decid también que me perdone.....”

Y poco á poco con ahogado acento
 Iba su voz articulando apenas.

Orestes, á pesar de su entusiasmo
 Contra todo traidor, se conmovía,
 Y enjugando su llanto así le dice:
 “Al fin, hijo de México, has sentido
 “En tus venas correr la sangre azteca:
 “Está bien, hijo mío: ya del mundo
 “La execración no temas: Dios acoge
 “De tu arrepentimiento la protesta.
 “Olvida tu maldad, que yo en el nombre
 “Del Dios de los ejércitos te hablo,
 “Como ministro del Señor Altísimo.
 “Él te llama á su solio refulgente.....”

“Alza los ojos á mirar el cielo.....
 “Mira los querubines que sus cítaras
 “Pulsan y sus salterios los arcángeles,
 “Para esperarte en venturoso triunfo:
 “El ángel del amor coronas teje,
 “Y de la paz los ángeles brillantes
 “Con incensarios de oro, aromatizan
 “Las inmensas regiones del espacio.
 “Mira, Herlindo, las puertas eternas
 “Se abren ya: el Señor te abre sus brazos.....”
 Herlindo, haciendo esfuerzos poderosos,
 Apenas levantar sus ojos puede,
 Y exclama con voz trémula, indecisa:
 “Mi padre..... gloria á Dios..... en las alturas.....
 “Al Dios que al hombre criminal perdona!
 “Elena..... Elena..... ¡Adiós! Padre, mi patria!”

Y ya no pudo articular ni un eco:
 Clavó los ojos y lanzó un suspiro
 Para volar á Dios. Sus bendiciones
 En el nombre de Dios pronunció Orestes,
 Y al expirar Herlindo limpia lágrima
 De los ojos de Orestes en la frente
 Cayó del moribundo enternecido.
 Luego que Orestes le cerró los ojos,
 Salió de allí enjugándose las lágrimas.

Elena, apenas supo que la tierra
 Dejó Herlindo, en sus lágrimas bañada
 Corrió al altar y sus plegarias férvidas
 Dirigió al cielo por su amante Herlindo.

Y en tanto que dispónese el entierro,
 A cumplir sus deberes salió Elena,

De sublime valor, acompañada
 Con el ministro del Señor del mundo.
 El fuego cesa un poco, y ya la noche
 Cerrando va, cubriendo con sus nieblas
 La tendida extensión de Zaragoza.
 Todo queda en silencio en las campiñas
 Mientras el jefe recorriendo pasa
 Largas horas en todo el campamento.

Sobrecogidos de pavor los galos,
 Pasan la noche hundidos en silencio,
 Solamente enviando enfurecidos
 De tiempo en tiempo estrepitosas bombas,
 Con que quieren vengarse en su despecho.

Los defensores de la plaza, listos
 Vigilan los franceses movimientos,
 Y levantando el campo, recogían
 Muertos y heridos de las dos legiones.

Ya que el fresco crepúsculo empezaba
 A despertar al vigilante gallo
 Que sus cantos sonoros repetía,
 Comenzaron doquier á percibirse
 Del invasor francés los movimientos
 Que activo el mexicano prevenía,
 Al mismo tiempo que la plaza apresta
 Sus reservas que esperan el ataque.

La mañana aromática venía
 Por doquiera fragancia derramando,
 Al romper de las flores el capullo
 Que sacude las gotas del rocío,
 Mientras en el panteón á la sombra

De los sauces que dolientes bajan
 Sus ramas hasta el suelo, se divisa
 Una cruz de ciprés, y junto á ella
 Se ve la fosa funeral que aguarda
 De Herlindo los despojos terrenales.
 La luz apenas las altivas torres
 Doraba en la ciudad, cuando el silencio
 Interrumpiendo de los muertos, se oyen
 Los himnos funerales, misteriosos
 Que allí la religion alza en sus cánticos:
 Mientras colocan el cadáver yerto
 De Herlindo sus amigos en la fosa;
 Y luego un sacerdote con voz clara
 Al pueblo que concurre le dirige
 Triste oración, en que al mortal excita
 A cumplir los deberes de la patria;
 Lamentando la suerte de aquel joven
 Que en las filas murió de los traidores:
 Y al cubrir el cadáver con la tierra
 Hasta el cielo levántase el incienso,
 Mientras que poco á poco todos parten
 Dejando aquel lugar con su pavora.

Aquel silencio triste y misterioso
 Le interrumpe tan sólo el estallido
 De las bombas que empiezan ese día
 Su obra de asolación y de exterminio.

Súbitamente en funeral silencio
 Queda todo, en reposo solitario:
 A poco rato, sin temor del fuego
 Que otra vez tempestuoso se nutría,
 Dos personas se ven arrodilladas:
 Un anciano que riega con su llanto

La tierra removida del sepulcro,
 Y una mujer hermosa que parece
 El ángel del dolor que los espíritus
 Vela de los mortales en las tumbas.
 Mientras vierte sus lágrimas doliente
 El anciano infeliz, flores derrama
 Sobre la tumba la doncella hermosa.

Ese anciano que llora arrepentido,
 Es el padre de Herlindo, que maldice
 De los partidos la ambición insana,
 Y la virgen angélica que el llanto
 Mezcla con el aroma de las flores,
 Que derrama amorosa en el sepulcro,
 Es la inocente y apacible Elena.

Entretanto Filópatro y Amira
 Dulces coloquios de su amor disfrutan;
 Y aunque se aflige Amira á los recuerdos
 De su fortuna ida, dulcifica
 Su pesar, contemplando que la muerte
 Respeta á su adorado y le da gloria.

Filópatro, de amor ardiendo siempre,
 Fija en Amira su ilusión eterna;
 Aunque á ratos su frente se obscurece
 Porque al recuerdo de su amor sin mancha
 Se mezcla de dolor un pensamiento.
 Sabe que una alma existe que delira
 Por su amor, conociendo que su alma
 A otra mujer hermosa pertenece;
 Y á su pesar su pecho conmovido
 Late de amor por su adorada Amira,
 Late de gratitud y sentimiento

Por la entusiasta y amorosa Elodia,
 Mas sólo gratitud su pecho siente,
 Sólo un cariño de virtud le abriga;
 Pero enmedio esta lucha de su mente,
 Lucha del corazón y el raciocinio,
 Teme que hiera el alma de su Amira
 Alguna idea, y tiembla y se estremece,
 Porque aunque la ama su rival, acaso
 Pueda no creerlo su adorada amante:
 "Calma, calma, mi bien, dice Filópatro,
 Después de un rato de silencio triste.
 ¿Qué importa, hermosa Amira, que hayas visto
 Reducirse á cenizas tu fortuna,
 Si miras á tu madre cariñosa,
 Si estrechar puedes á tu amante padre?"

"Sí, Filópatro, nada si á tu lado
 Estoy, puedo temer, cuando la gloria
 Que corona tu frente me permite
 Que aún pueda respirar tu dulce aliento,
 Que aún estrecharte con mis brazos pueda!
 Yo soy feliz contigo; y sólo anhelo
 Siempre á mi lado en inrompibles lazos
 Ver unida mi vida á tu existencia,
 Gozar contigo si la dicha gozas,
 Sufrir contigo si el pesar te oprime."

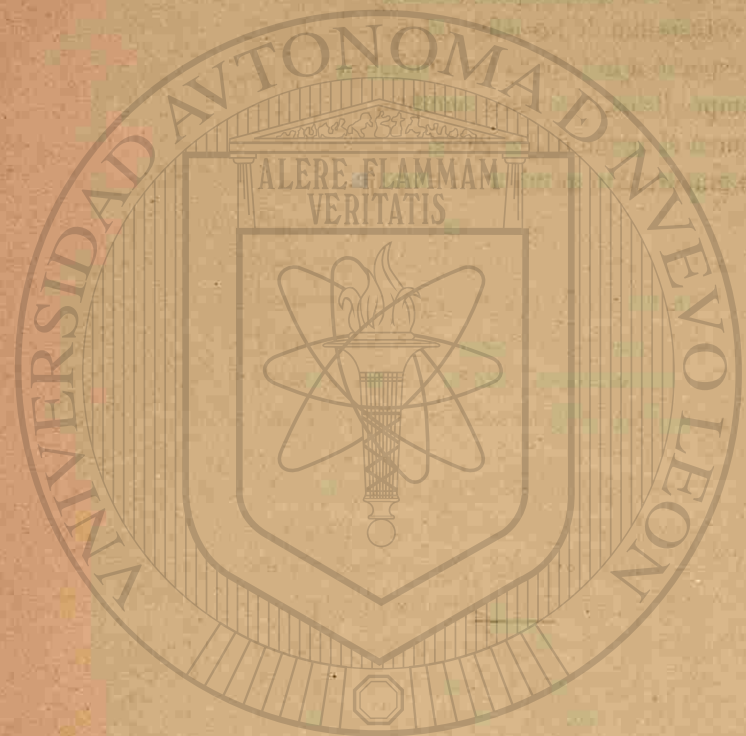
"Así lo anhelo yo, dijo Filópatro:
 Y aun enmedio al fragor de la batalla,
 Al oír de las balas el silbido,
 Siempre he sentido en lo íntimo del alma
 Esa fe, que me anuncia la existencia
 De un grato porvenir, hermosa mía.
 Confianza ten en Dios, pero entretanto

Voy á dejarte, hermosa: el eco se oye
 Ya de la bomba formidable; Amira,
 Sigue orando por mí; el deber me llama,
 Otra vez suena el grito del combate.....!
 Adiós, Amira!" Y en su frente pura
 Estampó un beso cariñoso y tierno.
 Adiós! suspiró Amira sollozando:
 Dijeron: y Filópatro ligero
 Volvió á su campamento. Un rato Amira
 Se puso á orar al Dios de los ejércitos,
 Y luego llena de consuelo, activa,
 Hilas, vendas y lienzos preparando,
 También auxilio á los heridos presta.

Meditabundo se alejó Filópatro
 Pensando en sus amores y en la gloria
 Que anhela conquistar para su patria,
 Por quien su ardiente corazón delira.
 Inquieto siempre á su pesar de Elodia,
 Teme el amor que esa mujer le tiene,
 Y anhela agradecido su cariño
 Mostrarle, ya que del amor la dicha
 Su amante corazón darle no puede;
 Pues que á otro ángel de amor y de ternura,
 A la inocente Amira, pertenece
 Todo su porvenir, su gloria toda.

En estos agitados pensamientos
 Camina meditando, mientras llega
 A donde el jefe del Oriente se halla;
 Que ya por la extensión del horizonte
 Alumbrando se ostenta la mañana,
 Y al paso que camina presurosa,
 El fuego sigue y rápido comienza
 En varios puntos con nutrido impulso.

Vuelve otra vez activo el movimiento
 De las reservas que doquier acuden,
 Y el entusiasmo de los jefes todos
 Que esperan á toda hora los combates,
 Y siempre listos, vigilantes siempre,
 Ni temen el arrojo de los galos,
 Ni se amedrentan al mirar su empuje.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO SEPTIMO.



INCO veces el sol ha iluminado
Los campos que la sangre fertiliza
En torno á la ciudad de Zaragoza,
Desde que en San Javier escarmentado
Quedó el francés, al derramar su sangre
Que ha teñido los límpidos arroyos
Que serpean cruzando la llanura,
Sin que atreverse quieran otras veces
A asaltar nuestras bélicas murallas.

En tanto, en la ciudad coronas fúnebres
Se han colocado en las heroicas frentes
De los hijos de México, que llenos
De una gloria inmortal han sucumbido.
Con laureles, y rosas y azucenas,
Las vírgenes de Puebla coronadas,
Y de blancos ropajes revestidas
Porque ha muerto el soldado victorioso,
Han ido á colocar en los sepulcros
Mientras el llanto heroico de la gloria
Han derramado en ellos los soldados.

Mientras el enemigo lentamente
Y vacilante ordena sus ataques,
De tiempo en tiempo á la ciudad envía
Sus mortíferas bombas, sus granadas,
De incendio sus horribles proyectiles;
Y sus nuevos asaltos preparando
Está, lleno de bárbaro despecho,
Vencido aquí y allí, sobre ruinas
Sólo puede avanzar, cuando los hijos
De México, abandonan esos fuertes
Que ha arrasado la bomba fulminante.

Mientras el tiempo corre, al Sud-Oeste
Va dilatando su extendida línea,
Y sus bocas mortíferas de bronce
Hacia la plaza impávido dirige.

A la vez entre Norte y Occidente
Se prepara á avanzar á la derecha;
Se despecha de rabia porque un muro
Inexpugnable de hombres y de rifles
No le deja avanzar un palmo solo.
Incendia por doquier palacios, casas,
En tanto que á la izquierda centenares
Arroja de sus bombas espantosas.

El mexicano, en su valor sereno,
No tan sólo resiste al enemigo
Tras el muro esperándole al combate,
No tan sólo detiene las columnas
Que formidables el francés arroja,
Sino que lleno de entusiasmo, pasa
El foso y las murallas; sale al campo
Y al invasor á combatir provoca.

El día avanza, y la batalla sigue:
La tarde declinaba mansamente
Serena y pura y con su polvo de oro
Regando las colinas y los valles,
Cuando se ordena espléndido combate.
Desde la hermosa falda del Loreto
Que al Norte y al Ocaso se dilata,
Ordenan nuestros graves batallones,
Los bélicos caballos y los trenes,
Y sobre el enemigo se adelantan.
En medio de la espléndida campiña
Forman nuestros briosos tiradores;
Se anuncia la señal, una columna
De humo denso se eleva y le sucede,
El estallido del cañón..... Apenas
Contestan sus rifleros escondidos
En sus caminos, en la tierra ocultos.....!
Y al favor de la noche que se acerca
Retroceden veloces á su campo.
A la vez, á Occidente sus cañones
Y sus morteros de arrojar no cesan
Centenares de horribles proyectiles,
Que el incendio derraman y el espanto.

Al avanzar la noche aumenta el ímpetu
De sus fuegos de ardiente artillería;
Y en tanto en torno á la ciudad simula
Sus ataques parciales; pretendiendo
Distraer al ejército de Oriente,
Ordenó entre las sombras de la noche
Un nuevo empuje, fuerte, formidable.
La luna llena en su esplendor se alzaba
Con majestad en el lejano Oriente
Dando formas y vida y movimiento

A los arbustos y á los altos árboles,
Y dejando observar del enemigo
Con claridad los movimientos todos.

En uno que otro campamento brilla
Una fogata cuya luz entibia
El rayo azul de la redonda luna.
Mientras la luz de esa agitada noche
Plateaba las torres de los templos
Que como centinelas se destacan
Sobre de la ciudad, en el palacio
Dalmiro, en el jardín una consigna
Cumplía, y después de haber sacado
A los tres prisioneros que allí estaban
Para otro punto, silencioso, apenas
Respiraba, y con paso mesurado
Cruzaba entre los árboles sombríos
Como el que lleno de fervor medita.

Media hora apenas transcurrido había
Cuando una luz atravesó la reja
Que conduce á una extensa galería;
Luego sonaron los pesados goznes,
Y la puerta se abrió pausadamente.
Una hermosa mujer, de azul vestida
Con tosco lienzo, y una blanca toca
Que cubre los encantos de su frente
Y de su cuello la nevada albura,
Era la que la luz iba llevando:
Al punto que Dalmiro la percibe,
Se acerca con ternura y con cariño
Y así le dice con acento dulce:

“ Bendita una y mil veces, Sor Lucila,

“ Sea la caridad de los cristianos..... !
“ Ella da la paciencia, ella revive
“ Siempre del corazón los sentimientos;
“ Al débil da vigor y fortalece
“ La timidez del corazón sencillo.
“ ¿ Cómo, tierna Lucila, las fatigas
“ Podéis, serena, resistir, y el sueño
“ Cambiar en la vigilia, trabajando
“ Con tanto afán y con angustia tanta? ”

“ Dalmiro, aquel amor sagrado y puro
“ De la patria y del nombre mexicano,
“ Vos lo sabéis, me trajo á estos asilos
“ Mientras que vos os ibáis al combate.
“ Cumplamos nuestros fieles juramentos;
“ Y el inmortal amor que nuestras almas
“ Alimentan tan puro y tan ardiente
“ Como la fe que enciende nuestros pechos,
“ Conservará el valor y la esperanza
“ En nuestros corazones amorosos.
“ Firmes sigamos de la patria el nombre,
“ El glorioso camino que llevamos,
“ Y Dios coronará nuestros esfuerzos.

“ Sí, Lucila, Dalmiro le contesta;
“ Sí, bien mío, tu amor alienta el alma
“ De este joven ardiente, y tus recuerdos
“ Me animan por doquier en el combate.
“ Esta noche, Lucila, se prepara,
“ Según los movimientos enemigos,
“ Un empuje terrible: allá me espera
“ El deber, y la fama y la victoria,
“ O acaso, acaso, venturosa muerte;
“ Mas antes de partir, mientras la hora

“Llega, Lucila, como siempre quise
 “Cumplir con mi consigna de la noche,
 “Aquí tenéis;” y en manos de Lucila
 Puso un bulto cubierto, que afanosa
 Recibió la doncella conmovida,
 Y con trémula voz así le dijo:

“Dalmiro, si supieras cómo aprecian
 “Nuestros pobres heridos las ofrendas
 “Que día á día hacéis por mi conducto,
 “Sentiríais el alma engrandecida.....!”

“Lucila, tu virtud ha despertado
 “En mi abrasado corazón la tea
 “De esa sublime caridad tan grata
 “Que es la única virtud que nos consuela:
 “En ella, hermosa, encierra el cristianismo
 “Toda su misteriosa y pura idea,
 “Que es de la democracia el evangelio.....
 “Cuando después de verte, amada mía,
 “Salgo de este lugar todas las noches,
 “Siento tranquilidad, siento consuelo
 “Y grande siento dilatarse mi alma.
 “Sí, Lucila, la siento en los combates
 “Grande, de valor llena y bizarría;
 “Se enajena mi ardiente pensamiento;
 “Se espacia mi pecho y se entusiasma;
 “Y cuando en medio á la feroz batalla,
 “Al silbar la metralla furibunda
 “Me envuelve el humo, sólo una memoria
 “Llena mi corazón y lo extasía.....
 “Es la memoria de mi amada madre,
 “Es la memoria de la amada mía.....!”

“Dalmiro, yo también, Lucila dijo,
 “Por tí al cielo levanto mis plegarias,
 “Y ese bien que tú haces te conserva.”

“Lucila, tus fervientes oraciones
 “Cubren mi frente y mi alma tranquilizan:
 “Mas ya la blanca luna se adelanta.....
 “Lucila, adiós!..... Al Ser eterno ruega
 “Que volvamos á vernos. Mas si muero,
 “No te olvides de mí.....” dijo, y un beso
 En la frente imprimió de la doncella.

“Adiós, Dalmiro, el Dios de las batallas
 “Te cuidará, lo siente mi conciencia.....”
 Y del palacio se alejó Dalmiro.

Ya al zenit se acercaba taciturna
 La luna melancólica, apacible,
 Cuando llegó Dalmiro al campamento.
 Una hora pasaría cuando súbito
 Un estallido prolongado trueno.....
 Toda la línea brilla..... se levantan
 Globos de humo doquier; y semejante
 A una nube de gasa transparente
 Con orlas plateadas por la luna,
 Se dilatan por todo el Occidente
 Mil nubes, del cañón al estallido.
 Sublime perspectiva se presenta
 En ambos campamentos: la luz blanca
 Siempre apacible de la limpia luna
 Se mezcla con el fuego de los rifles
 Y del cañón. Y esa confusa mezcla
 Un imponente cuadro indescriptible
 Presenta en la extensión del campamento.

Las columnas se arrojan: claramente
 Se ven brillar los rifles, los marrazos,
 Y aun el color se ve de los ropajes
 De los soldados sitiadores. Gritos
 Descompasados, se unen al estruendo
 De la tenaz terrible artillería:
 Cesa súbito el arma estrepitosa,
 Y sólo se oye el golpe del acero:
 Luchan á brazo libre, cuerpo á cuerpo,
 Cual luchan en el campo los leones,
 Díaz allí, sereno y denodado,
 El entusiasmo del soldado alienta,
 Y Antillón y otros jefes á los suyos
 Con calma heroica y con valor dirigen.
 Y allí Dalmiro con su rifle busca
 La victoria ó la muerte. Arnaldo lucha
 Como un héroe; Filópatro en la brecha
 Firme, sereno, anima á sus amigos.

Tres veces un valiente, sin cubrirse,
 Quiere pasar la brecha. Cien balazos
 Cruzan sobre su frente y no le hieren!
 Y calculando la distancia impávido,
 Un momento se para, y como el tigre
 A quien el cazador de las montañas
 Arroja en vano su certero tiro,
 Y sin herida queda, y con violencia
 Se arroja á su enemigo, y beber quiere
 Su sangre al destrozarlo con sus garras,
 Así aquel hombre arrojase de nuevo,
 Y se abalanza..... Arnaldo lo percibe,
 Sobre él se arroja..... el zuavo, prevenido,
 Preparando su rifle, el tiro lanza
 Y cae Arnaldo al exhalar la vida.....!

Dalmiro entonces, con brillantes ojos
 Y lleno de dolor y de ira á un tiempo,
 Salva la brecha, asesta al enemigo,
 Y en medio de mil balas, le dirige
 Su tiro, y el atleta zuavo un grito
 De furia arroja, derramando espuma
 Y cae mordiendo la sangrienta tierra.
 Retrocede Dalmiro á la muralla
 Donde se halla Filópatro, que advierte
 Sangre en el pecho de su amado amigo.

Quando éste deposita sobre el césped
 De Arnaldo el cuerpo que sus brazos trajo,
 Y en tanto conducir á Arnaldo ordena.
 Él mismo lleva al bélico Dalmiro
 Que no siente la herida de su brazo.

De ambas partes sucumben los guerreros,
 De ambas partes los ayes se perciben
 De los heridos, juntos con las voces
 De los jefes que animan la pelea,
 De los soldados que la lucha anhelan.
 Y después de una hora de matanza,
 De un inaudito esfuerzo, retroceden
 Al fin los atrevidos asaltantes.

Mientras pasa un momento de silencio,
 Y se organizan todos los soldados,
 Mientras aquí y allí, de polvo llenos,
 De humo y de sudor y de fatiga
 Los guerreros están limpiando su arma,
 Elodia en llanto se presenta hundida,
 Y aquí y allí pregunta por Filópatro.

Está cerca de allí, venda la herida
Del brazo de Dalmiro que, sereno,
Dejar no quiere de la gloria el sitio.
Al verle Elodia un grito de sorpresa
Exhala, y sin querer le abre los brazos.

"Filópatro, por vos, dijo, entre el fuego
He llegado hasta aquí: voz enemiga
Cundió de vuestra muerte, y yo he venido
A buscarla también! Pero..... estoy loca.....
Perdonadme, Filópatro, si ofendo
El purísimo amor de vuestra Amira.....
Es imposible..... es imposible....." Un rato
Quedó en su llanto hundida; y sorprendido
Filópatro, quedóse adivinando
Lo que su corazón nunca quisiera.

Repuesta un tanto Elodia, cariñosa
Se dirige á Dalmiro, quien mirando
La aflicción de Filópatro, y oyendo
Los ruegos de los dos, enlazó el brazo
A Elodia y se alejó del campamento.

"No me olvides, Filópatro," Dalmiro
Le dijo al alejarse. "Ve tranquilo"
Le contestó. "Y á vos, hermosa Elodia,
Os recomiendo á mi querido hermano,
Y que un laurel tejáis para la frente
De Arnaldo infortunado pero heroico."

Mientras se van, Filópatro sentía
Arder su frente: la ira del combate,

La muerte de aquel joven que sabía
Que pronto iba á morir; Dalmiro herido;
Las terribles palabras y las lágrimas
De la amorosa Elodia, todo hacía
Germinar mil ideas en su mente.
Pero haciendo un esfuerzo soberano,
Enjugóse la frente y quedó libre
Otra vez en el campo de batalla.

Poco á poco los fuegos se apagaron,
Y sólo de repente se miraban
Uno que otro destello, muy lejano.
Era que al retirarse el enemigo
Descargando, tal vez, iba sus armas,
Mientras que á sus heridos y á sus muertos
Iban confusamente levantando.

Aún no aclaraba la mañana límpida,
Ni los blancos celajes se tendían
En los azules montes del Oriente
Cuando dos globos de humo, y luego el brillo
Siniestro de las bombas nos anuncian
Que el sitiador intenta una batalla.

Tres columnas ordenan: por los flancos
Al fuerte del Demócrata dirigen
Una, y otra hacia el Sur, y por el frente
A la plaza dirígense impetuosos.

Toda la línea centellea; el humo
Oculta á las columnas invasoras
Y envuelve á los sitiados: de improviso

Un estallido horrendo se percibe
Y retiembla la tierra estremeciéndose.

Mil voces se alzan que vibrando suben
Hasta la altura con acento sordo.....
Y fuego..... fuego, gritan pavorosas.
Se vuelven las miradas contemplando
Como en círculos rápidos, horribles
Se ve que hasta los cielos se levanta
Una inmensa columna de humo denso,
Y luego en espiral gigantes llamas
Que parece que abrasan á las nubes.
A la vez el traidor francés, que mira
El incendio terrible, calculando
Que á los sitiados el pavor y angustia
Harán tal vez ceder con el espanto,
Redobla sus esfuerzos poderosos,
Aumenta su tenaz artillería;
Y como lluvia estallan las granadas,
Y revientan las bombas, y del rifle
Millares de centellas se despiden,
Y muerte, asolación, terror, ruina,
Cunde por todas partes, y mil gritos
Se oyen doquier; y gimen y sollozan
Las dolientes mujeres en la plaza,
Y de los niños oyéanse los gritos
Y el crujir de las ruedas de las bombas
De agua, que acuden al feroz incendio.
Y todas esas voces y esos gritos
Confundidos, un eco indefinible
Producen, que se asocia al estallido
De las mil bocas de rayado bronce!
Y así como del Etna enfurecido
Nos pintan la explosión aterradora

Que cien pueblos hundió bajo su cumbre
Mientras el eco del terror se oía
Sordo cruzar los montes y los llanos
Hermosos y floridos de Sicilia,
Así se oye el rumor que parecía
La explosión de un volcán estrepitoso.
Y así como se mira del Vesubio
Esa columna de humo que retratan
De Nápoles las aguas azuladas
Que las ruinas de Pompeya mojan
Y de Herculano los gigantes pórticos
Que la lava cubrió y besan dolientes
Esas olas que llegan á las playas;
Así se ve la colosal columna
Que dentro la ciudad al levantarse
Causa desolación y espanto y pena.
Una erupción parece aquel incendio
Que levanta sus grandes llamaradas
Mientras retumba al estallar las bombas.
Pero listos están los defensores,
Y acuden por doquier los ciudadanos,
Los ancianos, los niños, las mujeres
A los valientes á prestar auxilio,
Y se arrojan en medio de las llamas
Mientras silban las balas matadoras.

Allí se ven enmedio de aquel cráter,
Serenos á Berriozábal, que se afana
Por cortar el incendio. Mejía, Llave
Que el fuego obrador también combaten,
Y Foster y Loera, y muchos jefes
Y muchos ciudadanos denodados
Que con Ortega acuden presurosos
A evitar un desastre más terrible.

Al mismo tiempo entre el fragor del trueno
 Balcázar á sus inclitos soldados
 Reanima con su bélico ardimiento,
 Y resiste valiente al enemigo
 Que rabioso se arroja con bravura.
 Allí luchando con valor Filópatro,
 Piensa en Elodia, y piensa que le ama
 Con imposible amor, porque de Amira
 Es el esposo prometido, y su alma
 Sólo amistad respira por Elodia;
 Y á un tiempo mismo su abrasada mente
 Le sugiere encontrados pensamientos.
 La voluntad paterna le aconseja
 Luchar hasta morir: el amor puro
 De Amira exige conquistar la gloria:
 Y gratitud le obliga que el cariño
 Pague de Elodia con afecto amigo.

En tanto sigue la sangrienta lucha,
 Obstínada, terrible, prolongada,
 Hasta que al fin medroso se retira
 El valiente francés de espanto lleno,
 Dejándole al azteca la victoria.

Cansado, y abatido, y extenuado
 El enemigo lleno de despecho
 Vuelve á su campamento silencioso.
 Pero Forey, sediento de matanza,
 No quiere descansar, todo lo mueve,
 Y nuevas luchas á librar se aprestan.
 Pasa un día y otro día, y nuevo empuje
 Dispone, despechado en su arrogancia.
 Transcurre la mañana en la fatiga,
 Llega la tarde y el cañón no cesa
 De arrojar sus horrendos proyectiles.

Y en tanto que en sus sombras se envolvía
 La tarde entristecida por la muerte
 Y ya la noche rápida bajaba,
 En los hombros de todos sus amigos,
 Coronados de lauros y de encina,
 El cadáver de Arnaldo es conducido
 A la mansión de paz de los guerreros.
 Allí, en vez de las lágrimas miedosas
 Del dolor de la muerte, se vertían
 Lágrimas de entusiasmo generoso.
 La madre heroica del heroico Arnaldo
 Con semblante sublime y voz robusta
 Mil bendiciones de su amor le dijo,
 Y en la frente del hijo idolatrado
 Colocó una corona inmarcesible,
 Imprimiendo en su pálida mejilla
 El ósculo postrer de su cariño.

Ortega, allí presente, como ejemplo
 De sublime valor, en bello elogio
 Lo presentó ante el mundo, y su entusiasmo
 Palpitar hizo á los ardientes pechos,
 Dejando aquellos sitios, conmovidos
 Todos los hijos de la heroica Puebla.

Con bella claridad los astros todos
 Comienzan á asomar por el Oriente,
 Precediendo á la luna silenciosa
 Que vendrá á iluminar á los valientes.
 Apenas se anunciaban los fulgores
 De la luna, de Oriente en las montañas,
 Cuando de la ciudad al Occidente
 Se prepara un asalto. El mexicano
 Observa el movimiento y se prepara
 También á resistir á los franceses.

De Veracruz allí los fuertes hijos
 Y los hijos de Túcpan su rifle arman
 Y de los galos el asalto esperan.
 Silencio sepulcral de pronto anuncia
 Que algo terrible pasa; que un ataque
 Poderoso se espera, y que muy pronto
 La sangre correrá del mexicano,
 Pero también empapará la tierra
 La despreciable sangre de los galos.
 De improviso el relámpago destella
 Del rayado cañón al estallido,
 Las luces de los rifles tronadores
 Por doquiera salpican en el aire.
 Desigual lucha trábase; los galos
 Impetuosos á la lid se lanzan;
 Con vigor les recibe el mexicano,
 Y ambos luchan con bélico denuedo.
 Entre la luz opaca de la luna
 Que el humo de los rifles oscurece
 Y las nubes del cielo tempestuosas,
 Se confunden los bravos lidiadores
 Cuerpo á cuerpo mezclados: silenciosos
 A ratos, y lanzando á ratos gritos,
 Avanzan unos, otros retroceden.
 Entretanto obscurécese la luna,
 Densas nubes se agitan por el Norte
 Y por Oriente brillan los relámpagos,
 Truenan los cielos, y á su eco sordo
 Contestan del cañón los fuertes ecos.
 Truena la tempestad en las alturas
 Mientras aquí en la tierra horrenda estalla
 La fiera artillería. Se confunden
 Los rayos poderosos de los cielos
 Del francés con las bombas impotentes:

La obscuridad aumenta con el humo,
 Y el enemigo arrójase violento,
 Pasa la brecha que el cañón abriera
 Y que de intento deja el mexicano.
 Pasan seis horas de combate horrendo,
 Ruedan al estallido de las bombas
 Las potentes paredes: se derrumban
 Las murallas; y salta el enemigo,
 Y hasta los patios rápidos se arrojan
 Unos, mientras los otros pavoridos
 Huyen precipitados. El silencio
 De repente parece que anunciaba
 Que no existen allí los contendientes.

Súbito un rumor sordo se prolonga
 Y se iluminan ambos campamentos.
 Era la llama del incendio. Entonces
 Se reconocen ambos luchadores;
 Quieren los galos ofender; en vano,
 Están circunvalados: los escombros
 Les cercan por un lado, por el otro
 Una muralla de valientes pechos.
 Un grito de terror lanzan los galos,
 Mientras los nobles mexicanos, llenos
 De ardiente caridad, así les dicen:
 "Ya no temáis, los mexicanos libres
 Os perdonan; rendid vuestros aceros."
 Pálidos, demudados, tembrosos,
 Rinden sus armas los valientes francos,
 Y Llave, lleno de nobleza heroica,
 Después que los venció, con faz risueña
 Recibe á los vencidos cariñoso
 Y les brinda la paz de la República.

Y en tanto el fuego que la lluvia apaga,
Cesa, y las nubes rásganse en los cielos;
Calma la tempestad, brilla la luna,
Y mientras á la plaza se conducen
Prisioneros y heridos y cadáveres,
El enemigo que huye, ni siquiera
Se atreve á levantar á sus heridos,
Que el generoso mexicano acoge.
Llave fué el héroe de esa noche espléndida,
Y Casarín, y Foster, y cien otros
Que le acompañan de entusiasmo llenos,
Y á la patria gozosos felicitan.

Ballesteros allí con valentía
Anima á sus soldados, y Martínez
Y Zárate también heroico ejemplo
Dan de valor patriota y bizarría,
Y Jalisco, y Toluca unen sus nombres
De San Marcos al nombre memorable
Y de San Agustín, donde han grabado
Díaz y Balcázar sus brillantes hechos.

Ya al rendirse el francés, súbitamente
Se oyó un trueno, y el pecho atravesando
Traidora bala al inclito Galindo,
Súbitamente le arrancó la vida
A ese noble valiente que animoso
Luchó con sus heroicos batallones:
Y al eco de la gloria se mezclaron
Las lágrimas de amor sobre aquel joven
En cuya frente de ciprés y encina
Una hermosa corona le pusieron
Las vírgenes de Puebla enternecidas,
Mientras vengar juraron esa sangre
De Zaragoza invicta los caudillos.

Pronto otra vez escúchase el estruendo
De los morteros que la muerte lanzan.
Y así como después de la tormenta
Que el terror y el espanto difundía
En los valles, las selvas y los montes,
Sigue la calma silenciosa, y queda
El campo hundido en funeral desmayo,
Y á poco de los rápidos torrentes
Que de los montes bajan y se tienden
En ríos en los campos esmaltados,
Se oye un rumor terrible que desciende
Porque en masa las aguas mugidoras
Unidas corren con violencia, y fuertes
Se precipitan con horrible estruendo
Al llevarse los árboles, las rocas,
Todo lo que á su paso se presenta,
Causando un estallido formidable.

Así, después de la feroz batalla,
Quedó todo en silencio sepultado.
Pero luego, otra vez se oye el estrépito
De voces y de gritos, mientras zumban
Las bombas en la atmósfera serena;
Y otra vez el cañón su trueno estalla,
Y otra vez las campiñas se oscurecen,
Y la luna otra vez su faz oculta
Entre el humo que cubre el horizonte.

Entretanto, postradas, levantando
Sus cantares á Dios y sus ofrendas
Nueve doncellas, inocentes vírgenes,
De esas mujeres santas consagradas
Al servicio de Dios, y un sacerdote
Que sus ruegos fervientes dirigía,

Estaban prosternados, suplicando
 Por la tranquila paz, y á Dios pidiendo
 Que cesase el estrago de la guerra.
 Aromático incienso, ofrenda humilde
 De su oración sencilla perfumaba
 El ara del altar y la alta bóveda,
 Que retemblaba al estallido horrendo
 Del arma fulminante y espantosa.

El ángel de la paz tal vez cubría
 Con sus cándidas alas á esas vírgenes
 Víctimas del error y el fanatismo
 Que á su codicia vil las sacrifica!
 Tal vez llorando el ángel, sus cantares
 Unía al canto de las bellas vírgenes,
 Y al Dios omnipotente le ofrecía
 Aquel místico ruego de esperanza.
 Tal vez desde su trono de zafiro
 Dios les muestra su púdica sonrisa,
 Mientras los querubines al Dios sumo
 De esas castas esposas le presentan
 Las oraciones que el incienso eleva!

Súbitamente, como el trueno horrendo
 De la terrible tempestad, retumba
 Terrífico estallido que estremece
 Aquel vasto edificio en que se encuentran;
 Y la bóveda se abre, y retumbando,
 Sobre aquellas mujeres se desploma!

Una bomba cayó..... la muerte roba
 La vida á dos de esas mujeres santas:
 Siete quedan cubiertas con su sangre
 Que brota por doquier de sus heridas.....
 También la suya el sacerdote vierte.....

Mientras columnas de humo y polvo se alzan.
 Aquellas puras víctimas humildes
 Ni una queja exhalan de sus labios:
 Sólo oraciones, suplicas divinas
 Elevan al sentir crudos dolores,
 Pidiendo á Dios la paz para la patria
 En que vieron nacer la luz del día!

Al estallido de la horrible bomba,
 Con mirada siniestra é imponente,
 De la altiva Cholula en la pirámide
 Se vió entonces erguirse la gigante
 Sombra del dios terrible de la muerte;
 Y al brillo rojo de un fulgor incierto
 Lanzó horrible, terrífico conjuro.
 " Mi culto sanguinario, mis ofrendas,
 Dijo, eran los bárbaros tributos
 Del esclavo vencido, del profano,
 Que se negaba á conocer mi fuerza.
 Pero jamás mis fieles sacerdotes
 Me ofrecieron ofrendas inocentes;
 Jamás por difundir un falso culto
 Los templos profanaron mis guerreros;
 Jamás de mis naciones la cultura
 Llevaron mis soldados á otros pueblos
 Sacrificando á la inocencia humilde.
 Las vírgenes, los templos, los altares
 Dejaban mis valientes vencedores
 Dando culto á su Dios; y esos valientes
 Que hoy al nombre del Cristo, al mexicano
 Quieren civilizar, siembran la muerte.
 Pueblos de Anáhuac! no olvidéis mi acento:
 La sangre que derraman los traidores
 Fecundiza la tierra de los libres!

Y esos que hoy vuestra patria vilipendian,
 Entre el remordimiento y el espanto
 Y desesperación darán la vida....."
 Dijo así el dios: y luego disipándose
 Las sombras rojas que su sien velaban,
 Desapareció en las nieblas de la noche.

Al disiparse las confusas sombras
 Comienzan lentamente á los reflejos
 De la dorada rubicunda aurora
 Que apacible exhalando por doquiera
 Flores y aromas y gososo encanto,
 Asoma por las puertas del oriente.
 Y apenas el albor de la mañana
 Se derrama en las lípidas campiñas,
 Cuando otra vez el fuego se repite
 Por ambas partes. El villano galo,
 Allá entre Norte y Occidente asoma,
 Con cautela emboscado en los arbustos
 Que bordan de Atoyac los arroyuelos
 Y las sinuosidades de la tierra.
 Los ven nuestros ginetes guerrilleros
 Y al encuentro se lanzan impacientes:
 Silban los rifles y la lucha empieza;
 Se acercan, acometen, pero se oye
 Un grito que deliene nuestras armas:
 ¡Viva México! gritan los franceses:
 Y á esa voz tan querida al mexicano
 El ímpetu detiene á sus corceles;
 Mas es una traición; subitamente
 Se abalanzan con ímpetu violento,
 Y mil tronidos por doquier estallan.
 Trábase entonces la tremenda lucha,
 La ira del mexicano se despierta,

Y acomete y redobla sus esfuerzos
 Y las columnas galas desbarata;
 Hasta que al fin cansados, oprimidos
 Por las terribles lanzas del azteca,
 Huyen despavoridos los traidores.
 Así camina presuroso el día;
 La mañana se pasa en los combates,
 Y comienza la tarde borrascosa
 Envuelta en humo denso que despiden
 Las mil bocas terribles retumbantes
 De la feroz potente artillería.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO OCTAVO.



ERMITE, oh Dios, los sueños lisonjeros
Que alientan mi existencia infortunada
Realizar cuando miro la ventura
De mi patria gloriosa. Aún yo siento
Dentro del alma mágica esperanza,
Yo siento que mi vida vigorosa
Ha de durar para cantar de México
El triunfo más espléndido que brille
En los eternos libros de la historia.
Yo que de libertad al aura blanda
Mecí mi cuna en mi infantil ensueño,
Yo que de la reforma he visto el triunfo,
Y también empuñé, por su defensa,
La espada del patriota; yo que lucho
Por su gloriosa independencia y miro
El valor indomable de los hijos
De Zaragoza invicta, y los laureles
También arranco de su gloria invicta,
Podré entonar con bélico entusiasmo
El himno más grandioso de la patria,

La tenaz resistencia, el heroísmo
 Del valiente soldado mexicano
 Espanta al invasor que se fatiga.
 Más de treinta horas pasan, y no intenta
 Otro empuje el soldado de la Europa.
 Aquí y allí tan sólo se distinguen
 Algunos tiros; sus trabajos sólo
 Activando prosigue el enemigo.
 En tanto Ortega por doquier recorre
 Los campamentos, y también Reinaldo
 Le sigue por doquier, y en su memoria
 Fijo el recuerdo de su hermano lleva
 Y promete vengar, mientras que viva,
 Su sangre virginal. Mira el retrato
 Del ángel que adoraba, y que inocente
 La muerte ignora de su tierno amante;
 Ve el relicario en que los blondos rizados
 Conservaba su hermano de aquel ángel
 A quien no volvió á ver, y de sus ojos
 A su pesar descende triste llanto,
 Que correr deja para dar alivio
 A su angustiado corazón que sólo
 Palpita por vengar la sangre pura
 Del malogrado Arnaldo, y por la patria
 A quien ha consagrado su existencia.

De improvisó, del Sur al Occidente
 Retiemblan las campiñas y las plazas;
 Silban las balas y las bombas rugen,
 Se envuelven en las densas humaredas
 Los reductos que guardan los valientes
 En la línea del Sur; los de Occidente
 También se nublan y retiemblan todos,
 Juntos con los del Norte. Una ancha zona

Se ve de negras nubes que atraviesan
 Mil furibundos rayos de la guerra.
 Centellean las balas á millares;
 Las bombas en la altura se tropiezan
 Unas con otras, y estallando truenan
 En los templos, las calles y las plazas.
 Todo es horrible confusión: la muerte
 Sólo se mira en todos los semblantes,
 Pero también de gloria los reflejos
 Sobre la frente del guerrero brillan.
 Allí entre el humo del cañón, los gritos
 Se oyen de los guerreros entusiastas,
 Que su umben, la patria vitoreando:
 Allá á la luz fosfórica que lanzan
 Las bombas, de los niños y mujeres
 Se escuchan los gemidos. El incendio
 Alumbra por acá, sobre ruinas,
 Cadáveres sin cuento, y los heridos
 Que gritos de dolor lanzan gloriosos
 Entonando á la vez patrias canciones.
 Así corren las horas presurosas,
 Y las nubes del humo de los fuegos
 Obscurecen del sol los resplandores;
 Y no cesa terrible el bombardeo,
 Y no cesa la cruel carnicería
 Que enrojece los campos de Occidente.
 Por el Sur los soldados mexicanos,
 Al descender la tarde, se abalanzan
 Y fuera de los muros con bravura
 Se arrojan á la lid, impetuosos
 A la voz de Ghilardi; hasta ponerse
 Cuerpo á cuerpo en la lid, fuertes arrojan
 Sus columnas, ardiendo de venganza,
 Que el invasor apenas resistía.

De Zacatecas los valientes hijos
 Siguen de Auza los ecos entusiastas,
 Y de Sánchez Román, y de Alatorre,
 Y Régules también, que se adelantan
 De la gloria enseñándoles la senda,
 Y no cesa el combate hasta que asoma
 La noche con sus sombras taciturnas.
 Cede á ratos la fuerza impetuosa
 Del enemigo; desarrolla á ratos
 Con furia su despecho, y así pasa
 La noche sin que pueda en sus esfuerzos
 Conseguir ni el descanso, ni su triunfo.
 Perspicaces los jefes mexicanos,
 Observan del francés los movimientos
 Que al Sur en tanto su atención dirige.
 Toda la noche el ruido de los carros
 Su movimiento indica; al Sur conducen
 Baterías y trenes y pertrechos,
 A la vez que sus bombas y granadas
 En torno á la ciudad lanzan activos
 Para distraer de Zaragoza invicta
 A los tan incansables defensores.
 Mas nada valen sus ataques falsos;
 La circular muralla de guerreros
 Donde quiera que el galo se presenta
 Contesta con vigor y bizarría.
 Y así las nieblas de la noche cubren
 De Zaragoza invicta el heroísmo,
 Y así de la mañana los crepúsculos
 Sorprenden el valor del mexicano.
 La mañana llegó, y aunque sus fuegos
 No cesan en la línea de Occidente,
 Al Sur se anuncian fuertes movimientos.
 Apenas los albores matutinos

Despejaban las nieblas del crepúsculo,
 Cuando ágiles columnas se veían
 Hacia el Sur caminando presurosas,
 Y en el barrio del Pópulo se pararon,
 Organizando un nuevo campamento.

Ya el sol doraba los hermosos campos
 De Agua-azul y del Pópulo, y de pronto,
 Mientras al Norte y á Occidente manda
 Sus fuegos la rayada artillería,
 Un grupo de caballos agarenos
 Se mira desfilir pausadamente
 Hacia el rumbo del Pópulo, y descenden
 Del cerro de San Juan. Ortega toma
 El óptico instrumento, y claramente
 Distingue los vistosos uniformes
 Del Estado Mayor del enemigo,
 Que visita los campos dando al aire,
 Doquier que va, la tricolor bandera,
 Y le sigue una escolta numerosa;
 Mientras al flanco izquierdo una columna
 Destaca de caballos agarenos
 Que tiende en ordenados tiradores
 Y columnas también de infantería.
 Preparando el ataque de la plaza,
 Él, fuera de los tiros va avanzando
 Con paso lento, aparentando calma:
 Se detiene en el Pópulo, y avivan
 En tanto por el Norte y Occidente
 Los fuegos, y las bombas espantosas.
 Pasa Forey allí de la mañana
 Las horas, ordenando sus ataques;
 El terreno recorre, mide, observa
 Y su plan desarrolla de campaña,

Que desde luego á practicar empieza;
 Y ya que todo preparado mira,
 Vuelve otra vez á su troton las riendas
 Al cuartel general torciendo el rumbo.

Cesando van parciales los ataques
 Hacia la plaza, en tanto que el activo
 Movimiento de guerra estrepitoso
 Que se observa en los campos sitiadores,
 Anuncia nuevas lides formidables,
 Decisivas tal vez, para la gloria.
 Ortega, luego que observó el regreso
 De Forey, á los puntos se dirige
 Recorriendo la línea y preparando
 La resistencia donde el fuego indica
 Que debe ser el impetuoso empuje.
 También cambia los puntos defensores,
 Y mueve nuevos trenes y pertrechos,
 Y mueve poderosa artillería,
 Y dispone doquiera las reservas
 Según su plan de ataque y de defensa,
 Y según los trabajos enemigos
 Que atento observa y que le indican luego
 Las pretensiones del francés osado.

La tarde tristemente transcurriendo
 Presagiaba terrible que la muerte
 Tal vez entre los pliegues de la noche
 Vendrá á esparcir la pena y el espanto.
 La tarde se adelanta, y por doquiera
 Se observan con violencia los aprestos
 Del invasor, que nos prepara acaso
 Su más terrible y poderoso empuje.
 Silba el rifle doquier, la bomba estalla,

Y entre las sombras de la triste noche
 Que rápidas avanzan por Oriente,
 Las nubes de la pólvora se mezclan
 Con las nieblas oscuras de la noche,
 Que llega al fin tan tétrica y sombría
 Cual los negores del sepulcro helado.
 Al descender sus taciturnas nieblas,
 El eco del cañón estrepitoso
 Resonó por la línea de Occidente.
 Todo en torno se incendia, en todos vientos
 Se oye el eco terrible que retumba
 Allá en los dilatados horizontes.
 Al cañón homicida en todas partes
 El cañón mexicano le responde
 Con eco atronador: las nubes de humo
 Con la nubes del cielo se confunden,
 Y cual la luz rojiza del relámpago,
 Una siniestra luz aterradora
 Se mira al rededor de Zaragoza
 Que la tiniebla de la noche envuelve.
 De pronto se desprende de las nubes
 A torrentes la lluvia, y los destellos
 Del relámpago audaz que el viento cruza,
 Y el trueno de los rayos de los cielos,
 Y el estallido horrendo del mortero,
 Todo á la vez con fuerza se confunde,
 Se mezcla, y sólo un eco se percibe.....
 Pero el fuego no cesa, los valientes
 El furor de los cielos desafían,
 Y truenan los cañones y las bombas
 Y el rayo estalla, y su eco tremebundo
 Resonando se eleva en las montañas.
 De Toluca los bravos batallones
 Allá en Pitiminí, con heroísmo

A la voz de Padrés, con arma al brazo
 El empuje terrífico resisten
 Del osado invasor que lanza muerte,
 Y esparciendo el terror y la matanza
 Quiere arrancar un lauro á la victoria.
 Pero lleno de rabia y despechado
 Cuando ve que resiste valeroso
 El libre mexicano, horribles minas
 Cava en el suelo, y luego enfurecido
 Hace volar la tierra hasta las nubes.
 Después que el estallido de los cielos
 Calmó, y la tempestad, silencio horrible
 Un momento sucede; de improviso
 Un eco sordo trueno subterráneo
 Que hace temblar la tierra en sus contornos;
 Y los templos, las casas se estremecen.....
 Y así como en la cumbre de Himalaya
 Al romperse giganticas las rocas
 Que se calcinan por el fuerte fuego
 Y arrojando en columnas de humo denso
 Moles inmensas, el volcán furioso
 Obscurece la luz, estremeciendo
 Sus bases gigantescas las ciudades,
 Los campos, y los mares turbulentos,
 Difundiendo el furor y la pavora;
 Así al brotar el cráter espantoso
 De la terrible mina, el horizonte
 De Puebla se nubló, tembló la tierra
 Y tembló el Atoyac en su corriente,
 Y al fragor de la bomba tremebunda
 Calles enteras como leve paja
 Se alzaron por los aires, sepultando
 Al caer los escombros arrojados
 Mil víctimas ilustres y valientes.

A la vez el francés en su despecho
 Quiere arrojar en medio á las ruinas,
 Pensando aprovecharse del espanto
 El cobarde que esquiva la batalla
 Cuerpo á cuerpo á que el libre le provoca:
 Y oculto, y con infame villanía
 Destruyendo los grandes monumentos
 Del arte, porque siéntese impotente
 En lucha corporal, se lanza rápido;
 Pero el noble y valiente mexicano
 No se arredra, y en medio los escombros
 Luchando con la vida y con la muerte,
 Se arroja á la defensa el valeroso
 Toluqueño entre gritos de entusiasmo:
 Cierra las brechas con sus mismos cuerpos,
 Y una, y dos y tres veces retrocede
 El bárbaro francés enfurecido.
 Nada le valen sus potentes minas,
 Nada el estrago horrible que ocasionan.
 El mexicano, intrépido y sereno,
 Sobre de mil cadáveres pelea,
 Y lucha brazo á brazo, cuerpo á cuerpo.....!
 Allí al fragor de la fatal batalla
 Se admira la grandeza del valiente,
 Y los rasgos se ven del heroísmo,
 Que lucha lleno de entusiasmo ardiente.
 ¡Viva México! exclama el mexicano:
 ¡Gloria al emperador! los galos gritan:
 ¡Gloria á la independencia soberana!
 Claman los mexicanos valerosos;
 En tanto que las bombas por el aire
 Se chocan al caer, y los fulgores
 De los cañones la tiniebla alumbran.
 Y como el golpe se oye del granizo,

Cuando en la zona tropical descende
 En las tardes de Mayo calurosas,
 Que la terrible tempestad engendra,
 Y cual la lluvia que la tierra inunda,
 Así el chasquido de las balas se oye
 Que caen en la ciudad por todas partes,
 Mientras millares de granadas cruzan
 Y caen, y estallan, y el pavor difunden.
 Tres veces el impulso soberano
 Del galo á los escombros se dirige,
 Y tres veces con ímpetu glorioso
 El mexicano su furor rechaza:
 Tres veces se abalanza despechado
 El francés, que echa espuma enrojecida
 Como rabioso can; pero tres veces
 Retrocede espantado, huye cobarde
 Y su camino ensangrentado deja,
 Cubierto de cadáveres y heridos.
 Cayeron las murallas formidables
 Con el estrago de la horrenda bomba,
 Y anchas calles la fuerte artillería
 Abre doquier con ímpetu violento.
 Pero cual si brotaran de la tierra
 Cuerpos de heroes cubren esas brechas
 Que abre con su rayada artillería
 El sitiador frenético en su rabia;
 Y atónito, y absorto el francés queda
 Viendo tras de las minas nuevos muros
 Y fosos y cañones y soldados,
 Que impávidos, serenos y contentos
 Esperan impacientes la batalla.
 El humo denso del feroz combate
 Se une con las nieblas que descienden
 Envolviendo los anchos horizontes;

Las nubes que aún quedaban en los cielos
 De aquella tempestad que se alejaba
 Obscurecían la callada noche,
 Y se ocultaba la creciente luna
 Tras aquellos oscuros nubarrones
 En el zenit del cielo suspendida.
 En tanto Ortega con serena frente
 La línea combatida recorría,
 Y ardiendo de entusiasmo belicoso,
 Dispone con valor la resistencia,
 Y entre los gritos de contento cruza
 Doquier dando valor á los soldados,
 Siempre risueño, valeroso siempre.
 En tanto la batalla formidable
 Se extiende por la línea de Occidente;
 Los mexicanos su valor renuevan,
 Y su furor acrecen los franceses;
 Y el fuego crece y por doquier las bombas
 Zumban y silban las terribles balas
 Del rifle matador. Fuego y más fuego
 En la línea se mira; se obscurece
 Con el humo la luz esplendorosa
 De la apacible luna, y ancha zona
 De roja luz alumbra el Occidente.
 Todo es desolación; se multiplican
 Los ecos del cañón, y entre las sombras
 De esa noche tan triste se veía
 La luna como antorcha funeraria.
 Van las horas en tanto discurrendo,
 Y ni un instante la matanza cesa:
 Crece la estrepitosa artillería,
 Y al volar los escombros por doquiera
 Como erupción volcánica, se arroja

Terrible el agresor con sus columnas
 Envuelto en densas nubes de humo y polvo.
 Ni calcula el peligro el mexicano,
 Ni teme al atrevido que se arroja,
 Ni mide la distancia, ni numera
 Al enemigo que á su frente mira,
 Y lleno sólo de valor espera,
 Y á la muerte con muerte le responde,
 Y al fuego le responde con el fuego.
 Toda la noche en la matanza pasa;
 Ayes doquier se escuchan y alaridos
 En torno á la ciudad que en humo envuelta,
 Como una virgen en obscuro velo,
 Al venir la mañana aparecía.
 Y aun la luna que se hunde en Occidente
 Parece que se oculta obscurecida
 Entre las nieblas de la triste noche
 Que espantada de ver aquella escena,
 Pero también de gloria sorprendida
 Al contemplar tan bélico heroísmo,
 Se aleja dando paso á la mañana
 Al anunciarse la apacible aurora.
 Esas divinidades y esos héroes
 Se divagaron en el blando viento,
 Pero volvieron al feliz reposo
 De la inmortalidad, llenos de gloria,
 Porque vieron que el libre mexicano
 No deshonra los timbres de su origen.
 Así á la luz de la mañana hermosa
 Sorprendió á Zaragoza el nuevo día
 Del cañón homicida al estallido.
 El fuego se aumentaba; por doquiera
 Cayeron las murallas, con el golpe
 De las potentes balas, y los galos

Que pensaron salvar aquellas brechas
 Con ímpetu se arrojan. Pero listos
 Están los mexicanos, los valientes
 Hijos de Zacatecas; al acento
 De su intrépido jefe, cuerpo á cuerpo
 Luchan siete horas sin parar momento.
 Quiere el zuavo vencer, y despechado
 Y rabioso y frenético, la muerte
 Sembrando por doquier, la muerte busca.
 Así como unos tigres iracundos
 Que á la presa se arrojan, devorados
 Del hambre acosadora, no se paran,
 Y unos á otros la presa se disputan
 Para saciarse; los valientes zuavos
 Se arrojan á la lid, de rabia ciegos;
 Pero más valeroso el mexicano,
 Previendo sus golpes, el sonido
 Sólo se oye del arma matadora.
 Y mientras brazo á brazo se enfurece
 El combate en la plaza, y mientras Auza
 Anima con bravura á sus soldados,
 Allá Alatorre con valor combate:
 Régules por acá: los potosinos
 De Escobedo á la voz luchan valientes;
 Y sigue más y más encarnizado
 El combate feroz en las murallas
 De Santa Inés, y cunde en todas partes.
 Los hijos de Toluca con bravura
 Resisten al empuje; los heroicos
 Hijos de Puebla la inmortal, ostentan
 Orgullosos el timbre de su gloria,
 De Zaragoza al eternal renombre.
 Díaz, Llave y Negrete el denodado
 También á sus soldados conducían

A arrancar el laurel de la victoria.
 Por fin, después de tan heroica lucha,
 Cuando allí de Ghilardi belicoso
 El eco entusiasmado resonaba,
 Lleno de gloria el mexicano heroico
 Dueño quedó, y señor de la victoria;
 Y el espantado zuavo á nuestras plantas
 Quedó humillado ahogándose en su sangre
 O mordiendo la tierra que pisamos,
 O rindiendo sus armas al valiente
 Que escarmentó su pérfida osadía.
 Catorce horas de feroz combate
 Nos dieron ese triunfo esplendoroso:
 El pabellón de México triunfante
 Se izó orgulloso al eco de las dianas
 Y de los gritos del contento pueblo
 Que á la águila de Anáhuac arrogante
 Vitoreaba con fervientes himnos.
 Y en tanto que las lágrimas corrían
 De gloria por doquier en los semblantes,
 El generoso mexicano acude
 Donde quiera á auxiliar á los heridos
 Que el fugitivo en su derrota deja.
 El mexicano vencedor persigue
 En todas partes al audaz, temido
 Francés, que lleno de pavor se aleja.
 Ortega vencedor, benigno acoge
 A aquellos prisioneros que espantados
 Conduce el pueblo en medio de sus vítores,
 Pero sin ofender á los vencidos.
 El metal argentino de las torres
 Vibra entusiasta en los sonoros vientos,
 Mientras se eleva el humo de la pólvora
 Como incienso á las diáfanas alturas.

Mientras duren los siglos, ese día,
 El veinticinco sol del mes de Venus,¹
 En letras de oro escribirá la historia.

En esas hojas guardarán los siglos,
 De Méndez para siempre el nombre heroico,
 Brillando coronado de laureles,
 Al inmortal fulgor de gloria inmensa.
 Todo es placer y sentimiento y dicha,
 Mezcla de amor y gloria y entusiasmo,
 Recuerdos placenteros, esperanzas,
 Dudas del porvenir, tristeza, encanto,
 Confusión de ventura y de grandeza,
 Indefinible mezcla de contento!

En tanto que esto pasa, allá á lo lejos
 Se divisa un concurso numeroso
 Que mil banderas tremolando viene.
 Son los hijos del pueblo que conducen
 A los heridos con cariño tierno;
 Mientras las bellas vírgenes al aire
 Sus acentos armónicos confían,
 Cantando el himno nacional, y entonan
 Los cánticos patricios, y al sepulcro
 Llevan á los guerreros que valientes
 Sucumbieron al golpe de las balas
 Del pérfido invasor: y mientras queman
 Aromático incienso que se eleva,
 Y derraman mil flores por el suelo
 Que en alfombra magnífica convierten,
 Una corona inmarcesible ponen
 Al entonar dulcísima elegía
 Que hace verter el llanto de la gloria.

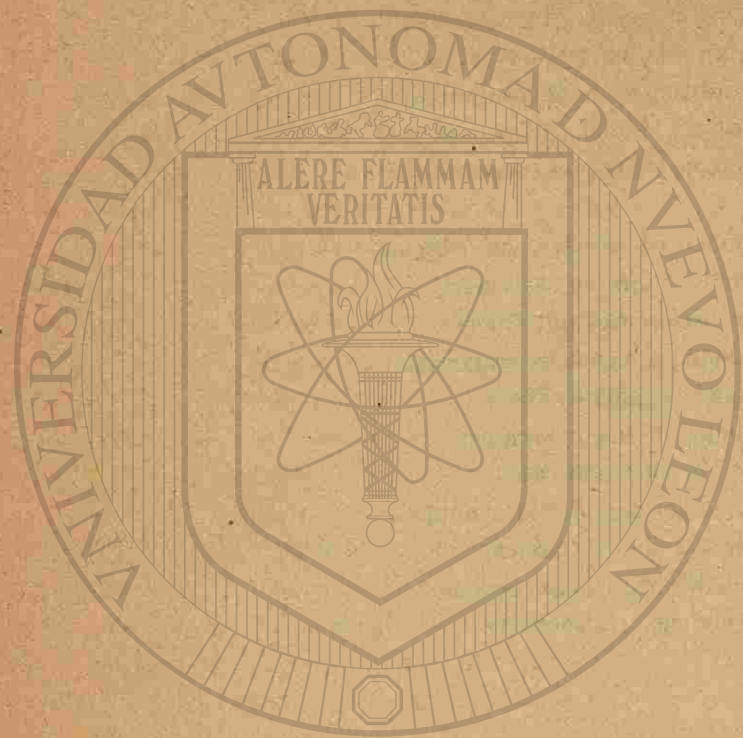
¹ Este mes era consagrado por los Romanos á Venus afrodita (mes de Abril).

Y Dalmiro, y Filópatro y Reinaldo
 Juran, sobre el cadáver de los heroes,
 O morir ó vencer, mientras Lucila
 Y Elena, llenas de cariño santo,
 A los heridos con amor consuelan.
 Amira conmovida á su Filópatro
 Invoca con amor; leve es la herida
 Que lastimó su pecho, y animada
 Al eco de los cánticos marciales,
 Flores y aromas al pasar derrama
 Sobre los heroes que al sepulcro llevan.
 Ortega, rodeado de los jefes,
 Y embrazando el pendón de tres colores,
 La libertad sublime vitorea,
 Saluda cariñoso á los vencidos,
 Los cubre con la espléndida bandera,
 Y entre el pueblo entusiasta prez y gloria
 Da al valor desgraciado coronándole.
 No un general invicto parecía,
 No un vencedor guerrero: la grandeza
 Que le cercaba aparecerle hacía
 Un semidiós, un hombre sobrehumano,
 Que en medio al esplendor de la victoria
 También deja correr por sus mejillas
 Una lágrima pura, más hermosa
 Que el rocío que cae sobre las flores.

Seguía en tanto presuroso el día,
 Y el francés espantado á sus reductos
 Se retira rabioso en su despecho.
 Cesa de pronto el fuego tremebundo,
 Y sólo á ratos y de tiempo en tiempo
 Se oyen en torno á la ciudad lejanos
 Los ecos del cañón: despavoridos

Huyen los asaltantes, y la plaza
 Más vigoriza su defensa heroica:
 Más listos por doquiera los valientes
 Se aprestan á la lid, á las reservas
 Negrete entusiasmado aliento infunde,
 Y mientras ya la noche se avecina
 Más el trabajo de la plaza acrece.

Se reponen las brechas, los reductos,
 Los derruidos muros y bastiones.
 En tanto el jefe mexicano acuerda
 Para el valor las dignas recompensas;
 Y así la noche rápida se avanza.
 La luna llena, de fulgor hermosa,
 Majestuosa se eleva del Oriente,
 Derramando su luz sobre los campos
 Para velar á la ciudad heroica,
 Que triunfadora y vigilante espera
 La nueva luz del refulgente día.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO NOVENO.



ALVE gloria inmortal! Bajo tus alas
Con tu esplendor cubierta la victoria,
Sobre la invicta Zaragoza ensalza
Con cánticos triunfales la grandeza
Del pueblo libre, que luchando sigue
Conquistando coronas inmortales.

Hijos de Hidalgo y Zaragoza invictos,
Ceñid esos laureles que la patria
Al derramar sus lágrimas gloriosas
En vuestras sienes con orgullo pone.
Héroes de Santa Inés, terror del galo,
Vuestro nombre inmortal con letras de oro
Ha grabado la historia victoriosa,
En tanto que la fama vocinglera
Por los inmensos ámbitos del mundo
Proclama vuestra gloria inmarcesible.
Al escucharla temblarán los tronos
Y del mundo los déspotas imbéciles
A su pesar doblando las rodillas
Sus cetros depondrán, y sus coronas,

A las augustas plantas de la virgen
 Grandiosa libertad, que sólo puede
 Producir tan magníficos prodigios!
 "Seis horas bastan," el iluso altivo
 En su delirio estúpido decía,
 "Para abatir de Puebla las murallas:
 "En seis horas veremos desbandarse
 "De México los grandes batallones:
 "Seis horas nos darán victoria espléndida."

Esto Forey decía con orgullo
 Al presentarse al frente de los hijos
 Del invicto y heroico Zaragoza!
 Y de Paris el pérfido asesino,
 Y del pequeño rey el confidente,
 Más de quinientas horas ha sentido
 Rodar sobre su frente, y todavía
 Apenas ve de Puebla las almenas.....!
 Y á cada paso que medir pretende,
 Escombros y terror y muerte encuentra.....!

¡Imbécil! Ha mirado á nuestras plantas
 Morder la tierra á los valientes zuavos
 Que espantaron de Europa á las naciones!
 La gloria ha coronado nuestras sienes,
 Cien y cien veces. Las gloriosas ruinas
 De San Javier, á la futura gente
 Le enseñarán en sus sagradas piedras
 Que ha mojado la sangre de mil mártires.
 De Santa Inés, los muros, el impulso
 Del galo resistieron, y con gloria
 Las legiones de México triunfaron,
 Los verdes campos cuyo esmalte puro
 Reflejaba del sol los resplandores,
 Con la sangre empaparon su verdura.

Los zuavos batallones, los valientes
 Hijos de Argel, los aguerridos hijos
 De las Galias, del César diminuto,
 Del gran parodiador de emperadores,
 En sangre tintos y arrojando espuma,
 Quedáronse tendidos por doquiera,
 Aquí y allí sobre la verde grama.

Cien prisioneros, y otros cien, su acero
 Rindieron á los pies del mexicano,
 Que, generoso, á los heridos presta
 Auxilio, entre su bélico entusiasmo.
 El vencedor del pérfido extranjero
 Doquier recibe triunfador saludo,
 Y risueño, y alegre y entusiasta
 Ni el fragor de las bombas le amedrenta
 Ni de orgullo le llena la victoria;
 Y así entre regocijos belicosos
 La tarde llena de episodios pasa,
 Y se adelanta rápida la noche
 Entre la duda y la esperanza, ansiando
 Todos ver de aquel triunfo el desenlace.

Pasó la noche del brillante día
 En que ciñera el triunfo nuestra frente
 En vigilancia activa y previsor,
 Y el nuevo día amaneció brillante,
 Tranquilo al parecer, por el espanto
 Que aun llenaba á los héroes de Crimea.

De tiempo en tiempo sólo se perciben
 Los ecos del cañón y de las bombas,
 Que lentamente á la ciudad envían.
 Mas ya la gloria con su bellos laurós

Había coronado á los guerreros
 Aquí y allí de Puebla en las murallas.
 Se distinguieron con heroico brío,
 De México los ínclitos guerreros,
 Pinzón y sus soldados aguerridos,
 Esos hijos del Sur, de tez quemada,
 Probaron ya á los fieros invasores,
 Que hijos son de Morelos y Guerrero,
 Y de Álvarez el grande, cuya enseña
 Jamás se ha envilecido al despotismo,
 Y siempre victoriosa ha proclamado
 La soberana libertad del pueblo.

Allá lucharon con denuedo ardiente
 Patoni con los hijos de Durango,
 Y alcanzaron también grato renombre.
 Acá con entusiasmo belicoso
 Mostraron su guerrera bizarría
 De Chihuahua los hijos que alcanzaron
 Por su valor laureles inmortales;
 Y los zacatecanos batallones
 Doquier dejaron de su porte heroico
 Una memoria para siempre ilustre,
 Al llevarlos Ghilardi á la victoria
 Mordér haciendo el polvo á los franceses,
 En tanto la victoria coronaba
 Con diademas gloriosas á los héroes
 Que en Santa Inés vencieron á las águilas
 Que el sangriento Forey rindió espantado.

Treinta y seis horas pasan, sin que vuelva
 El francés á arrojarse á las murallas
 Que defienden los ínclitos soldados
 De la heroica República de México.

Han brillado tres soles, y tan sólo
 Se atreve con sus bombas espantosas
 De tiempo en tiempo á recordar su rabia.
 Y pasan otros soles y otras lunas
 Y el invasor no ataca sorprendido,
 En tanto que cien veces los valientes
 Mexicanos le llaman al combate;
 Pero el galo lo esquiva y doquier huye.
 Más de quinientas horas han pasado
 En terribles combates los valientes
 Guerreros indomables del Anáhuac
 Que defienden los muros invencibles
 De la heroica ciudad de Zaragoza.

Más de quinientas horas los atletas
 Potentes de la Europa, desde lejos
 Han contemplado con temor cobarde
 Los muros, las almenas y las torres
 De la ciudad soberbia que defiende
 Palmo á palmo sus lares venerandos.
 Y después de mil muertes sólo alcanzan,
 Escombros y ruinas y cenizas;
 Y pasa el mes de Abril de gloria lleno.
 Del mes de Venus la postrera noche
 A su mitad se acerca: silenciosa
 Casi llena la luna caminaba
 Por el zenit del cielo, lentamente.
 Ni una nube cruzaba las alturas
 Y el azul transparente de los cielos
 Dejaba ver en sus etéreos campos
 A las estrellas límpidas, brillantes,
 Aun en medio á la luz de aquella luna
 Que tan limpia alumbraba las campiñas,
 Los montes y las torres de los templos
 De la ciudad de Puebla que velaba.

La blanca nieve de las altas cumbres,
De los volcanes cual cristal luciente
Reflejaba la luz de aquella virgen
Que en medio de los cielos se mecía.

En medio de esa calma, por los valles
Se observa un misterioso movimiento.....
Con paso lento por doquiera se miran,
Los jefes en sus bélicos corceles
Que al palacio sus pasos encaminan.
Entretanto, Filopatro al palacio
Se dirigió también y halló á los jefes
Que ya reunidos en consejo estaban.
Declinaba la luna al Occidente
Cuando reunidos ya los generales
Así les habla el entusiasta Ortega:

“Jefes ilustres de la patria mía,
Cuarenta y cinco auroras han lucido
Sobre de esta ciudad de Zaragoza,
Y han sorprendido entre su niebla pura
A los guerreros que el honor defienden,
En medio del fragor de la batalla
De combates heroicos; los guerreros
A quien la patria su defensa entrega
No desmienten su heroica bizarra.
Podemos aun luchar: nuestro denuedo,
Ha espantado á los bravos vencedores
De cien batallas: las legiones galas
Avanzan entre escombros y ruinas,
Y ni un triunfo tan sólo han conseguido.
Conocéis que mi empeño no desiste:
Que quiero perecer en la demanda,
Y en medio las minas sepultarme

De la invicta ciudad de Zaragoza,
Antes que permitir que el extranjero
Ultraje el pabellón de nuestras glorias;
Pero quiero escuchar vuestros consejos:
El pueblo de hambre y de miseria clama,
Y aunque vosotros veis que le doy oro,
Es inútil el oro cuando faltan
Los elementos que miligan l'hambre.
El pérfido invasor ha desoído
La voz de las naciones amistosa,
Que bajo sus banderas proponían
Sacar al pueblo inerme de la plaza.
Y no queriendo que se culpe al jefe
La barbarie del galo enfurecido,
Os anuncio otra vez, que yo primero
Sucumbiré de Puebla en los escombros
Antes que permitir que nos ultrajen
Las fementidas águilas francesas.”
Dijo y calló: y al punto resonaron
En el salón mil vivas entusiastas.
Todos los generales conmovidos,
Como Ortega pensaban, mas algunos
En puntos muy diversos discurrían;
Berriozábal, tomando la palabra,
Así con entusiasmo al punto dijo:

“Invicto general; jamás dudamos,
Ni del valor ni la lealtad heroica
Del jefe ilustre que vencer supiera
En Peñuelas, Silao y Calpulá-pam,
Al nefando é imbécil fanatismo.
Sus fatigas, su empeño á todos constan,
Y como él nosotros aceptamos
La suerte que la guerra nos depare;

Y prometemos por la ilustre México
 Antes morir, pero con muerte heroica,
 Primero que humillar nuestras banderas:
 Antes hundirnos en las fuertes minas
 De la soberbia Puebla, que uno solo
 De nosotros se arredre en el peligro.
 Pero si acaso del recinto un día
 Salir queréis de la ciudad, que sea
 Antes que los recursos agotemos,
 Antes que la miseria nos agobie." Dijo:
 y Llave siguiendo las razones
 De Berriozábal, la propuesta asepta.
 Lamadrid y Pinzón piensan lo mismo,
 E Hinojosa también, que proponiendo
 Que la línea se rompa, prometía
 Salir airoso del feliz proyecto.
 Negrete, firme, lleno de entusiasmo,
 Esa idea valiente secundaba,
 El pensamiento de salir rompiendo
 La línea sitiadora; y señalando
 Los caminos que el mapa presentaba,
 Recordaba felice la salida
 De O'Horán y Carbajal y de Rivera,
 Quienes sin daño y sin temor salieron.
 Formulaba proyectos que acogían
 Con entusiasmo algunos, entretanto
 Otros con desconfianza discutían.
 Ghilardi, lleno de valor heroico
 También romper la línea aseguraba,
 Pero Mendoza habló: "Señores, dijo,
 Cuarenta y cinco días de combates
 Han dado al mexicano la victoria,
 La victoria moral: nuestros soldados
 Vigorizados al mirar que ceden

Los sitiadores á su fuerte impulso,
 Aumentan más su fe: si de improviso
 Se anuncia una salida, languidece
 Y teme, y vacilante hasta se abate,
 Y hasta creará una intriga. El enemigo
 Ha reforzado ya sus campamentos
 Desde que O'Horán y Cuéllar y otros jefes
 A salir se atrevieron de la plaza.
 Estamos fuertemente circundados;
 Y los auxilios que de fuera vengan,
 Son débiles, remotos, pues la línea
 Inmensa que comprende el enemigo,
 Debilita el esfuerzo por doquiera
 Y más y más aísla nuestra plaza.
 Mas si al contrario nuestro jefe piensa,
 Si todos convenís en lo contrario,
 Que se dicten las órdenes al punto
 Y en esta noche rápidos salgamos,
 La mañana se anuncia." Hubo un momento
 De silencio, y después, la mayoría
 Esta opinión siguió. "Pues esperemos,
 Dijo Ortega, tenemos elementos
 Aun para la defensa vigorosa.
 Confíemos sin cesar en que las huestes
 De mexicanos, que por fuera observan
 Al pérfido invasor, con entusiasmo
 Nos darán los auxilios oportunos.
 Volvámonos al campo, compañeros,
 Que ya se anuncia la feliz mañana.....
 Tal vez la nueva aurora que se acerca
 Precursora será de nuevos triunfos:
 Tal vez el sol de Mayo en sus recuerdos
 Nos traerá lisonjeras esperanzas,
 Y el francés espantado, recordando

De Zaragoza el venerando nombre,
 Abatirá sus águilas nefandas.”
 Dijo; y todos los jefes aplaudiendo,
 Salieron entusiastas, convenidos
 A luchar y á morir llenos de gloria.
 Y otra vez á sus puntos dirigiéndose
 Fueron á ver brillar el nuevo día
 En que vuelve á lucir el sol de Mayo.

Ya comenzaban á soplar sus brisas
 Gratas que anuncian la mañana hermosa
 Cuando por el Oriente se divisa
 El lucero apacible matutino,
 La claridad del nacarado Oriente
 Comenzaba á extender los horizontes
 Y aun los melifluos cantos de las aves
 Se escuchaban lejanos en los árboles.
 Como gigantes centinelas vense
 Destacarse las torres gigantescas
 Donde velan los hijos de la patria,
 Observando doquier los movimientos
 Del invasor. Y luego que del alba
 La hora se anuncia por la luz febea
 Y suenan los clarines, con las dianas
 Se oye el trueno que viene rimbombando
 Estremeciendo á la ciudad alerta.
 Amanece otro día, y los franceses
 Vuelven á la ciudad á lanzar bombas.
 Y vuelve el mexicano resistente
 A contestar los fuegos enemigos.
 Pero firme en su puesto permanece
 El hijo de mi patria; y nada avanza
 El esclavo de Europa que á su paso
 Sólo escombros encuentra, sólo incendio

Y cenizas y tierra ensangrentada.
 Olvidarse no puede, en su despecho,
 De *San Javier* y *Santa Inés*, y al nombre
 De *Smit*, y *Llave*, y *Auza*, y *Díaz*, y tantos,
 A su pesar se aflige y estremece.
 Ya no se arroja con valiente empuje;
 Ya no á millares sus incendios lanza,
 Ya no conduce al campo su bandera
 Temiendo que nuestra águila la arranque
 Y en girones la deje convertida,
 Sirviendo de tapiz á nuestras plantas.
 Lentos sus fuegos de Occidente empieza
 A dirigir al Sur: sus movimientos
 Y trabajos de zapa, y sus refuerzos
 Y toda su pesada artillería.....
 Luego que la mañana aclara, *Ortega*
 Que ni un momento duerme, al estallido
 Del saludo del alba al Sur camina
 A observar los contrarios movimientos.
 Todo anuncia que presto nuevas lides
 Por aquel rumbo sufrirá la plaza,
 Y sus órdenes da, que se ejecutan
 Con digna prontitud y con firmeza.
 Alatorre se alista, de *Ghilardi*
 Los soldados con gritos de alegría
 Esperan entusiastas el combate,
 Y *Patoni* refuerza sus murallas,
 Enarbolando, de contento lleno,
 De México el espléndido estandarte.
 En todas partes el sereno *Ortega*
 Es recibido en medio de los vivas
 Del valiente soldado que proclama
 A cada instante santa independencia;
 Negrete por doquier con faz serena

Recorre sus lucidos batallones,
 Y listo en todas partes al estruendo
 Del combate, se apresta á la batalla.
 El enemigo lentamente sigue
 Sus fuegos arrojando en tanto activa
 Sus trabajos al Sur, y mientras pasan
 Sus baterías que la plaza hostigan,
 También nuestra defensa preparamos.
 Malditos para siempre los traidores,
 Sentado junto á un muro le decía
 Dalmiro, lleno de entusiasmo santo,
 A su amado Filopatro, en quien mira
 A un hermano y á un padre cariñoso.
 Malditos sean, Filopatro, confieso
 Que al ver esas ruinas que la bala
 Ha causado, tan sólo porque un hombre
 A los hombres anhela hacer esclavos.....!!
 ¡Mi corazón frenético palpita!
 Por eso nada más, tierno Dalmiro,
 Filopatro le dijo: mas el mundo
 Esos crímenes grandes necesita,
 Para asentar en bases perdurables
 La santa libertad, y hacer felices
 A las naciones todas de la tierra.
 México la inmortal, el pueblo heroico,
 Que se reclina en medio de los mares
 Y en volcanes gigantícos asienta
 Sus ciudades espléndidas y ricas,
 De Dios en los designios escondidos
 Estaba señalada para darle
 Al tirano de Europa envilecido
 La más bella lección que se registra
 En los anales de la Francia esclava.
 Hace un año, recuerda, allí vencimos

Las imperiales águilas: acaso
 En ese mes de Mayo que mañana
 Su bello sol nos muestra, humillaremos
 El orgullo del zuavo tan temido.
 Pero deja que corran los instantes,
 Deja que el galó su furor aumente,
 Será inútil su sangre, y aunque venza
 Después de mil combates formidables,
 Conquistará en su triunfo las ruinas
 Que dejemos, y piras de cadáveres.....!
 ¿Y qué logrará entonces? Puebla invicta
 Jamás su gloria perderá en los siglos:
 Seguirán adelante las batallas
 Y México por fin triunfará un día.....

Hermano, cariñoso le responde
 Dalmiro de entusiasmo conmovido:
 Nunca pierdes la fe, grande es tu alma,
 Yo siempre te contemplo que sereno
 Permaneces en medio del combate,
 Que delirando por amor, tranquila
 Muestras tu frente aunque tu pecho sufra
 Que con tu ciencia el porvenir abarcas,
 Que conjeturas con artera vista
 Los sucesos que pasan, y que nunca,
 Nunca ambicionas que tu gloria brille.

Es porque me amas tú, por eso miras
 En mí, virtudes que no existen, sólo
 Tu cariño me vence, hijo querido.
 Dijo, y entre sus brazos á Dalmiro
 Filopatro estrechó con entusiasmo.
 Ya retumba el cañón, dijo, y al eco
 Del estallido de la bomba acuden

Cada uno á su lugar. El movimiento
 Vuelve á animar á todos los valientes,
 Y aquí y allí, las órdenes se atienden
 De los jefes; anúnciase el combate
 Y por doquier percíbense los truenos
 Del arma aterradora. El mes terrible
 Para la Francia brillará mañana
 Y tal vez los valientes mexicanos
 Volverán á alcanzar nuevas victorias.
 Tal vez el sol que iluminó aquel cerro
 Donde flota orgulloso el estandarte
 Que cubrió á Zaragoza con su sombra
 Alumbrará otra vez esa colina
 Cercada con los lauros de la gloria.....
 Entretanto suspéndense los fuegos
 De improviso; á lo lejos se divisa
 Una bandera blanca, el clarín suena
 Tocando parlamento, dos heraldos
 Llegan á las murallas, y siguiendo
 Las leyes de la guerra, sin espada,
 Con los ojos vendados, se conduce
 Al que los pliegos enemigos porta,
 Y ante del General ufano llega,
 Y en sus manos poniéndole sus órdenes
 Con respetuoso continente espera.
 Leyó Ortega y repuso con premura:
 "Está bien, uno á uno canjeados
 Serán hombre por hombre por sus clases."
 Dictó al punto lacónica respuesta
 Y del heraldo púsola en las manos.
 Este, del campamento de la plaza
 Bajo las mismas reglas conducido
 Fué otra vez al confín de las murallas.
 Sonó el clarín y blanca la bandera

Siguió otra vez el rumbo que seguían
 De la armada francesa los heraldos.
 Mientras esto pasó, con triste augurio
 Un correo llegó que del ejército
 Que sus columnas tiene en las llanuras,
 Fuera de la ciudad, al enemigo
 Observaba los diarios movimientos,
 Vino trayendo una funesta nueva.
 La ineptitud, la emulación traidora
 Que envidiando la gloria refulgente
 Que cubría inmortal á Zaragoza,
 Pensó que la victoria ceñiría
 Con un arrojo su envidiosa frente
 Y se lanzó á la lid imprevisiva.
 Y el francés una vez miró reirse,
 Pero con su sardónica sonrisa,
 A la esquivada fortuna un solo día.....!
 Esto el pliego funesto, que el correo
 Trajo al invicto general Ortega,
 Contenía en sus líneas funerales;
 Pero fué una pequeña escaramuza
 Que allá en Cholula se trabó ligera.
 Entonces más y más, el entusiasmo,
 Cundió en la plaza y con anhelo esperan
 Sus ínclitos valientes defensores,
 Nuevas lides y espléndidos combates
 Que el mes que viene, y brillará mañana,
 Tal vez nuevos laureles y victorias
 Dará otra vez al noble mexicano,
 Que firme espera al pie de sus murallas,
 Que se arroje el francés enfurecido,
 Para que lleve su fatal castigo.

Así pasando van las horas rápidas

Mientras que el sol se eleva del Oriente,
 En tanto por los puntos se presenta
 Doquier la animación y el entusiasmo,
 Porque un presentimiento venturoso
 Latir hace los pechos inflamados
 Por el amor sublime de la patria,
 Por el glorioso nombre del guerrero
 Que el nuevo mes de Mayo les recuerda,
 Al ver que se despliega con donaire
 En el cerro inmortal de Guadalupe
 De Hidalgo y de Guerrero la bandera,
 Que se mira en el fondo de los cielos
 Como el iris brillante, esplendoroso,
 Nuncio inmortal de las futuras glorias.

CANTO DECIMO.



El mes de Apolo, espléndido y brillante,¹
 Amaneció vertiendo sus fulgores
 El rubio sol, dorando las llanuras,
 Donde la sangre por doquiera humea;
 Alumbraba las torres gigantescas
 De la heroica ciudad en que orgullosa
 Nuestra bandera tricolor, al viento
 Da sus armas gloriosas, ostentando
 Sus timbres y blasones invencibles.
 ¡Mes inmortal! Los fastos de la historia
 Que guarda la grandeza de los pueblos,
 En sus brillantes páginas conserva
 Y guardará, mientras los siglos duren,
 Y sigan por el orbe caminando,
 Cubriendo con sus alas las victorias,
 Los monumentos, las grandezas todas
 Del universo, tu esplendente nombre.

¡Mayo, Mayo, llegaste! Con tu gloria,

¹ El mes de Mayo estaba dedicado por los romanos á los ancianos ("mayores"); su divinidad tutelar era Apolo.

Mientras que el sol se eleva del Oriente,
 En tanto por los puntos se presenta
 Doquier la animación y el entusiasmo,
 Porque un presentimiento venturoso
 Latir hace los pechos inflamados
 Por el amor sublime de la patria,
 Por el glorioso nombre del guerrero
 Que el nuevo mes de Mayo les recuerda,
 Al ver que se despliega con donaire
 En el cerro inmortal de Guadalupe
 De Hidalgo y de Guerrero la bandera,
 Que se mira en el fondo de los cielos
 Como el iris brillante, esplendoroso,
 Nuncio inmortal de las futuras glorias.

CANTO DECIMO.



El mes de Apolo, espléndido y brillante,¹
 Amaneció vertiendo sus fulgores
 El rubio sol, dorando las llanuras,
 Donde la sangre por doquiera humea;
 Alumbraba las torres gigantescas
 De la heroica ciudad en que orgullosa
 Nuestra bandera tricolor, al viento
 Da sus armas gloriosas, ostentando
 Sus timbres y blasones invencibles.
 ¡Mes inmortal! Los fastos de la historia
 Que guarda la grandeza de los pueblos,
 En sus brillantes páginas conserva
 Y guardará, mientras los siglos duren,
 Y sigan por el orbe caminando,
 Cubriendo con sus alas las victorias,
 Los monumentos, las grandezas todas
 Del universo, tu esplendente nombre.

¡Mayo, Mayo, llegaste! Con tu gloria,

¹ El mes de Mayo estaba dedicado por los romanos á los ancianos ("mayores"); su divinidad tutelar era Apolo.

Con tu radioso sol á alumbrar vienes
 En sangre tintos los tendidos campos,
 Llenas de sangre las soberbias calles,
 En sangre humedecidas á las plazas!
 Alumbrarás de muerte asoladora
 Escenas mil de estrago y de matanza;
 Y tal vez con tu luz confundiránse
 Las llamas del incendio, en los escombros
 Que las señales son del heroísmo;
 Pero también tu luz brillará limpia
 Alumbrando el valor y la grandeza,
 Y nuevas lides y brillantes glorias.

Cuarenta y cinco auroras sus encajes
 De nácar y de gualda transparentes
 Han tendido en los bellos horizontes
 De la soberbia Puebla, desde el día
 En que el francés, esclavo de un tirano,
 Lleno de fatuo orgullo prometía
 En seis horas rendir los pabellones
 Que hace un año rindieron á las huestes
 Agueridas de Italia y de Crimea!
 Cuarenta y cinco noches han velado
 Con sus tristes y tétricos crespones
 Los campos de la guerra, y ni un momento
 Ha reído á los galos la victoria.
 Sigue la lucha formidable, siguen
 Los rasgos de valor del mexicano
 Sorprendiendo al francés envilecido,
 Que despechado, en su furor terrible,
 La muerte por doquier derrama impío!
 Al Norte y Sur dilatan sus columnas
 Y se prepara en torno una batalla.....
 Cuatro auroras han visto los trabajos

Del enemigo, que violento anhela
 Tal vez dar un asalto formidable,
 En torno á la ciudad á un tiempo mismo.
 Brilló la quinta luz del sol de Mayo
 Que amaneció magnífico, esplendente;
 Al toque de las dianas, los pendones
 De la patria se izaron, á los ecos
 Del cañón que saluda á su bandera,
 Lanzando al enemigo sus granadas.

Hoy hace un año que el valiente galo,
 El terror de la Europa, formidable
 Vencedor de cien pueblos aguerridos,
 Que conducía en triunfo belicoso
 Doquier sus raudas imperiales águilas,
 Quiso en su orgullo fatuo la bandera
 Hacer girones y vencer sus pueblos.

Hoy hace un año que al rayar la aurora,
 Puebla, la heroica Puebla, alzó su frente,
 Y al ver de Zaragoza la entereza,
 Al mirar en su frente los destellos
 Del genio de la gloria, con encanto
 Le entrega la bandera de la patria
 Que el héroe supo conservar ilesa.
 Hoy hace un año que se alzó gloriosa
 México, á quien burlaba el extranjero,
 Y al escuchar la voz de Zaragoza
 Supo vencer al vencedor del mundo!

A este recuerdo de grandeza tanta,
 A este recuerdo que nuestra alma llena,
 Mientras que diez millones de entusiastas
 Mexicanos saludan su bandera,

En toda la extensión de la República,
Desde los mares que nacer contemplan
Al rubio sol que del Oriente sale,
Mientras estrellan sus brillantes olas
En las arenas del Atlante hermoso,
Hasta donde se quiebran los cristales
Hirvientes del Pacífico, que besa
Las rocas de Occidente; los guerreros
Hijos de Zaragoza, á su memoria
Juran como él, vencer al extranjero.

Como una virgen casta se engalana
Del cumpleaños en su bello día
Y cánticos entona placenteros,
Así Puebla la invicta al aire tiende
Sus esplendentes, nítidos pendones.
Sus fortalezas todas empavesas;
Y al frente del francés, que á este recuerdo
En su despecho, cúbrese los ojos,
Entona sus cantares entusiastas
Y á la terrible lucha le provoca.
Al toque de sus dianas, le saluda
Con el cañón mortífero que arroja
Sobre él sus metrallas atronantes.

Amaneció brillante la mañana;
Pero el francés tal vez en su memoria
Conservando el recuerdo de ese día,
No se atreve á moverse. Silenciosos
Están los campamentos enemigos,
Y acaso, acaso del valor azteca
Esperan un asalto en sus murallas.
En esta incertidumbre, transcurriendo
Las horas sigue caminando el día;

Llega la tarde y tiéndense las nubes
Y se agrupan debajo de los cielos,
Como montañas negras, que amenazan
Hundir los campos y allanar los montes.
La tempestad estalla silbadora;
Se cruzan los relámpagos, y á poco
Veloz descende cristalina lluvia
Inundando á torrentes las llanuras
Y la ciudad, que entre la lluvia se hunde;
Pero rápida pasa, se disipa
Presto la tempestad, en blancas nubes
Se convierten los cirros de la altura,
Y súbito se rasgan, y aparece
El esplendente azul del limpio cielo;
Y luego se despeja el horizonte,
Y el sol brillante, con sus claros rayos,
Súbito el monte y la campiña orea;
Y la ciudad preséntase galana
Como una virgen que del baño sale
Ostentando fresca y lozanía.
Entonces los valientes mexicanos
Sus columnas y trenes organizan,
Y al Norte de la plaza se dilatan
Fuera de la ciudad, en la llanura
Que al pie de la Malintzi se destiende;
Forman batalla fuera de los muros
De la ciudad, sus tiradores se abren;
A la vanguardia avanzan lentamente
Y al campo de los francos se aproximan.
Truena el cañón, columnas de humo denso
Se levantan, los rayos reflejando
Del esplendente sol, los tibios rayos,
Que cerca al Occidente se encaminan;
Y avanza el mexicano, y retrocede

El francés que tan sólo se organiza
 En actitud de defenderse tímido.
 Lanza sus proyectiles, y á cubierto
 De las sinuosidades del terreno,
 Oculta sus infantes batallones,
 Y allá á lo lejos sus caballos tiende
 En alas separadas desplegándose;
 Se cruzan por doquiera sus granadas,
 Silban del rifle por doquier las balas,
 Y aquí rueda el caballo y el jinete,
 Y allá cayendo al pie de sus cañones
 Expiran los serenos artilleros.

Así pasa la tarde sin que un palmo
 Adelante el francés; mientras sereno,
 Avanzando tranquilo, el mexicano
 Se repliega á sus hondas paralelas;
 Y al aire sus banderas desplegando,
 Vuelve otra vez con su tambor batiente
 A la ciudad, mientras la tarde se hunde
 Del Occidente en los lejanos montes.

Entre las sombras de la noche envuelve
 El galo audaz su infamia y su vergüenza,
 Mientras el mexicano aun en las sombras
 De la tétrica noche se alza altivo,
 Y aun parece que nítidos fulgores
 Su heroica frente por doquier circundan,
 Al coronarle espléndida victoria!
 En esta noche, de recuerdos gratos,
 Doquier en la ciudad enaltecida
 Los cánticos se escuchan y los himnos
 Que á la memoria del guerrero invicto,
 Del inmortal y heroico Zaragoza

Se elevan por doquier á las alturas.
 Y aun en medio las sombras parecía
 Que allá de Guadalupe, en la colina,
 Brillaba un resplandor omnipotente
 Y entre ráfagas nítidas, la imagen
 Se miraba del grande Zaragoza,
 Coronado de lauros inmortales;
 Y que cercado de héroes y de dioses
 Las glorias de su pueblo contemplaba.

Pasó la noche, y al volver la aurora,
 Nuevas lides se aprestan. Por el Norte
 La bala silba y el cañón mortífero
 Cien y cien veces con furor estalla.
 Pero es inútil el potente empuje
 Del invasor sangriento; se prolonga
 La lucha, se oscurecen las alturas
 Con las nubes de humo que se tienden
 Como el vapor que en el invierno se alza
 De los tranquilos, azulados lagos;
 Y se va prolongando al alejarse
 Hasta las lomas del Oriente, y luego
 Vuelve con rapidez el fuego activo;
 Pero en los muros de la heroica Puebla
 Se estrellan los impulsos soberanos
 Que intenta el invasor enfurecido.
 Por todas partes el fragor se escucha
 De la guerra que asuela y que devasta
 Cuanto en su paso furibundo toca.
 Por todas partes la ciudad se mueve,
 Y en todas partes al clamor terrible
 De la muerte, se mezclan los acentos
 Robustos del guerrero, que proclama
 La libertad de México gloriosa.

Así pasan los días y las noches,
 Y no cesa el francés, en su despecho,
 De lanzar por doquier sus fuertes bombas.
 Aquí los edificios se derrumban;
 Allí con rapidez cunde el incendio;
 Allá entre escombros el cañón estalla;
 Acá se elevan nuevas fortalezas;
 Y el espanto y la muerte y los gemidos
 Se miran y se escuchan donde quiera;
 Pero también se mira el heroísmo
 En todas partes ostentar su gloria.

Aunque el valor heroico no descansa
 De mostrar su grandeza al extranjero,
 La población pacífica ya sufre
 La terrible escasez y la miseria;
 Y ya cuando el terror en todas partes
 Hace cundir la pena y el conflicto,
 Porque ya el hambre con su fuerza acosa
 A la infelice población humilde,
 Una mañana se presenta tierna
 Una escena terrible y espantosa;
 Una mañana el sol reverberante
 Lanzaba á plomo sus ardientes rayos,
 Cuando á lo lejos mírase un conjunto
 De familias inermes, que procuran
 Salir de la ciudad de las desgracias.
 Se ve formado, en tétrico concurso,
 Un grupo doloroso, cuyo aspecto
 A la misma barbarie ablandaría:
 Un anciano de blanca cabellera,
 De blanca barba, de semblante pálido,
 Iba al frente, llevando una bandera
 Blanca como el candor de su inocencia.

Una turba muy grande le seguía
 De mujeres y niños y de ancianos,
 También llevando blancas banderolas;
 Y ya acosados de miseria y hambre
 Quisieron, arrostrando los peligros,
 Salir de la ciudad. Aquel conjunto
 Que de vivos cadáveres mostraba
 Todo su aspecto, lento caminando
 A una garita dirigióse recta
 En lenta procesión. Iba llegando
 Cerca del enemigo campamento
 Para impetrar socorro á su salida;
 Pero el bárbaro franco, en vez de oírlo,
 Dirige á aquella turba macilenta
 Sus fieros proyectiles.....! Nada vale
 Que aquella gente inerme tremolase
 Sus cándidas banderas, el infame
 Cobarde sitiador, vuelve sus tiros
 Sobre de aquellas víctimas humildes
 Que buscaban alivio á sus dolores.....!
 Algunas balas les alcanzan; llenas
 De lágrimas y duelo, hasta la plaza
 Vuelven llenos de horror y de odio amargo
 Contra aquellos cobardes asesinos
 Que ultrajan al que inerme y suplicante
 Buscaba sólo alivio á su miseria.....!
*¡Sublime ilustración! ¡Gloria á los bravos
 Que tan grandes ejemplos de heroísmo
 Dan al mundo en su imbecil cobardía!
 Forey infame y la traición maldita,
 Con este hecho de maldad sin nombre
 Han esculpido en imborrables signos
 Caracteres eternos de deshonra!*

¡Ministros del altar! que vuestro oro,
 El oro que del pueblo envilecido
 Recibís, agobiando su conciencia
 Con falaces palabras, invocando
 La dulce voz de humilde cristianismo,
 Alzad hosanas, entonad cantares,
 Profanad el altar con el incienso
 Que quemáis en augustos holocaustos!
 Ved vuestra obra, vuestra obra inicua.
 Yo en nombre de Dios, del Dios humilde
 Que derramó su sangre en el Calvario
 Al proclamar la libertad del hombre,
 La igualdad, la humildad y la fe pura,
 En nombre de ese Dios, que es Jesucristo,
 Y que vosotros profanáis falaces,
 En nombre de ese Dios que no es el vuestro,
 Que no es el Dios que con profano acento
 Invocáis mentirosos..... ¡¡Os maldigo!!

Esa inocente sangre que hasta el ara
 Llega chorreando, la venganza pide;
 Presto, muy presto el día de la justicia
 Llegará á castigar vuestras infamias,
 Y entonces ¡ay del criminal que invoca
 La dulce religión, y sangre vierte
 Por saciar la ambición del poderoso,
 Por la sed de riquezas y dominio!
 Pronto, muy pronto, imbéciles traidores,
 Falsos ministros del altar, la sangre
 Os ahogará..... las telas del santuario
 Por vuestra culpa manchará la sangre,
 Y ese Dios bondadoso, á quien falaces
 Pretendéis engañar, su brazo justo
 Descargará sobre vosotros. Presto

El dogal atará vuestras gargantas,
 Y en expiación de las maldades viles
 Que cometéis en nombre del Dios justo,
 Beberá vuestra sangre maldecida
 La tierra que oprimís con vuestra planta.
 Otra vez y otra vez, viles traidores,
 Otra vez y otra vez, falsos profetas,
 Sacerdotes mentidos y profanos
 Que ultrajáis á mi Dios con el cinismo
 Del hombre criminal entre la crápula,
 En el nombre de Dios, ¡malditos seais!.....

¡Heroica gloria al que llamóse un día
 El vencedor valiente de los pueblos!
 Y un día pasa, y otro, y la batalla
 Por todas partes cunde formidable,
 Y la tenaz, heroica resistencia,
 A cada instante con valor se afirma.

Van pasando los días, y se apresta
 Por el Sur la batalla: los valientes
 Que en Teotimehuacán guardan los muros
 Listos están con entusiasta anhelo;
 Por el Norte también la lid estalla,
 Y en todas partes el rumor anuncia
 Que se prepara espléndida batalla.
 Pero firmes, constantes los guerreros,
 Ni el dolor de la muerte, ni las lágrimas
 De las tristes mujeres, ni el gemido
 De los niños humildes, ni los ecos
 De los ancianos débiles, ni el hambre,
 Ni las penas terribles, las angustias
 Todas que en torno á la ciudad se miran
 Pueden intimidarles, y aunque el alma

Sufra dentro de sí la horrible angustia,
Serena ostentan la tranquila frente,
Mientras el corazón callado llora.
Pero el deber primero de la patria
Es luchar ó morir, ó la victoria
Conseguir sobre el pérfido enemigo;
Lo demás nada importa: que sucumba
Un pueblo entero si la gloria ciñe
De una nación la causa sacrosanta.

Catorce auroras de este mes de Apolo
Han lucido en el límpido horizonte
De la ciudad heroica, y sus fulgores
Han venido á alumbrar sangre y matanza.
Catorce auroras su esplendor divino
Han apagado entre la densa niebla
Que los cañones forman tremebundos
Al lanzar sus terribles proyectiles.

Sombria y nebulosa aparecía
La última aurora, y el estruendo horrible
De cien bocas metálicas de fuego
Apenas el albor de la mañana
Despertó á la ciudad, que no dormía,
Pero que fatigada reclinaba
Su sien entre el insomnio y la vigilia,
Sobre de sus murallas derruídas,
Envuelto en nieblas el pendón tremola
En Teotimehuacán, donde Patoni
Alienta con valor á sus guerreros.
Los hijos de Querétaro y Durango
Y del Norte también los legionarios,
Y de Puebla y Oaxaca y de Guerrero,
Y tantos, tantos, mexicanos todos,

Allí otra vez ciñeron los laureles
Con que su frente adorna la victoria.

Apenas el crepúsculo sombrío
De la húmeda mañana allá en Oriente
Asoma como tímido, en el aire,
Estallan por el Sur terribles bombas
Y silban por doquier los fieros rifles.

Más de cinco horas de combate pasan,
Y de Teotimehuacán en las llanuras
Corre la sangre, los valientes hijos
De México, con grande bizarría,
Como siempre, conquistan gloria inmensa.
Y como siempre allí rasgos heroicos
Prodigan por doquiera los soldados,
Ejemplo dando al vencedor del mundo,
De heroísmo sublime y valentía.
La mañana transcurre en el combate,
Y ya llegaba hasta el zenit del cielo
El refulgente sol, y todavía
El humo obscurecía el horizonte.
Entretanto, columnas con columnas
Chocan, y en las llanuras se dilatan
Como sierpes inmensas que se agitan;
Se contraen, se dilatan y se buscan,
Y se enlazan y luego se separan.

Terrible fué el combate; los valientes
A cada paso rasgos de heroísmo
Al mundo le presentan, que se asombra
Porque el valor protege al mexicano.
Y en medio de la hambre y de la angustia,
Siempre grande, impertérrito levanta
Su erguida frente que al francés espanta.

Pasó el día terrible en el combate,
Y el valiente francés cien y cien veces
Ha huído cobarde, perseguido
Por el hijo de México, que lleno
De la fe de su gloria, pasó el foso,
La muralla y la rambla, y transponiendo
La llanura, hasta el pie de sus cañones
Fué á provocarle á la sangrienta lucha.

Verdes y esplendorosas las llanuras
Antes de la batalla, parecían
Golfos de mar al reflejar la lumbre
Del sol ardiente del ardiente Mayo;
Pero después contéplase siniestro
Aquel campo sembrado de cadáveres.....!

Un fúnebre panteón se asemejaba
La antes verde y espléndida llanura
Que en sangre tinta por doquier humea.....!
Así se pasa el día en la refriega,
En tanto el generoso mexicano
Cumple sus compromisos canjeando
Del galo los altivos prisioneros
Que el mexicano tiene en sus reales.
Y aunque entretanto suspender debiera
El pérfido invasor sus proyectiles,
El bárbaro francés no cesa una hora
De arrojar sus granadas y sus bombas.

Llega la noche, y en pavor cubierta,
Apenas á la luz de las estrellas,
Se recogen heridos y cadáveres
Que de ambos contendientes las llanuras
Doquier tienen sembrados, sin que el galo
Cuide de levantarlos indolente.

La noche toda en vigilancia pasan
Los soldados y jefes discurriendo,
Porque se anuncia que al brillar el día
Las huestes invasoras un empuje
Soberbio emprenderán sobre la plaza.

Doquier, entre las sombras de la noche,
Se miran discurrir ancianos débiles
Que buscan alimento, niños tiernos
Que dan al viento lúgubres gemidos
Y lívidas mujeres macilentas
Que ni temen el fuego ni se arredran
Al oír el fragor de la metralla;
Porque el hambre terrible les acosa,
Y pan, tan sólo pan para sus hijos
Al derramar sus lágrimas demandan!

Todas buscan al jefe; el llanto amargo
Se mezcla de las madres, con los gritos
Del hijo hambriento que el dolor exhala.
Y al eco de la bala matadora,
Su grito aterrador sólo responde.

En tanto aquí y allí cruzar se miran
Las valientes reservas y los ecos
Se escuchan del soldado que á su boca
Ni un pedazo de pan llevar podía.
Y sin embargo, vivas entusiastas
Lanza lleno de gloria, confundiendo
Los gritos doloridos de la angustia,
Con el eco de cánticos marciales.

En el palacio rápidos se agitan
Todos, y el General en cuya alma

El dolor de las víctimas inermes
 Penetra, se conmueve y aun enjuga
 Al descuido en sus ojos una lágrima,
 Aparece sereno, incontrastable,
 Y oro reparte á la doliente plebe.

Ya avanzando la noche obscurecida;
 Sólo de tiempo en tiempo, en las alturas,
 Cruzan esos cometas de colores
 Que se arrojan al aire y que á los jefes
 Les anuncian la firme vigilancia.
 Se ven, entre las sombras misteriosas,
 Describiendo en sus curvas ondulantes
 Sierpes de fuego que el espacio alumbran.
 En las soberbias torres, como antorchas
 Funerales, se miran las fogatas
 Que avisan á los fuertes defensores
 Que fuera se hallan de la plaza, y lejos,
 Que aun hay en Zaragoza amurallada
 Aliento y vida, y esperanza y brío.

La noche se adelanta transcurriendo
 Con rapidez para el lejano ocaso,
 Mientras que allá en el hospital se miran
 En todas partes moribundos francos,
 Que al déspota de Francia maldiciendo
 Amenazan, fiados en que vela
 El Dios de la justicia, con que un día
 Le hará rodar de su nefando trono;
 Y pagará la sangre que se vierte
 Sólo por su ambición y su perfidia,
 Acaso con su sangre, para ejemplo
 De los tiranos déspotas del mundo.

Elena, Elodia, Orestes y Lucila
 Y la madre de Arnaldo, y la apacible
 Amira, y todos con cariño amante
 Auxilio dan á todos los heridos,
 Ya sean de los héroes mexicanos,
 Ya sean de los pérfidos franceses.

La brisa matutina comenzaba
 Ya á sentirse cruzar por todas partes,
 Y allá en los campamentos extranjeros
 A extinguirse empezaban las fogatas;
 Mas se perciben ya los movimientos
 Del enemigo, al Sur, y por Oriente;
 Cruzan trenes, corceles y caballos
 En todas direcciones, entretanto
 El crepúsculo opaco comenzaba
 A descubrir lejano el horizonte
 Por las montañas del Oriente altivas,
 Cuando cual de un volcán el estallido
 Retumba por el Sur; y se repite
 El eco en las colinas inmediatas,
 Hasta que van perdiéndose sus ecos
 Al rimbombar en los lejanos montes.
 De Teotimehuacán las fortalezas
 Entre el humo se pierden de la pólvora:
 Es un terrible cráter..... se confunden
 Las nubes del incendio con la bruma
 Que cubre por doquier el horizonte.

Cuarenta bocas de rayado bronce
 Lanzan al fuerte sus terribles balas,
 Mientras calladas, por camino oculto,
 Avanzan las columnas enemigas
 Como langostas que á la mies se agolpan.....

Una, dos y tres veces el empuje
Rechazan nuestras huestes valerosas,
Y una y dos y tres veces los franceses
Huyen despavoridos y espantados.

En medio de la espléndida llanura
Que hermosa se dilata desde lejos,
Se miran las falanges erizadas
De bayonetas, á los tibios rayos
Del sol que apenas á levantarse empieza,
Y como haces de trigo, que al impulso
Del fuerte viento que en veloces ráfagas
Las mece, así se inclinan reflejando
Su brillador acero. Como víboras
Colosales ondulan al tenderse
En batalla en los llanos extendidos.
Silba la bala y la granada, y deja
Como surco una brecha prolongada,
En esas masas que avanzando vienen.

Sus espantosas bombas formidables
Derrumban las murallas, abren brechas;
Pero serenos, impasibles, presto
Los mexicanos cubren con sus cuerpos
Las brechas espantosas, y allí esperan
El asalto terrible. Mas no valen
Para alcanzar un triunfo, las potentes
Bombas del invasor enfurecido.

Súbito aquellas masas erizadas
De acero, cambian, y ondulando vuelven
Sus movimientos al Oriente, en tanto
Destacan otras fuerzas al Poniente
Del fuerte, y por el centro y en contorno

De la ciudad conmuévense los campos.
Pero listos doquier los defensores
Aquí y allí veloces se presentan.

Las reservas acuden presurosas,
Y al eco de Negrete, entre los vivos
A la patria, entusiastas se dirigen
En todas direcciones. Los tostados
Hijos del Sur, los fuertes legionarios
Del Norte, de Oaxaca los guerreros,
De Puebla los valientes, los intrépidos
Hijos de Zacatecas, los serenos
Soldados de Toluca, los fogosos
Indios de nuestras sierras escarpadas,
De Jalisco los libres, de Tabasco,
Y Chiapas, y Querétaro y Morelia,
Y todos los aztecas toman parte
En la sangrienta lid. De Guadalupe
Hiriendo el aire la potente bala
Silbando cruza, y en las filas galas,
Deja un rastro de muerte. Los redientes
De Zaragoza lanzan sus granadas,
Del Carmen los redientes hacen fuego,
Y en tanto, el fuego rápido se nutre
Por Oriente, por Sur, por Occidente.....

Por el Norte también la atención llaman
Los campamentos enemigos. Sigue
La mañana avanzando, y sigue el fuego
Derramando la muerte y el espanto;
Quieren los enemigos arrojar
Sobre de las murallas derruídas,
Pero es ya tarde, fuera de los muros
Salieron las columnas mexicanas.

Aquí cortan un flanco, allá de frente
 Persiguen al francés que huye violento,
 Y siguen palmo á palmo, y hasta el foso
 Del campamento galo nuestras huestes
 Llegan en la feroz carnicería.

Cien y cien adalides en la grama
 Del campo vierten su valiente sangre,
 Aquí está un jefe que respira y clama
 Victoria por la patria, y luego muere.
 Allí un soldado sobre el verde césped
 Tendido, derramando ya su sangre,
 Aun no deja el fusil, y con esfuerzos
 Inauditos y heroicos, aun combate
 Más de seis horas, sin ceder, en tanto
 Que ya cansado, al exhalar la vida,
 "¡Gloria á México—dice—independiente!"

Así mil rasgos de valor sublime
 Se suceden doquiera, y se repiten
 Hasta que al ver huir despavoridos
 A los guerreros de la grande Francia,
 Vuelven al mexicano campamento
 Las huestes de la heroica Zaragoza,
 Levantando en su paso á los heridos
 De las dos fuerzas contendientes. Luego
 Se reponen los fuertes destruídos.

Calma un poco la lucha, mas al punto
 Que llegan á su campo los franceses,
 Despechados de ver tanta osadía
 En el valiente mexicano, empiezan
 Otra vez á arrojar sus fuertes bombas.

Sigue la ilustración humanitaria
 De muertes y de incendios y matanzas;
 En tanto en la ciudad, á los heridos
 Del bárbaro francés, se le prodigan
 Los socorros de amor y de cariño
 De la sublime caridad cristiana;
 En tanto á los cadáveres franceses
 Sepultura se da, y al prisionero
 Con fraternal cariño se le trata!

Medio día de lucha poderosa
 Se pasó, y aun no cesan de continuo,
 Pero con lentitud, los invasores
 De hostigar á la plaza. El humo denso
 Aun cubre los palacios y las torres
 Y como una muralla se destiende
 En torno á la ciudad. El sol brillante
 Desde el zenit del cielo, aun no podía
 Penetrar libremente entre las nieblas
 Que el humo le formó de la batalla.
 Pero gloriosa la ciudad, en medio
 De las calamidades de la guerra,
 Aun resiste y no cede un solo instante.

Mientras la tarde avanza lentamente,
 Por el Oriente y por el Norte vense
 Los cirrus de los cielos en montones
 Densos, que se dilatan y se agrupan
 Anunciar tempestad, y poco á poco
 La claridad del sol se va opacando.
 La niebla de la pólvora se tiende
 Y se enrarece y luego se disipa,
 En tanto que las nubes suslituyen
 Al sol el velo que su faz cubría.

Mientras, el incansable movimiento
De la ciudad aumenta, por doquiera
El zapador levanta nuevos fuertes;
Los niños, las mujeres, los ancianos
A quienes la miseria debilita,
Se esfuerzan aún por auxiliar, se afanan
Y acuden por doquier; aquí se elevan
Con gaviones potentes fortalezas;
Allí se abre otro foso, acá se mina,
Allá un nuevo reducto se levanta.....
El médico doquier cura al enfermo;
El verdadero sacerdote auxilia
Caritativo al héroe moribundo,
Y de Puebla las vírgenes humildes
Se afanan por servir á los heridos,
Sobresaliendo en todos los trabajos
Lucila, Amira, Elena, Elodia, Orestes
Y la madre de Arnoldo y de Reinaldo.

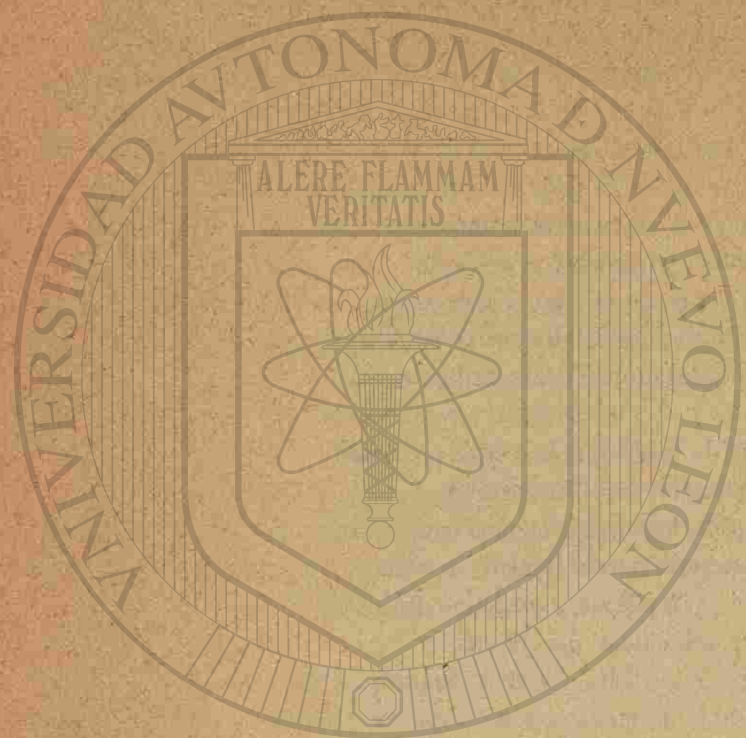
Ortega, que las líneas recorría
Después de la batalla, prodigando
En todas partes cariñoso afecto
Y animando al soldado, repartía
A las familias por doquier socorro.
Al palacio se vuelve condolido;
Pero de gloria al recordar los hechos
De sublime valor que ha contemplado,
Va á disponer, con previsor consejo,
Lo que fuese oportuno á la defensa.

Entretanto retumba en las alturas
El eléctrico trueno, los relámpagos
Se cruzan, se repiten, y los truenos
Unos á otros veloces se suceden:
Y amenazando hacer temblar la tierra.

Se ven los movimientos enemigos
Activarse, entretanto se desgajan
Las cenicientas nubes. A torrentes
Desciende por doquier la fuerte lluvia,
Y en un instante el bullicioso ruido
Del campamento cesa, en el silencio
Se envuelve la ciudad, y el campo todo
Parece que en la nada se sumerge.
Truena la tempestad, el eco sólo
Se prolonga en el llano, en la colina,
Y luego se percibe allá en los montes
El eco aterrador del rayo ardiente.

Más de tres horas la ciudad se pierde
En medio de la lluvia cristalina,
Y en esas horas de silencio triste,
En que cada mortal dentro del alma
Siente pasar variados pensamientos,
Al ver á la ciudad que silenciosa
En la quietud parece que se duerme,
Cuando en redor la muerte se pasea,
En su carro triunfal, como trofeos
Llevando el exterminio y la matanza.
Y en tanto que camina silenciosa
La noche para el pueblo, que pacífico
Busca un momento de solaz siquiera,

El general en jefe ordena, manda,
Que todo á la defensa se prepare.
Y en todas partes á luchar se aprestan;
Filopatro y Dalmiro al punto acuden
De Teotimehuacán á las trincheras,
A cumplir como leales su consigna,
Mientras van transcurriendo misteriosas
Las horas lentas de la triste noche.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO UNDECIMO.

CIENCIA augusta, inmortal! En tus arcanos
El hombre pensador encuentra todo
Lo que anhela en sus sueños inmortales;
Tú le alumbras la fe cuando vacila
En su mismo saber; y cree y espera.
Tú le presagias los destinos todos
Del grato porvenir, y le revelas
Lo que arcano parecele y misterios.
Al ignorante vulgo, tú le enseñas
Aun la amarga verdad de la desgracia,
Porque tú, en tu dominio sin medida,
Abarcas cuanto encierra el universo.
Para tí, ciencia augusta, no hay pasado
Porque del tiempo, en los profundos senos,
Has buscado la fuente verdadera
Y el origen del bien, y los tesoros
Todos de la inmortal sabiduría,
Y del poder del hombre la grandeza.
Para tí no hay presente, porque vives
Lo que vendrá conjeturando siempre.
Para tí no hay futuro, porque ansiando

El bien hallar, que con ahinco buscas,
Aun más allá del tiempo te adelantas.
Todo lo ves, lo guardas y lo sabes
Como de actualidad, y en tu grandeza,
Tú ciencia pura, te semejas sola.

¿A quién debes tu origen? á Dios mismo,
Que es del saber la sin igual esencia.
Tú á los profetas del antiguo tiempo
Revelabas del mundo los arcanos,
Y los hondos misterios que anunciaban
El cierto porvenir de las edades;
Y el hombre imbécil é ignorante, en tanto
Miraba de la ciencia, en los augurios
Arcanos, á su ser incomprensibles.

Tú alentabas la voz de las sibilas
Que el ignorante vulgo contemplaba
Como de Dios la predicción segura;
Y aun en los sueños de los sabios haces
Que se revelen, de verdad augusta,
De hombres y pueblos grandes los destinos.

Seguía lentamente caminando
La triste noche obscura y tenebrosa:
Ya las brillantes pléyades caían
Al Ocaso, y el carro de la Osa
También al Occidente dirigía
Su giro en torno á la polar estrella.

“¡Gloria inmortal á los valientes héroes
Que por la libertad de nuestra patria
Se han elevado á la mansión eterna!
A los mártires gloria perdurable;

Nosotros como vos, héroes ilustres,
Cuando el ibero holló nuestras riberas,
Por la ignorancia vil y el fanatismo,
Los falsos sacerdotes indolentes
Nuestro humeante corazón sangriento,
Para aplacar á Meztli le ofrecían,
Porque la gente extraña se alejara
De esta tierra magnífica de oro!
Más gloriosos vosotros en la lucha
Habéis muerto, humillando victoriosos
A los viles y osados extranjeros.

Venid, venid, los lauros esplendentes
De la inmortalidad y de la gloria
Pondremos con amor en vuestras frentes.....”

Así cruzaban los marciales cantos
En toda la extensión del hemisferio.
En tanto ví de Ixtapalápan, bellas
Mil ninfas de las ondas levantarse,
Derramando sin fin nítidas flores,
E ir á las tumbas de los héroes todos
A colocar en medio de sus cánticos,
Coronas de laurel inmarcesibles,
Y mientras, en las cimas majestuosas
Del Citlaltepetl y el altivo Ajusco,
Y el gran Nahuacampatpetl coronados
De nieve, mil antorchas fulgurantes
Brillan con una luz de oro purísimo;
De Chapoltepetl, en el bosque umbroso,
Una azulada luz fosforescente
Que se dilata cual vapor hermoso
De polvo de zafiro y de diamante
Alumbra los gigantes ahuehuetes;

Y al eco de los genios tutelares
 De la Tenoxtitlán de los aztecas,
 De las tumbas salieron los campeones
 De sus tiempos heroicos, y en las alas
 Llevados de los cisnes de los lagos
 De Tzompango, y de Chalco y de Tezcuco,
 A las cumbres llegaron de esas cimas
 Cuyas luces en tronos se convierten,
 En que los héroes todos se colocan.
 Y brilla el Zinantecatl, se ilumina
 El remoto Quncós, y el Soconusco
 Y el Jorullo también, y el Zempoaltepetl,
 Y aun el pequeño Tepeyac derrama
 Luces bellas que doran á las nubes,
 Y aun de Zachita las gigantes masas
 Se agitan, porque salen de sus tumbas
 Las deidades mixtecas, y se elevan,
 Y en nubes de carmín llegan veloces
 De Puebla en torno á contemplar la gloria.

Las turbias ondas del Chapala rizan
 Los genios y las ninfas que se mecen
 Como sirenas entonando cánticos,
 Y en Pátzcuaro también las aguas brillan
 A la luz inmortal que se derrama
 Al repetir los cánticos triunfales.

Súbito, ví después, que cuatro genios,
 Como arcángeles bellos, se elevaron
 Con clarines de oro repitiendo
 Esos himnos, y al Norte y Mediodía
 Y á Oriente y á Occidente su audaz vuelo
 Dirigieron en todo el continente,
 A anunciar que las águilas aztecas

Con su nobleza al invasor vencían.
 Entonces ví de Puebla á los guerreros
 Que dioses parecían, coronados
 De laurel y de encina, y tremolaban
 Victoriosos la espléndida bandera
 Que en cien y cien batallas ha humillado
 Al pendón altanero de la Francia,
 Que al ver aquellas glorias se abatía.

Mientras que las canciones armoniosas
 De esa corte de héroes y deidades
 Resonaban en todo el hemisferio,
 Al eco de esos himnos melodiosos,
 Las palmeras del Sur sus abanicos
 Con majestad mecían, los esbeltos
 Cocoteros sus palmas arrullaban,
 Su flor abren los bellos tamarindos,
 Los platanares sus gigantes hojas
 Armonizan del céfiro el arrullo;
 Y percibí muy claro, en voces gratas,
 Este cántico lleno de armonía
 Que los genios y ninfas entonaban:
 "¡Salve hijos del Anáhuac! llegó el día
 En que México al mundo le dijera
 Que tiene victoriosa una bandera
 Que el esclavo francés no conocía,"
 "Alzad, aztecas, la elevada frente,
 Que en vuestras venas hierve sangre noble,
 Y sois tan grandes como el fuerte roble
 Que el ímpetu detiene del torrente."
 "Sois los hijos de aquellos mexicanos
 Que de Castilla el pabellón rompieron;
 Los hijos sois de aquellos que pudieron
 Domeñar los leones castellanos."

"Los hijos sois de aquellos que en un día
 De inquisición la lumbre consumieron,
 Y el cetro de los reyes destruyeron
 Destrozando el dogal que os oprimía."
 "En pie, pueblos de Anáhuac, ya la historia
 Grabó de Zaragoza la grandeza:
 Bajad, déspotas reyes, la cabeza,
 Que os ciega el esplendor de nuestra gloria."
 "En pie, pueblos del mundo, los que ufanos
 Defendéis vuestros fueros sacrosantos,
 Vuestros cantos unid á nuestros cantos,
 Que en Cristo y libertad somos hermanos."
 "Si no podemos ya luchar, vencimos
 Sólo con el valor de la constancia,
 Así Lepanto fué, y así Numancia,
 Cuyos ejemplos bélicos seguimos."
 "Grande Sagunto, en medio de su gloria,
 Cuando la halló sin armas el guerrero,
 Rindió su espada el vencedor primero,
 Y dió al vencido el canto de victoria."
 "Puebla de Zaragoza, tu ceniza
 Después de tus espléndidas batallas,
 Aunque no tengas armas ni murallas,
 Ante el orbe tu gloria preconiza."
 "Si á ceder llegas, porque ya tu acero
 Está roto, embrazando tu bandera
 Al vencedor del universo espera
 Firme, que vencedor fuiste primero."
 "Que tú, con tu impotencia y bizarría,
 Ya sin armas, y el brazo decaído,
 Al vencedor del mundo habéis vencido
 Sólo con tu nobleza é hidalguía."

Y mientras estos himnos resonaban

En todo el hemisferio, aquel concurso,
 En orden sucesivo, en nubes de oro
 Y en alas conducido de los genios,
 Los cisnes de los lagos y las ninfas
 Que iban vertiendo flores aromáticas,
 A millares el suelo tapizando,
 A la vez que elevaban el aroma
 Del incienso, que en torno desaparecían,
 De Cholula los mártires, que al frente
 Iban de ese concurso esplendoroso,
 Llegaron esos dioses y esos héroes
 Allá á Cacahuamilpa, que brillaba
 Cual de inmortalidad el templo augusto.
 Y aquellos obeliscos encantados,
 Y aquellos columnarios portentosos,
 Sus altivos monólitos, sus cúpulas,
 Pirámides y pórticos, y fuentes,
 Que de los siglos las memorias cuentan,
 Brillaban con la luz de las deidades
 Y reflejaban la esplendente gloria
 De esa corte de seres inmortales
 Que en el Teocali espléndido se ocultan.
 Ví luego densa una gigante nube
 Salir de la caverna, y se perdieron
 A mi vista esos bellos panoramas;
 Y mis ojos ansiosos, sorprendidos,
 Se volvieron de Puebla á las murallas
 Y ví un confuso activo movimiento;
 Entre todos los golpes que en discursos
 Mil se agitaban, conviniendo al cabo,
 A ofrecerse en heroico sacrificio;
 Pero no á pedir paz al extranjero.
 Y ví en mi sueño destrozarse las armas,
 Y ví romper rayados los cañones,

Ví á unos héroes morir en el suicidio,
Y ví llanto y gemidos y tristeza,
Y ví desolación y angustia..... y pena.....
Y..... pero esto fué un sueño, hermano mío.

¿No oyes como aun retumba por doquiera
El bélico estallido de las armas?
¡Ah, Dalmiro, volemós al combate,
Aun podemos luchar! Ya viene el día:
Tal vez la luz de la brillante aurora
Nos traerá con su sol esplendoroso,
Nuevas glorias y triunfos y victorias.....!

Ayer nuestros valientes batallones
Escarmentaron al francés osado,
Y en Teotimehuacán vieron huyendo
A los valientes y aguerridos galos.
Hoy volverán tal vez con nuevo empuje,
A intentar el asalto; pero listos
Nuestros bravos ¡intrépidos guerreros;
Estarán como siempre á la defensa.

Vamos, que el estallido del combate
Disipará mis tétricas ideas.
Dijo, y acompañándole Dalmiro,
Se acercaron los dos á la muralla.
Dalmiro en su silencio comprendía
La tristeza del alma de Filópatro,
Y calculaba que el terrible sueño
No era una emanación superticiosa
Ni creencia del ciego fatalismo;
Pero sí previsión, porque Filópatro
Cerca de aquellos altos personajes
Que dirigen la guerra, observaría

Los indicios seguros que anunciaran
El término á la guerra, y preocupado,
Con esos pensamientos aun soñando,
Su mente acalorada discurría.

Entretanto la aurora iba dorando,
Los montes, las colinas, las llanuras,
Y la ciudad, y el fuego lentamente
De tiempo en tiempo por doquier se oía.
La misma animación en el soldado,
El mismo orden doquiera se miraba.
El mismo aspecto la ciudad presenta,
Por varias partes el cañón se oía
Con sorda lentitud. Los campamentos
Del Sur con más actividad lanzaban
Sus proyectiles á la plaza, y ésta
Como siempre serena aparecía.

Así se va pasando la mañana
Mientras el sol su curso refulgente
Al zenit es dirige caminando.
Entretanto, se observa un movimiento
Dentro de la ciudad, y del Palacio
Se ve salir un grupo de guerreros.
Es el Cuartel Maestre del ejército
Con varios ayudantes y un heraldo
Con el clarín y una bandera blanca:
Al franco campamento se encamina
Como parlamentario de la plaza.

Por Occidente el parlamento sale
Mientras que por el Sur y por Oriente
No cesa el combatiente en la pelea.
El caluroso sol de medio día,

Que á plomo lanza sus ardientes rayos,
 Anuncia que el vapor de la mañana
 Copiosa lluvia tornará en la tarde;
 Pero ni ese calor de Mayo ardiente
 Detiene con su fuerza á los que luchan;
 Siguen en todas partes, en contorno
 Ataques y proyectos, procurando
 Distraer á la plaza, mientras carga
 Allá en el Sur el impetu violento.

Luego que va la tarde declinando,
 Cesando van los fuegos lentamente,
 Y uno que otro estallido se percibe
 Que se confunde con el eco sordo
 De las nubes que tiéndense en el cielo
 Presagiando terrible la tormenta.

El pueblo ya vacila y se entristece,
 Mas no se abate el bélico ardimiento
 De los soldados que doquier combaten.
 Así la tarde transcurriendo sigue
 Mientras que ya la noche se avecina,
 Con sus siniestras sombras y relámpagos.

Al llegar esa noche tremebunda,
 Lluvia ligera las campiñas riega;
 El sol perdido en el lejano ocaso
 Ni un destello de luz dejado había,
 Ni las estrellas en Oriente lucen,
 Ni del cielo se ve la transparencia,
 Y aun el campo se pierde entre las sombras
 Húmedas con la lluvia de la tarde.
 En medio de ese cuadro de papura,
 Llegando fué á las frágiles murallas

Nuestro parlamentario, que volvía
 Del campo de los galos invasores;
 Y desde luego se dirige ansioso
 Al palacio do el jefe lo esperaba.

En tanto cesa el fuego en todas partes,
 Tal vez por la espesura de la noche.
 En medio de las tétricas tinieblas,
 Del hospital percíbese que salen
 Dos jóvenes humildes, candorosas,
 Que de luto vestidas y en silencio
 Caminan largo trecho hacia el Oriente;
 Luego al Noreste pronto se encaminan
 Por las oscuras calles, tropezando
 A cada paso con ruinas tristes,
 Por fin rompiendo su silencio una,
 Así dice á la otra: Elena, hermana,
 Has trabajado mucho. En esta noche
 Que parece de calma y de silencio,
 Debemos descansar, yo no resisto.....
 Elodia, le contesta la doncella,
 Tienes razón, mi cuerpo fatigado
 Siento que cede ya; mi fuerte espíritu
 Más de sesenta noches ha animado
 A mi abatido corazón. Mi pena
 He podido callar dentro del alma;
 He orado ya de Herlindo á la memoria,
 Con todo el fuego que en mi fe podía,
 En expiación de su maldad, vertiendo
 Copioso llanto de mis tristes ojos;
 Pero me siento débil, y..... el suicidio.....
 Dios lo reprueba! resistir no puedo.....
 En verdad, dijo Elodia, hemos cumplido
 Como amantes mujeres cariñosas,

Tú viviendo en memoria de tu amante,
 Y yo por un amor sin esperanza!
 Mas demos al dolor alguna tregua,
 Para después ser útiles. En esto
 Llegaban al pequeño bosquecillo
 De hermosos fresnos, que en mejores días
 De sus gigantes copas á la sombra,
 A las bellas poblanas, encantaban
 Las fiestas y los grandes regocijos.
 Y á orillas del arroyo que murmura,
 Y cerca de la fuente arrulladora
 Se sentaron las dos, vertiendo el llanto
 Que les hace arrancar hondos recuerdos.....

Una recuerda á su traidor amante
 Que murió arrepentido de su infamia;
 La otra al que vivo en brazos de una virgen,
 Tal vez la gratitud de Elodia olvida.
 Yo quisiera mejor, repuso Elodia,
 Muerto llorar al hombre que yo adoro,
 Que verle coronando con sus lauros
 Las sienas de otro ser que yo no fuera!
 Y debe amarla, porque su alma pura
 Debe amar la virtud! La hermosa Amira
 Es un ángel, Elena, tú la has visto
 Con su ternura consolar al triste,
 Con sus encantos inspirar confianza;
 Y con su caridad al desgraciado,
 El alivio prestarle en sus dolores.

Olvida, Elodia, contestóle Elena,
 Ese amor imposible, porque Amira
 Tal vez mañana ante el altar sagrado
 Va á jurar ante el Dios de los ejércitos
 A Filópatro amor y honra á su nombre.

Ya no sigas, Elena, abandonemos
 Estos sitios, la noche se adelanta,
 Debemos descansar. Vamos, hermana,
 Dijo Elena, y entrambas enlazadas
 Salieron de aquel sitio pavoroso.
 A una vecina casa se acercaron,
 Y haciendo una señal, giró una puerta,
 Que se cerró tras ellas, silenciosa.

Entretanto Dalmiro recorría
 Del Palacio los tristes corredores;
 Y como siempre á la hora señalada
 Brilló una luz, y luego de una reja
 El ruido se oyó, salió Lucila
 Y recibió de manos de Dalmiro
 El diario auxilio que á los pobres daba.
 Pero esta noche no partió al momento,
 Sino que deteniéndose, á su amante
 Le dijo con amor indefinible:
 Oye Lucila, siento aquí en el alma
 Tristes presentimientos que me agobian;
 ¿No ves qué triste y pavorosa noche
 Nos cubre con sus sombras, que difunden
 Espanto por doquier? Tal vez muy presto
 Yo deberé morir, el pecho mío
 Se agita sin cesar, late violento,
 Y en él mi ardiente corazón se oprime.....
 Sola dejarte no quisiera, hermosa!
 Disipa esa ilusión, dijo Lucila,
 Yo tengo fe, y me dice la conciencia
 Que ileso quedarás en esta lucha,
 Pues por la patria sin cesar peleas.....
 Ve sin temor al punto, que mis labios
 Por tí á Dios sin cesar ruegan fervientes,

Dijo Lucila, descubrir dejando
 En su rostro un contento, una esperanza
 Que en sus brillantes ojos relucía.
 No pudo menos que enjugar ardiente
 Dalmiro, de sus ojos una lágrima,
 Y estrechando á Lucila entre sus brazos,
 Un ósculo le dió en la frente pura;
 Pero antes de partir así le dijo:
 Pues bien, tu fe me alienta, mientras parto,
 Dí á tu padre que luego que la aurora
 Su luz derrame espléndida y fecunda,
 Acuda aquí para que Dios bendiga
 Nuestra perpetua unión, todo está listo;
 Antes que esto termine, el dulce nombre
 Quiero darte de esposa, amada mía;
 Ya de mis jefes el permiso tengo,
 Ya está dispuesto el sacerdote, y listo,
 Para que si la muerte me arrebatara
 Y la patria mi tumba condecorara,
 Tú, mi querida esposa, dignamente
 La recompensa de mi afán recibas;
 Viuda, obtendrás mis lauros y corona.
 Dijo, y dando otro abrazo á su Lucila,
 Partió de gozo y de ilusión llorando.

Ya Filópatro ansioso le esperaba
 En silencio, y guardando sus secretos
 Presentimientos, que pensar le hacían
 En el fin de la guerra desastrosa,
 Y en los tristes rumores que circulan,
 Cuando llegó su amigo tan querido:
 Dalmiro, al encontrarle, estrecho abrazo
 Le dió contento, con ternura, y luego
 Así le dijo con acento alegre:

Alégrate, Filópatro, disipa
 Esa tristeza que tu frente cubre,
 ¿No es verdad que me amas, y cual padre
 Me has guiado en el valle de la vida,
 Siempre de gloria y de virtud y ciencia,
 Mostrándome los plácidos senderos?
 ¡Y lo dudas Dalmiro, tierno hermano,
 Hijo del corazón, prenda del alma!
 No Filópatro, estréchame, mañana
 Cuando la luz asome en el Oriente,
 Y el sol de Mayo ardiente vierta flores,
 Y haga resplandecer nuestras banderas
 Como el iris magnífico del cielo,
 Lucila y yo, con eternos lazos,
 Ante el ara de Dios nos uniremos;
 Tú y Amira estarán en los jardines
 Del palacio, que sois nuestros padrinos;
 Tal vez á esa hora el eco de las bombas
 Saludará á los nuevos desposados,
 Y el humo de la pólvora violenta
 Se unirá al del incienso que levante
 El sacerdote en el altar de Cristo.

Filópatro en silencio le miraba,
 Contemplando el candor y la fe pura
 De aquella alma de niño, en la que ardía
 La constancia, el valor y la firmeza,
 Que ha mostrado cien veces indomable
 En medio de los campos de batalla;
 Hasta que al fin rompiendo así le dice:
 Estaremos allí querido hermano;
 Tú sabes que te amo, que te ama
 Amira como á un hijo predilecto,
 Pero no sé que anuncian los latidos

De mi angustiado corazón. En tanto
 Olvidemos las penas. Dios te colme
 De gracias, y de bienes y ventura:
 Mas vamos al palacio que una orden
 Acaba de llegar para los jefes,
 Y éstos acudirán muy brevemente
 A la junta de guerra..... Son las once,
 Volemos á cumplir nuestra consigna.

Dijo, y ambos amigos enlazados
 Se apartaron en medio de las sombras
 De aquellos sitios tristes, abatidos.
 Cruzaron por las calles taciturnos,
 Dando las contraseñas y las voces
 Prescritas, y al palacio se dirigen
 Ambos con pensamientos encontrados,
 Aunque ambos llenos de amistad sublime.

Mientras caminan nuestros dos amigos,
 Y la noche también avanza lenta,
 Reinaldo, pensativo y silencioso,
 En una sala de la plaza, lejos
 Se encuentra al lado de su amante madre,
 Que también silenciosa le contempla.
 Reinaldo, al fin mirando que se avanza
 La noche y tiene que cumplir una orden,
 Así prorrumpe con acento ardiente:
 "Madre, esta noche, es noche de misterios;
 "Los Generales todos al palacio
 "Concurren, y aun se ignora el movimiento
 "Que debemos hacer; según circulan
 "Rumores en los jefes, esta noche
 "Romperemos el sitio á sangre y fuego.
 "¡Y cuántos, madre, cuántos moriremos!

"Tal vez seré el primero, madre mía:
 "Por eso vengo á que tu mano amante,
 "Me bendiga, señora, y á estrecharos
 "En mis brazos tal vez para alejarme
 "Para siempre de vos, madre querida.....!"

Apenas esto conmovido dijo,
 Y no pudo seguir, porque las lágrimas
 Que bañaban su rostro lo impidieron,
 Y postrándose al punto de rodillas,
 Este valiente que sereno ha visto
 Estallar á sus plantas las metralas,
 Y rodar rimbombado con estruendo
 Las bombas formidables, en su llanto
 Anegado y con pecho palpitante
 La bendición materna demandaba.

La madre dolorida, ni un gemido
 Pudo exhalar, y al hijo bendiciendo
 E imprimiéndole un ósculo en la frente
 "Alza, le dijo, sangre de mi sangre,
 "Hijo de mis entrañas, sacrificate,
 "Si es necesario, en aras de la patria;
 "Ve á cumplir tu deber como soldado,
 "Defensor de la ley y la justicia
 "Y de la libertad. Está prescrito
 "Que yo viva cercada de dolores
 "En este mundo, mientras parto al cielo.
 "Adios hijo del alma, yo confío
 "En que ese Dios que al inocente vela,
 "Cubrirá tu cabeza con las alas
 "De sus querubens, hijo de mi vida.....
 "Adios!" dijo la madre en voz ahogada
 ¡Adios madre! Reinaldo sólo dijo,

Y salió de la estancia tropezando
 Aun con las sombras impalpables. Ella
 Callada, muda, con la vista fija
 En el suelo, inmóvil permanece
 Largo rato, entretanto que Reinaldo
 Ni sabe adónde va, ni dónde pisa,
 Ni adónde se dirige. Ya que lejos
 Estuvo el hijo, un grito doloroso
 Lanzó la madre y anegóse en llanto.
 Y á un tiempo mismo y en tropel sentía
 En su imaginación acalorada,
 Descender las memorias de su vida,
 Todas de pena, y llanto, y de infortunio.....
 Pobre mujer! Exhala esos gemidos
 Y derrama á torrentes ese llanto:
 El te consolará. Tú, mujer fuerte,
 Mártir de libertad, tienes una alma
 Grande como el dolor que te sublima;
 Sufre, sufre en la tierra, que el destino
 De las almas sublimes es la angustia,
 La humillación y á veces el desprecio!
 Tu gloria, que el imbécil no conoce,
 Sólo Dios es capaz de comprenderla.
 Lloro, llora sin tregua pobre madre,
 Tu dolor intensísimo, tan sólo
 Semejarse podrá á aquellos dolores
 Que sufrió la paloma del Calvario!
 Esta es la suerte del mortal humilde:
 Gemir y padecer mientras alienta,
 Mientras siente de vida los latidos.
 ¡Don grande que nos dió la Providencia
 Por el crimen atroz de haber nacido,
 Por habernos prestado la existencia!

CANTO DUODECIMO.




RA la media noche y tenebrosa
 Y húmeda y triste ni mirar dejaba
 En la inmensa extensión de las alturas,
 Ni una estrella siquiera, ni el crepúsculo
 Asomaba su opaca transparencia.
 Tal vez medrosas las estrellas nítidas
 Ocultaban su faz resplandeciente,
 Por no ver las escenas dolorosas
 Que en esa triste noche se anunciaban.
 Filópatro y Dalmiro, silenciosos,
 Llegaban al palacio meditando,
 Uno en sus pensamientos de tristeza
 Porque un presentimiento le revela
 Un desenlace, aunque glorioso, triste;
 Y el otro que soñaba en sus delirios
 Que la noche pasase deseando,
 Para llamar por siempre á su Lucila
 Su esposa, y su ilusión, y su ventura.

Al llegar al palacio los amigos
 Descubren desde luego que algo grande

Y salió de la estancia tropezando
 Aun con las sombras impalpables. Ella
 Callada, muda, con la vista fija
 En el suelo, inmóvil permanece
 Largo rato, entretanto que Reinaldo
 Ni sabe adónde va, ni dónde pisa,
 Ni adónde se dirige. Ya que lejos
 Estuvo el hijo, un grito doloroso
 Lanzó la madre y anegóse en llanto.
 Y á un tiempo mismo y en tropel sentía
 En su imaginación acalorada,
 Descender las memorias de su vida,
 Todas de pena, y llanto, y de infortunio.....
 Pobre mujer! Exhala esos gemidos
 Y derrama á torrentes ese llanto:
 El te consolará. Tú, mujer fuerte,
 Mártir de libertad, tienes una alma
 Grande como el dolor que te sublima;
 Sufre, sufre en la tierra, que el destino
 De las almas sublimes es la angustia,
 La humillación y á veces el desprecio!
 Tu gloria, que el imbécil no conoce,
 Sólo Dios es capaz de comprenderla.
 Lloro, llora sin tregua pobre madre,
 Tu dolor intensísimo, tan sólo
 Semejarse podrá á aquellos dolores
 Que sufrió la paloma del Calvario!
 Esta es la suerte del mortal humilde:
 Gemir y padecer mientras alienta,
 Mientras siente de vida los latidos.
 ¡Don grande que nos dió la Providencia
 Por el crimen atroz de haber nacido,
 Por habernos prestado la existencia!

CANTO DUODECIMO.


 RA la media noche y tenebrosa
 Y húmeda y triste ni mirar dejaba
 En la inmensa extensión de las alturas,
 Ni una estrella siquiera, ni el crepúsculo
 Asomaba su opaca transparencia.
 Tal vez medrosas las estrellas nítidas
 Ocultaban su faz resplandeciente,
 Por no ver las escenas dolorosas
 Que en esa triste noche se anunciaban.
 Filópatro y Dalmiro, silenciosos,
 Llegaban al palacio meditando,
 Uno en sus pensamientos de tristeza
 Porque un presentimiento le revela
 Un desenlace, aunque glorioso, triste;
 Y el otro que soñaba en sus delirios
 Que la noche pasase deseando,
 Para llamar por siempre á su Lucila
 Su esposa, y su ilusión, y su ventura.

Al llegar al palacio los amigos
 Descubren desde luego que algo grande

Pasa allí entre las sombras pavorosas
 De la noche, que envuelta en sus crespones,
 Hasta los brillos de la gloria oculta.
 Doquier en los confusos corredores
 Grupos se ven de jefes y ayudantes,
 Que á la siniestra luz de los candiles
 Discurren en opuestas direcciones,
 Y discuten y forman conjeturas
 Sobre aquel movimiento extraordinario.
 De improviso aparece un ayudante
 Del General en Jefe, y en voz clara
 Dice á la multitud que allí circula:
 "El General en Jefe del ejército
 "Ordena que al momento á los salones
 "Pasen los ciudadanos Generales."
 Estos al punto acuden presurosos
 A sus segundos dándoles sus órdenes.

Luego que en el salón toman asiento
 Todos los Generales, el en Jefe
 Así les dice con robusto acento:
 Indomables guerreros del Oriente,
 De nuestra patria la honra, á vuestro esfuerzo,
 Está elevada á una altitud excelsa;
 Habéis cumplido como buenos hijos,
 Y aun podríamos seguir, de gloria llenos,
 Esta tremenda lucha, si un impulso
 Hicieran de su parte los guerreros
 Nuestros hermanos que la guerra observan,
 Fuera de las murallas de esta plaza,
 Si al enemigo vil hostilizaran.
 Sin embargo, valientes defensores
 De la invicta ciudad de Zaragoza,
 Yo de la patria en las augustas aras

Juré sacrificarme, mas yo debo
 Deciros la verdad. Las municiones
 En la plaza se agotan; los repuestos
 De víveres, se extinguen; las familias
 Inermes, de hambre y de miseria mueren.
 Hagamos un esfuerzo extraordinario,
 Salgamos de la plaza á sangre y fuego,
 Y ó vencemos el cerco, ó perezcamos
 Pero llenos de honor, de gloria llenos,
 Y al porvenir mostremos denodados
 Que supimos luchar hasta la muerte;
 Y á la futura gente dejaremos
 Un modelo inmortal del heroísmo
 De que es capaz el pueblo mexicano.....!
 El bárbaro enemigo ha comprendido
 Nuestra angustiosa situación, é infame,
 Ya que su fuerza y su valor mentidos
 No han podido vencernos por el fuego,
 Por la matanza ni el terror, por hambre
 Quiere domar nuestro valor sublime.
 Vosotros decidid, héroes ilustres;
 En vosotros estriba el desenlace;
 Os hablo la verdad, no como jefe,
 Como fiel compañero, como amigo.

Dijo, y al punto belicoso aplauso
 Inundó con sus ecos los salones;
 Luego llenos de férvido entusiasmo
 Uno á otro, tomando la palabra,
 Comenzaron con varias opiniones
 A discutir la situación terrible.

Allí Negrete el bravo, proponía
 Romper la línea y arrojarse osado

Sobre los compamentos enemigos;
 Ghilardi le secunda y Berriozábal,
 Y Pinzón, y la Llave y otros muchos.
 Después prorrumpe el Cuartel Maestre, y luego
 Se cambia la opinión y se discute.

Razones mil, dificultades varias
 Les propone, y á muchos convenciendo,
 Hace ceder á todos los que opinan
 Como él, y forman plena mayoría.
 Largas cuestiones se debaten, crece
 El entusiasmo de los jefes. Uno
 La rendición propone; otro se atreve
 Mejor á sucumbir á sangre y fuego;
 Este quiere mejor suicidio horrible;
 Aquél, pedir de vida garantías;
 Y así se agitan en discursos varios.
 Se intrincan las cuestiones, se acaloran
 Los Generales en opuestos bandos,
 Hasta que ya sintiéndose animados
 De desesperación y descontento,
 Cuando aun algunos á pensar llegaban
 Que la perfidia se versaba inicua,
 Otra vez razonando el Cuartel Maestre
 Así prorrumpe con sonoro estilo:
 "Señores Generales del Oriente:
 "Mientras un pueblo valeroso lucha
 "Por defender sus fueros ultrajados,
 "Con elementos físicos, adquiere
 "De valiente el renombre; y cuando faltan
 "Ya los medios posibles, es un bárbaro
 "Si aun obstinado la matanza quiere.
 "Del pueblo mexicano, las banderas
 "Limpias están, porque sus tres colores

"Han probado á los genios de la guerra
 "Que humanamente saben, á do alcanza
 "El valor del guerrero. No tenemos
 "Elementos de guerra, ya nos fallan
 "Proyectiles y víveres; mañana,
 "Cuando brille la luz, el enemigo
 "Aprestará compactas sus legiones,
 "Y después de dos horas de combates
 "Cederemos tal vez! nos resta sólo
 "Inclinar la cerviz como corderos
 "Ante el vil carnicero, ó como dignos
 "Hijos de Zaragoza el invencible,
 "Saber ser, sin vencer, los vencedores."

"Al General en Jefe del Oriente
 "Dejemos que resuelva, y acatemos
 "Todos sus mandamientos." Dijo: al punto
 Mudo silencio y prolongado sigue.
 Por fin Ortega interrumpiendo dijo:
 "Ya os dije, ilustres jefes, el designio
 "De mi abrazado corazón; sabéis
 "Mi pensamiento, mis acciones todas
 "Os harán conocer el cumplimiento
 "De mis promesas y mi afán patricio.
 "Quisiera sucumbir en los escombros
 "De la invicta ciudad, si resultaran
 "Ventajas al país, y á los valientes
 "Que han defendido con constancia heroica
 "La plaza y á las miserables familias
 "Que inermes, de hambre y de miseria lloran.
 "Pero no es el francés el que comprenda
 "La abnegación de sacrificio tanto.....!
 "Emprenderá su marcha á sangre y fuego,
 "Y hará que el mundo en su apariencia crea

"Que el valor y el denuedo de su fuerza
 "Fué lo que nos venció. Para probarle
 "Al universo, que vencer no supo
 "El guerrero inmortal de cien batallas,
 "A los Zaragozanos defensores;
 "Rompiendo nuestras armas, destruyamos
 "Los cañones, los muros, los repuestos,
 "Tornemos en cenizas las banderas
 "Heroicas, que al pendón de los franceses
 "Han humillado por doquier gloriosas,
 "Sin poder ser vencidas; disolvamos
 "Ese brillante ejército de Oriente,
 "Y dejemos, por único trofeo,
 "Ceniza por doquier que cuente al mundo,
 "Que aquí de Zaragoza los soldados,
 "Que al francés en cien lides humillaron,
 "Cedieron por el hambre y la miseria,
 "Mas no fueron vencidos por los galos.
 "Y cuando ya no existan los cañones,
 "Y cuando ya los muros derribados,
 "Y cuando ya incendiados los repuestos,
 "Sólo un montón de vencedoras ruinas
 "Presente la ciudad de Zaragoza,
 "Digámosle al francés: toma la plaza;
 "Ven á encontrar ruinas, los valientes
 "Han roto sus espadas, han quemado
 "Sus banderas, sus trenes, sus murallas;
 "A tí se entregan, pero no vencidos.
 "Atrévete, si puedes, á llamarte
 "Vencedor de los héroes mexicanos:
 "Nada nuestro valor del tuyo pide.....
 ".....
 "Y entonces, compañeros esforzados,
 "Al Universo con glorioso orgullo,

"Presentaremos el primer ejemplo
 "Que en sus anales guardará la historia.
 "Que se atreva después, loca su audacia,
 "A llamarse el francés el sin segundo,
 "Dominador ejército del mundo.
 "Que diga entonces que venció los pueblos
 "Todos del Universo, en sus pendones.
 "Y las naciones todas de la tierra
 "Con sarcasmo inmortal verán la gloria
 "Falsa del vencedor del Universo,
 "Y dirán cada vez que se recuerde
 "De México la gloria, que la enseña
 "Del pueblo mexicano no ha humillado
 "Sus timbres á los timbres de la Francia,
 "Y el esplendente ejército de Oriente
 "*Murió, pero invencible, y en la historia*
 "*Ni hombre ni Dios empañará su gloria."*
 Dijo: y en los salones resonaron
 Mil entusiastas y gloriosos gritos
 Que el bélico ardimiento renacían.
 Todos al punto con aplauso aceptan
 La opinión de su jefe, aunque entre medio
 De aquel ardor de belicoso impulso,
 En algunas mejillas asomaron
 Lágrimas de dolor, porque veían
 Que no el valor del zuavo, no la astucia,
 No la pericia de los jefes galos,
 No falta de valor del mexicano,
 No el arrojo terrible del guerrero,
 Pero también el inmortal modelo
 De un pueblo libre que morir sabía
 Por defender su independencia santa.
 Pero calla mi voz, que ya la historia
 Escribirá en sus páginas brillantes,

La gloria del guerrero sin mancilla
Que supo defender de Zaragoza
Los muros derruidos, y la infamia
De aquellos que impasibles y serenos
Miraban perecer á sus hermanos:
En su indolencia criminal hundidos.

La sesión levantóse, y al momento
Acordes todos á sus puestos vuelven,
A esperar la hora en que las tristes órdenes
Fuesen ejecutadas. Cuatro horas
Faltaban de la noche misteriosa,
Para que de la aurora los celajes
Comenzaran á alzarse del Oriente,
Y las brisas suaves comenzaran
A despertar los pájaros dormidos,
Y á despertar las nieblas que los montes
Velan con sus encajes transparentes,
Y á sacudir las gotas de rocío,
Y á rizar el cristal de los arroyos,
Y á disipar la bruma vaporosa
Que cubre las alturas, envolviendo
La cima de los gélidos volcanes.

Y en tanto que los jefes se dirigen
Cada uno á su puesto, y mientras dicta
El General las órdenes, Dalmiro
Se lanza en pos de su querido hermano,
De su amado Filópatro: lo encuentra
Del jardín en los anchos corredores,
Y á su cuello arrojándose, derrama
Llanto abundante de sus negros ojos.

“Ya todo se acabó, trémulo dijo,

“¡Así se recompensan los afanes
“De ese pueblo infeliz! ¡Los sacrificios
“De esta Nación magnánima y valiente!
“¡Así la sangre del valor se borra.....!
“Fué cierta la visión de tus ensueños,
“Mejor digo, tu ciencia previsor!”
Filópatro en silencio sollozaba
Estrechando en sus brazos á Dalmiro
Que siguió lamentando la desgracia
Que contemplaba, en su pesar diciendo:
“Sacrifiquemos la última esperanza,
“Que el mundo al fin conocerá algún día
“Que supimos los fieles mexicanos
“Luchar sin tregua, hasta triunfar muriendo.”

Filópatro le escucha conmovido,
Y luego que conoce que transcurre
Fugaz el tiempo, con valor le dijo:
“Hermano, en tanto que el momento llega
“Del fatal desenlace, presto acude
“A la mansión de Amira y de Lucila,
“Prepara todo, mientras yo cumpliendo
“Con las órdenes, vuelvo y les anuncio
“Allá en el hospital, que llegó la hora
“En que entre el galo á Zaragoza heroica.”
Se estrechan los amigos generosos,
Y parten á cumplir sus voluntades.

Entretanto, la noche caminando,
Va cediéndole el paso á la mañana,
Y el movimiento en la ciudad se anuncia.
De tiempo en tiempo escúchase en los fuertes
Un estallido sordo, misterioso.....
Vibra el viento, la tierra se estremece.....

Se ve una luz, y de humo una columna
 A las alturas álzase espantosa;
 Era que los valientes destruían
 Las armas, y los muros derribaban
 Porque mejor quisieron desarmados
 Entregarse á los galos, que rendirse,
 Sus armas entregando al enemigo.

Al cabo de una hora, entre las sombras
 De la triste mañana discurrían
 Por las calles, en grupos, los soldados
 Que, libres ya de su misión, buscaban
 Asilo que del pérfido enemigo
 Y su barbaridad les libertara.

Luego que la orden de reunirse diera
 El General en Jefe, en el palacio,
 Filópatro y Dalmiro, y el intrépido
 Orestes, y Reinaldo, y todos, todos
 Que en una sola habitación vivían
 Por la estrechez del sitio, se reunieron
 Y así á todos Filópatro les dijo:

“Seres del alma, se acercó la hora

“De una separación, pero no eterna;

“Dentro de breves horas la gloriosa

“Ciudad de los guerreros, Puebla invicta,

“Zaragoza inmortal, abre sus puertas

“Al galo que vencerla no ha sabido.....!

“Los preclaros soldados del Oriente

“Al allanar sus muros que han podido

“Sesenta soles conservar potentes,

“Al abrir voluntarios unas puertas

“Que mil quinientas horas sostuvieron

“Al enemigo con valor cerradas,

“Y causando pavor al extranjero,

“Ceden de humanidad á la voz santa.....!

“Hemos probado al vencedor del mundo,

“Que los hijos de Hidalgo y de Guerrero,

“Defender han sabido su bandera,

“Con gloria, y con honor y valentía,

“Hasta que el hambre destruyó su fuerza!

“Puebla, al rendirse con sus armas rotas,

“A México le ha dado la victoria

“De civilización esclarecida.

“Dentro de breves horas los franceses,

“Ocuparán de Puebla los alcázares;

“Dentro de breves horas los mandatos

“Del pérfido invasor acataremos.....!

“Mas no importa, que el lauro inmarcesible

“Que la alta frente de mi patria adorna,

“Marchitarse no puede en las edades,

“Porque invencible Puebla, ha sucumbido,

“No por la fuerza del potente galo;

“No por la disciplina de su ejército;

“No porque justos sus rencores fueran;

“No por la usurpación de sus derechos;

“No porque en heroísmo nos supere,

“El vencedor de la soberbia Europa.....!

“Cedemos por el hambre y la miseria;

“No existe un proyectil; para el soldado

“Ya no hay una ración, y esos millares

“De familias inermes, ya no tienen

“Un pedazo de pan para sus hijos!

“Vamos á la prisión; y aunque Lucila,

“No puede hoy ante el ara del Dios santo,

“A Dalmiro ofrecer sus juramentos,

“Es ya su esposa, y presto en los altares

“Ligada quedará con lazo eterno.

"Adios.....! no os afijáis, quedad tranquilos.
 "La palabra de honor cumplir debemos.....
 "Si la barbaridad civilizada
 "Del francés nos depara suerte horrible,
 "No lloréis, coronad nuestro sepulcro
 "Con mirtos, y arrayán y siempre viva,
 "Y deshojad encinas y laureles;
 "Que al fin recobrará México un día
 "Su honra ultrajada, al enseñar al mundo
 "Que á los galos también vencer sabía."
 Dijo, y ni una palabra de reclamo
 Resonó en el salón; hondos gemidos
 De gloria y de entusiasmo se lanzaron.
 Un abrazo no más, mudo, sublime,
 Fué la contestación de despedida;
 Y rápidos los héroes, enjugándose
 Una gloriosa lágrima, salieron,
 Y al palacio en silencio se volvieron.

Aún no aclaraba el límpido horizonte
 Y ya en los campamentos mexicanos,
 Y en las torres del templo, y en palacio
 Una blanca bandera tremolaba,
 Como anuncio de paz, de paz gloriosa.....!
 Mil y quinientas horas han corrido
 Desde que el invasor embriagado
 Con las glorias del mundo, y el orgullo
 De cien y cien batallas, á las puertas
 Llegó de la ciudad de Zaragoza,
 Y ni un instante de agredir dejando
 Jamás al mexicano vencer pudo.
 Pero sin pan, sin proyectiles, sólo
 Con el valor de su ánima guerrera,
 Ya no puede luchar, y al enemigo

Sin pedirle merced, su puesto entrega;
 Rompe sus armas, y de pie, sereno,
 Espera al vencedor que es el vencido;
 Porque al entrar á Puebla, encuentra sólo
 Ruinas y soldados macilentos
 Que con altiva frente le contemplan.
 El cielo de zafiro ostenta límpido
 Toda la esplendidez de la mañana,
 Y ya los Generales y los Jefes,
 Todos en el palacio congregados,
 De su grado ostentando las insignias,
 De ver al enemigo la hora aguardan.

De la límpida aurora al oír la hora
 Sale un heraldo de la heroica plaza
 A anunciar á los francos, que el azteca,
 Que desarmado está, las puertas le abre,
 E indefenso sus órdenes espera.

¡Oh, cuán grandes entonces parecían
 Los soldados del Mayo de mi patria!
 Los salones, los anchos corredores,
 El jardín, y los patios están llenos
 De héroes que en grupos por doquier discurren,
 Unos con encontradas opiniones,
 Silenciosos los más, todos atentos,
 Del heraldo esperando la llegada.
 Después de una hora los clarines suenan
 Que anuncian á los galos batallones
 Que hacia la plaza sus banderas guían.

A ese bélico son, silencio triste
 Responde la ciudad; el pueblo apenas
 Contempla con desdén al enemigo:

Y derramando silenciosas lágrimas,
 Ni un eco puede prorrumpir siquiera.
 Los galos cautelosos, en su marcha
 Doquier su vista torba dirigían.
 En tanto en los balcones, en las rejas,
 Y aun hasta en las almenas del palacio
 Los jefes todos, con serena frente,
 Contemplan del francés las prevenciones.
 El general francés cuando se acerca
 Delante de los ínclitos soldados
 Que el honor defendieron de su patria,
 Con bélico respeto los saluda.
 Y al punto, ante las guardias extranjeras,
 Se proclama la orden de la plaza,
 Saludando de Puebla á los guerreros,
 En estos y otros términos honrosos:

"Soldados aguerridos de la Francia,
 Al arbolar la tricolor bandera
 En la guerrera Puebla, por las glorias
 Que esa bandera tricolor ostenta,
 Se os recomienda que el honor más alto
 Sea vuestra norma, y que al valor heroico
 Del soldado de México invencible,
 Respetéis cual merece su constancia.
 ¡Honor á la bravura del guerrero,
 Y militar respeto á los vencidos!"

Mientras así los galos instalaban
 La posesión de la ciudad invicta,
 El General en Jefe de la Francia
 Condiciones poner quiso al azteca
 A quien vencer no supo. El mexicano
 Esa humillante pretensión rechaza

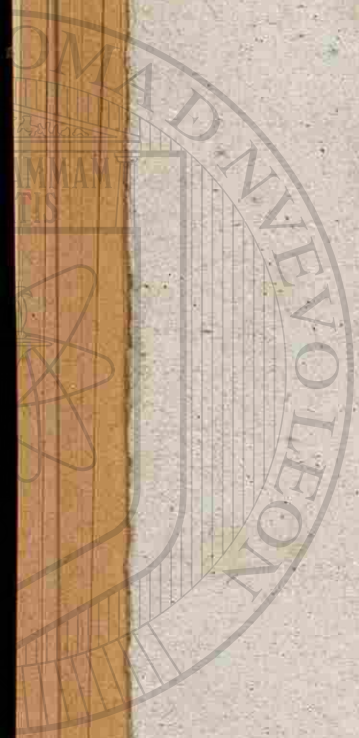
Con la alta dignidad del heroísmo.
 Y el cobarde francés, en su despecho,
 Declaró á los heroicos mexicanos
 Prisioneros del déspota de Francia.

Pasan dos días, y al tercero ordena
 El vencedor de Argel, que los guerreros
 Dejen al fin las playas de la patria!

Iba el sol en mitad de su carrera
 Cuando el clarín anuncia la partida,
 Y á los rumores que ocurrieron antes,
 La ciudad por doquiera consternaron;
 Y las familias todas acudieron
 A despedirse de sus hijos, unas,
 De sus padres las otras; de sus deudos,
 Sus amigos y amantes. Entre filas
 De argelinos tostados, y marinos
 Salieron los valientes denodados
 Con su espada ceñida, y ostentando
 En su frente el valor y la osadía.

Los gemidos, las lágrimas, la angustia
 De las familias que su pecho herían,
 Destrozaban su alma; pero llenos
 De grandeza, con voz consoladora
 Sus adioses de amor y de esperanza
 Dieron por fin á todos; y salieron
 Dejando el alma de amargura llena;
 Pero llevando con glorioso brillo,
 Los laureles patricios por corona.

FIN.



U A N L

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC